FACETAS

Vol. 8 1975 No. 1

RECONSIDERACION DE LA HISTORIA DE LOS E.U.A.

Max Lerner
LOS ESTADOS UNIDOS: ¿DECADENCIA Y CAIDA?

Robert Nisbet
REPERCUSIONES SOCIALES DE LA REVOLUCION AMERICANA

Arthur M. Schlesinger, hijo
EL HISTORIADOR COMO PARTICIPE

C. Vann Woodward
EL COLAPSO DEL ACTIVISMO ESTUDIANTIL

Walter Mondale
HACIA UNA SEGURIDAD ECONOMICA INTERNACIONAL

William Stafford
EL TERROR EN ROBERT FROST

Rona y Lawrence Cherry
COMO RETRASAR EL RELOJ DE LA EDAD

Amy Goldin
EL ARTE POPULAR Y LA ACADEMIA

Jacob Bronowski
CIENCIA, ETICA E IGUALDAD

CRITICA DE LIBROS

FACETAS ES UNA PUBLICACION TRIMESTRAL DE CRITICA Y ANALISIS DE TEMAS INTELECTUALES Y CULTURALES DE INTERES ACTUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS. LAS OPINIONES EXPRESADAS EN SUS PAGINAS SON LAS DE LOS AUTORES, Y NO NECESARIAMENTE REFLEJAN EL PUNTO DE VISTA O LA POLITICA DEL GOBIERNO NORTEAMERICANO.

Director: Nathan Glick
Director Asociado: Jacob Sloan
Director Adjunto: Robert D. Jones
Director de Arte: Joseph D. Hockersmith
Asistente Editorial: Katherine Montgomery
Oficina Editorial: Agencia de Información de los E.U.A., 1776 Pennsylvania Avenue, N.W., Washington, D.C., 20547

Nota sobre derechos: El material tomado de otras publicaciones no puede reproducirse sin permiso. Toda solicitud de reproducción deberá dirigirse directamente a tales publicaciones, o al Servicio de Información de la Embajada de los E.U.A. para su trámite.

FACETAS

1975

Vol. 8 No. 1

Walter Mondale	3	**Hacia una Seguridad Económica Internacional**
William Stafford	17	**El Terror en Robert Frost**
		sección especial: **RECONSIDERACION DE LA HISTORIA DE LOS E.U.A.**
Max Lerner	25	**Los Estados Unidos: ¿Decadencia y Caída?**
Robert Nisbet	37	**Repercusiones Sociales de la Revolución Americana**
Arthur M. Schlesinger, hijo	49	**El Historiador como Partícipe**
C. Vann Woodward	59	**El Colapso del Activismo Estudiantil**
		* * *
Amy Goldin	71	**El Arte Popular y la Academia**
Jacob Bronowski	79	**Ciencia, Etica e Igualdad**
Robin Clarke	90	**La Necesidad de Tecnologías Alternativas**
Rona y Laurence Cherry	101	**Cómo Retrasar el Reloj de la Edad**
Neil H. Jacoby	115	**Algunos Principios de Desarrollo**
		LIBROS
Leo Braudy	120	**La Actuación en el Cine**
Bruce Cook	123	**¿Por qué Sobrevive la Canción?**
carl Degler	126	**Un Examen a Fondo de la Esclavitud**

NOTA AL LECTOR

Muchos estadounidenses afectos a la meditación están dedicados en la actualidad a reconsiderar (a veces de manera dolorosa) la forma de vida de los Estados Unidos; sus instituciones, inferencias, principios, conquistas y defectos. Todos y cada uno de estos aspectos están siendo examinados a fondo con motivo de la celebración del bicentenario de la fundación de la República, que se cumple en 1976.

Al frente de todas las cuestiones relacionadas con la búsqueda del conocimiento propio, se encuentra la fundamental, la que tiene relación con la naturaleza del conocimiento en sí mismo: ¿Hasta qué punto nos conocemos a nosotros mismos? Por ejemplo, la Guerra de Independencia ocurrida en el siglo XVIII fue considerada en su época como una revolución social, que colocaba a la nueva nación dentro de un camino democrático. Posteriormente se negó esta premisa, pero ¿dónde reside la verdad? En nuestra sección especial, Robert Nisbet reexamina los hechos y plantea una cuestión más universal: "¿qué entendemos por revolución?"

Max Lerner se pregunta "qué podemos descubrir si comparamos la civilización estadounidense con la antigua Roma". Se han levantado voces que aseguran que los E.U.A. han perdido su espíritu dinámico y están en los inicios de un período de decadencia y destrucción, semejante al que atravesó el imperio romano hace casi 2.000 años. ¿Qué tan válida es esta comparación? Lerner menciona los peligros latentes y los atractivos que ofrece la analogía histórica.

¿Es verdaderamente posible que, en una época de confusión como la nuestra, hasta los observadores más capacitados y penetrantes, comprendan lo que está ocurriendo y menos aún puedan prever las consecuencias? Arthur Schlesinger sostiene que el testimonio de la historia debe ser equilibrado por una perspectiva más alejada, más olímpica. Así pues, tal como lo señala C. Vann Woodward, todos los intentos realizados por los observadores participantes para explicar el estallido de activismo estudiantil que se registró en el decenio de 1960, serán en cierta medida estériles a pesar de la erudición y perspicacia de los estudiosos.

En otros artículos, un autor se inclina por nuevos enfoques tecnológicos para contribuir a conservar los recursos mundiales en peligro; otro pide que se tomen medidas para preservar la seguridad económica internacional; un tercero presiona para que se reconozca el elemento étnico en el mundo científico.

Hay otros puntos de vista novedosos: en la poesía de Robert Frost, que un siglo después de su nacimiento nos ofrece insospechados abismos de oscuridad; y en el arte popular, hoy más afín con el arte culto contemporáneo.

N. G.

HACIA UNA SEGURIDAD ECONOMICA INTERNACIONAL

Por Walter F. Mondale

En opinión de un senador de los Estados Unidos, para la mayoría de los países, en la actualidad, la seguridad nacional depende más de la solución de cuestiones económicas que de las tradicionales estrategias políticas y militares. Propone un planteamiento internacional de gran alcance para los problemas del petróleo, la alimentación, la inflación, el comercio y la estabilidad. Un planteamiento que implica un cambio de parte del Occidente industrializado, de las naciones comunistas y de las diferentes naciones que forman el Tercero y Cuarto Mundos.

Walter F. Mondale es senador de los Estados Unidos por el estado de Minnesota y una figura prominente del Partido Demócrata. Al igual que Hubert H. Humphrey, el otro senador que representa al estado de Minnesota, el Senador Mondale es un intérprete del punto de vista de los trabajadores y campesinos del Medio Oeste en lo que se refiere a la política estadounidense. Anteriormente fungió como Procurador de Justicia del estado de Minnesota. Este artículo condensado se reproduce con la autorización especial de la revista *Foreign Affairs,* correspondiente a octubre de 1974.

Las cuestiones económicas se han convertido en el objetivo y el centro de la atención de los estadistas de todo el mundo, y encabezan la lista de prioridades tanto de la política interna como de la externa. Los principales problemas relativos a la seguridad internacional del último cuarto de siglo siguen vigentes: la competencia de los armamentos nucleares estratégicos, la lucha entre los sistemas políticos divergentes, la confrontación entre alianzas masivamente armadas en Europa y la amenaza de que las grandes potencias se vean involucradas en conflictos locales. Sin embargo, todas estas cuestiones han sido eclipsadas en la actualidad por el peligro de que el funcionamiento de la economía internacional pudiera quedar fuera de control. De ocurrir así no habría una amenaza mayor para la estabilidad internacional, para la supervivencia de formas democráticas de gobierno y para la propia seguridad nacional.

Copyright © 1974 por Council on Foreign Relations, Inc., Nueva York.

Así como la inflación se perfila como el más grave de los actuales problemas internos de los Estados Unidos, la política económica internacional es la principal preocupación del país en el campo externo. En términos de la gradación de los problemas y de la imaginación que se requiere para encontrarles solución, este aspecto es el que demanda nuestros mayores esfuerzos. La prioridad que durante años hemos conferido a la política tradicional y a las cuestiones políticas y de seguridad, debe ahora asignarse a los problemas económicos internacionales, ya que si no les encontramos solución, podrían sobrevenir problemas de seguridad de tal magnitud que dejarían chicos a los que ahora nos aquejan.

Por último, la intensidad y duración de la crisis económica internacional actual dependerá de lo que los gobiernos hagan para resolverla. Los problemas a que se enfrentan los dirigentes responsables tanto del mundo en desarrollo como del desarrollado, se encuentran fuera del control individual de las naciones. Con el aumento en la interdependencia económica, estos problemas están ligados de manera inextricable y la única manera de hacerles frente es por medio de esfuerzos internacionales sistemáticos y generalizados.

Cambios en el Panorama de la Economía Mundial

Al principio de este decenio, los Estados Unidos y el resto del mundo industrializado de Occidente, incluyendo a Japón, tenían perfecto dominio de su propia seguridad económica. La interdependencia, en apariencia, tenía un límite. En la práctica, la economía internacional *era* la economía del mundo Occidental. No dependía de manera significativa del comportamiento del mundo comunista, y controlaba casi por completo lo que necesitaba del Tercer Mundo.

Pero esta situación cambió notablemente en los últimos cuatro años. El sistema económico internacional ya no es un sistema aislado Tanto el Tercer Mundo como los países comunistas han demostrado de manera inesperada su capacidad para vulnerarlo mediante la formación de cárteles para fijar los precios del petróleo y a través de compras masivas de granos, respectivamente. Además, en 1974, del "Tercer Mundo" surgió un "Cuarto Mundo" compuesto por los países que carecen de recursos de importancia y de poder económico. Las naciones de este grupo son más dependientes, tienen más carencias y están más concientes de esas carencias que ningún otro gran segmento de la población mundial en otro momento cualquiera de la historia.

Hay una nueva distribución del poder económico en el mundo y debemos aprender a manejar la situación. No obstante, la súbita aparición de este cambio en la ecuación económica, no sólo es el

resultado de las compras soviéticas de granos y de la crisis petrolera. El impacto de estos acontecimientos ha sido directamente proporcional a los cambios de largo alcance que ya se estaban gestando dentro del sistema económico internacional de Occidente. En los primeros años de la presente década este sistema tuvo que enfrentarse a un visible quebranto en relación con la forma en que se manejaban las cuestiones monetarias, y ya se encontraba al borde de una aguda crisis inflacionaria que se fue propagando de un país a otro. Esta inflación, que se presentó acompañada por un estancamiento, constituyó un fenómeno nuevo y desconcertante que ha minado la confianza que teníamos en nuestra habilidad para manejar nuestras economías industriales. La ayuda a los países en desarrollo ha disminuido, lo que ha generado desesperación y resentimiento crecientes. En el período comprendido de 1973 a 1974, todas estas circunstancias se combinaron para formar la esencia de lo que puede calificarse como una crisis total, tanto política como económica, que afecta a todo el sistema internacional.

Por suerte, esta crisis coincide con un período en el que las cuestiones políticas y militares relativas a la seguridad se encuentran un tanto apagadas; algunas de las principales asperezas en las relaciones mundiales están siendo limadas y, en ciertos casos, hasta eliminadas. Pero debemos aprovechar las oportunidades que nos ofrecen la distensión *(détente)* y otros factores que han despejado el panorama internacional, para enfrentarnos de manera eficaz a los problemas económicos, ya que de otra forma podrían quedar anulados los avances realizados a la búsqueda de un mundo más seguro.

Ha llegado el momento de reconocer que los objetivos fundamentales de la seguridad, subyacentes en el proceso de la distensión, están unidos en la actualidad a la situación económica mundial. La cooperación económica que se requiere hará que nos comprometamos muy profundamente con nuestros tradicionales aliados de la posguerra: Europa Occidental y Japón, pero también es necesario que se incluya una nueva medida de cortesía en el trato e interacción con los países en desarrollo, así como la participación de la Unión Soviética y otras naciones comunistas en áreas donde la vida económica internacional es significativa. Sólo en esta forma podría el actual período de distensión, tan precario, rebasar los inciertos acuerdos relativos al equilibrio del poder, y crear una conciencia del interés económico común, que es el pilar fundamental de un mundo relativamente pacífico.

El Petróleo y las Dislocaciones Económicas

Las dislocaciones económicas y financieras creadas por el cuádruple aumento de los precios del petróleo durante el año pasado,

plantearon una serie de cuestiones de la mayor urgencia, que debemos resolver. La primera tarea de una política exterior encaminada a incrementar la seguridad económica deberá consistir en tratar de obtener una disminución en los precios del petróleo. Debido a la sobreproducción y a la reducción en el consumo, existen ciertas perspectivas de lograr que bajen los precios, pero, de acuerdo con la realidad, debemos asimismo proyectar nuestra estrategia económica dando por sentado que continuarán vigentes las elevadas cotizaciones del "oro negro".

El alza de los precios del petróleo es como un enorme impuesto recaudado en la mayor parte de lo países. No obstante, es una forma de tributación sin representación, porque las dimensiones y el destino de este impuesto están fuera del control de quienes lo pagan y de sus respectivos gobiernos. La mayoría de los pagos que se han hecho a los productores de petróleo han permanecido en Ginebra, Londres y Nueva York, desde donde son incorporados de nueva cuenta en la economía mundial. No obstante, persisten dos importantes problemas: en primer lugar, el gravamen inherente a la recirculación de los ingresos puede llegar a minar la estabilidad del sistema bancario mundial y, en segundo lugar, la recirculación de los ingresos por concepto del "impuesto" del petróleo, no se realiza colocando los fondos en las manos de aquellos que más los necesitan. A cuestiones tan apremiantes debe añadirse el problema a largo plazo de la forma en que habrá de regularse la continuada adquisición de las reservas de divisas de parte de los países productores de petróleo, acumulación que podría elevarse hasta una cifra superior a un billón de dólares para 1980.

En la actualidad, los ingresos producidos por la venta de petróleo están tomando la forma de depósitos a corto plazo, efectuados en bancos europeos y, cada vez en mayor medida, en bancos estadounidenses. Mientras tanto, los propios bancos se ven obligados a hacer préstamos a largo plazo para propósitos comunes: por ejemplo, inversiones de capital, y también para ayudar al gobierno a cubrir el impacto del aumento del precio del petróleo en la balanza de pagos. La posibilidad de caer en un aprieto (por aceptar préstamos a corto plazo y prestar a largo plazo) es muy real, sobre todo, porque nadie sabe qué tan inestables pueden llegar a ser los fondos provenientes del petróleo.

Por otra parte, los bancos también están siendo presionados para que se protejan de las posibles fluctuaciones de los tipos de cambio, originadas, cuando menos en parte, por un debilitamiento de la balanza de pagos, producido por el alza de los precios del petróleo. Esto puede dar lugar a un extenso movimiento de divisas, semejante al que acorraló a los bancos Franklin National y Herstatt.

No es posible esperar que el sistema bancario privado internacio-

nal asuma toda la responsabilidad de poner nuevamente en circulación tales depósitos. No sólo es una carga muy pesada para el sistema bancario, sino que también significa que la recirculación, es decir, los préstamos que se hacen, se efectúan con base en criterios comerciales, no obstante que, con frecuencia, los objetivos de importancia para la política y la seguridad deberían ser los que dominaran la situación. Así pues, encontramos que los banqueros, de manera comprensible, están preocupados acerca de la capacidad crediticia de países como Italia, cuando, desgraciadamente, lo que está en juego es la supervivencia de la democracia o su sustitución por un régimen revolucionario de extrema izquierda, o de extrema derecha, lo cual produciría graves efectos en la OTAN y en la estabilidad del Mediterráneo.

Para asegurar que dichos requisitos políticos y estratégicos quedarán satisfechos y para calmar la angustia de la comunidad bancaria internacional, los gobiernos deben ahora abocarse a la tarea de reasignar créditos y recursos financieros. Actuando de acuerdo con los bancos centrales y el FMI, los gobiernos deben, en alguna forma ma, asumir la responsabilidad y desempeñar el papel de prestamistas de última instancia. Es obvio que deben establecerse algunas salvaguardias para que los bancos privados no tengan un cheque en blanco que puedan hacer efectivo para salvarse de las consecuencias de su imprudencia o malos manejos. Pero este riesgo es mucho menos importante que el riesgo del derrumbamiento de las instituciones financieras más importantes y hasta de los gobiernos.

Se espera que el apoyo prestado al sistema bancario internacional sea lo bastante eficaz para hacer frente al problema de redistribución que aqueja a los países industrializados, sin que sea necesario recurrir a la ayuda gubernamental directa en gran escala, aun cuando esa posibilidad fue objeto de vigorosos debates entre los encargados de programar la política en Washington, durante todo el segundo trimestre de 1974.

Ayuda para el Cuarto Mundo

No obstante, en el caso de las naciones del Cuarto Mundo, que de todo carecen, es necesario que el gobierno de los Estados Unidos realice esfuerzos encaminados a brindarles ayuda. Los países más pobres, principalmente los situados en el subcontinente indio, en Africa y en algunos lugares de América Latina, están padeciendo los graves efectos del alza en los precios del petróleo. Se ha calculado que el aumento en los gastos que por concepto de compras de petróleo tuvieron que hacer los países en desarrollo en 1974, supera por un margen considerable la ayuda que están recibiendo. Los estratosféricos costos de alimentos y fertilizantes son igualmente

onerosos y como resultado de semejante situación, este año, los países en desarrollo se enfrentan a un aumento total de 15.000 millones de dólares en los costos de importación, lo que corresponde al doble de la ayuda total recibida. El recurso crediticio petrolero especial de 3.000 millones de dólares creado en junio por el Fondo Monetario Internacional (FMI) será de alguna ayuda, pero debido a la fórmula del FMI para otorgar créditos a sus 126 miembros, los países más pobres no pueden obtener suficiente asistencia de dicha fuente.

Se requiere de ayuda adicional que puede tomar muchas formas, desde asistencia financiera, hasta ventas concesionarias de alimentos, fertilizantes y energéticos. Los intentos del Secretario General de las Naciones Unidas para establecer un fondo especial de urgencia, o bien la propuesta del "Comité de los 20" del FMI para la creación de un Comité Ministerial conjunto del FMI y del Banco Mundial, para ayudar a los países menos desarrollados, podría convertirse en un instrumento para elaborar un plan múltiple de ayuda de urgencia. Además, este Comité Ministerial conjunto ofrecería la posibilidad de convertirse en un vehículo muy necesario para la planeación a plazo mayor y en un apoyo más para el desarrollo económico internacional.

Cualesquiera que sean los instrumentos de la acción cooperativa internacional, lo que se requiere con mayor apremio en la actualidad es que los Estados Unidos, las otras naciones industrializadas y los países productores de petróleo, logren establecer un firme compromiso. Debemos dejar de esperar que actúen los demás; en la práctica, esto significa que los Estados Unidos deben tomar la iniciativa y proponer para su propio gobierno un compromiso concreto. Una vez que se tome esta decisión, el estancamiento deberá ser combatido con las contribuciones de otros países, y entonces podremos enfocar nuestra atención a la solución de las cuestiones técnicas y decidir si la asistencia debe tomar la forma de un reajuste del servicio de la deuda, de ayuda en especie (alimentos) o cualquiera otra de las posibles opciones.

Aun cuando la iniciativa de los Estados Unidos es esencial, este país no puede ni debe convertirse en la fuente primordial de la asistencia (cada vez mayor) para el desarrollo, que para 1980 se calcula llegará a ser de 12 a 13.000 millones de dólares anuales, de acuerdo con un estudio realizado por el Banco Mundial. Junto con Europa Occidental y Japón, los países productores de petróleo y la Unión Soviética deben asumir la parte de responsabilidad que les corresponde. Los países árabes productores de petróleo pronto tendrán reservas y liquidez en cantidades masivas. Para fines de este decenio se calcula que Arabia Saudita, los Emiratos Arabes Unidos y Libia pueden acumular hasta 966.000 millones de dólares en re-

servas. Una parte considerable de esta cantidad de alguna manera tendrá que pesar sobre la aflictiva situación del Cuarto Mundo.

Una Nueva Forma de Cooperación

Así pues, es posible pronosticar los principios generales de un nuevo modelo de esfuerzo cooperativo. A los países productores de petróleo se les podría asignar una función de mayor importancia en el FMI y en el Banco Mundial, donde en la actualidad desempeñan muy escasos puestos de alto nivel. Los países desarrollados podrían comprometerse a proteger las inversiones de capital que los países productores de petróleo hicieron en sus territorios, como recompensa a las garantías necesarias en relación con la estabilidad de dichas inversiones. Por otra parte, los países productores de petróleo deberán colocar cierta proporción de sus reservas en las instituciones internacionales de crédito y prestar ayuda a largo plazo a los países menos desarrollados (y quizá también prestar cierto tipo de ayuda a corto plazo para fortalecer la balanza de pagos de los países desarrollados que tengan problemas). Una distribución más amplia de los ingresos de los países productores serviría también para reducir en cierta medida el volumen de los depósitos bancarios a corto plazo, aliviaría las presiones que soporta el sistema bancario y limitaría las dimensiones de las inversiones de capital en los países desarrollados.

No es posible exagerar las dificultades que se presentarán para la adopción de un nuevo modelo de relaciones y responsabilidades como el descrito. Hasta la fecha, las naciones productoras de petróleo se han mostrado muy poco dispuestas a ayudar a los países del Tercero y Cuarto Mundos, fuera de las naciones árabes y de algunas otras con las que buscan establecer nexos especiales. Sin embargo, hay también ciertos indicios alentadores. Parece que el Banco Mundial ha podido obtener préstamos de Arabia Saudita, Kuwait y hasta Venezuela, y si bien el tipo de interés no es precisamente concesional (de ocho por ciento, según se ha informado), cuando menos constituye un paso en la dirección debida.

Si se quiere hacer realidad un tal modelo de cooperación internacional, la iniciativa estadounidense también es fundamental. La voz de los Estados Unidos es, individualmente, la más importante, tanto en el Banco Mundial como en el FMI. El apoyo integral de los Estados Unidos es el que hace disminuir los riesgos de los países productores de petróleo que están canalizando fondos a los países menos desarrollados mediante préstamos al Banco Mundial. Los Estados Unidos son el mercado potencial más importante para las inversiones de capital de los países árabes, y es probable que la reacción del gobierno de los Estados Unidos al proporcionar garan-

tías y establecer reglamentos para dichas inversiones sirva de norma al resto del mundo.

Inflación y Recesión

Debemos también prestar primordial atención a las dimensiones internacionales de la inflación y a la amenaza de una recesión. La inflación es la fuerza políticamente más regresiva que está en juego en la actualidad. Se ha dicho que jamás país alguno que haya tenido una inflación de más del 20 por ciento ha podido continuar con un gobierno democrático. Es posible que esta apreciación no corresponda a la realidad, ni existen precedentes en relación con nuestra situación actual. Sin embargo, no deja de ser morigerante la noción de que la tasa de inflación en los Estados Unidos se encuentra más o menos a la mitad de ese límite; Gran Bretaña y Francia están muy próximas, e Italia y Japón lo han rebasado en algunos momentos. En otros países semi-industrializados y en desarrollo las tasas son, por lo general, mucho más elevadas.

Incluso haciendo a un lado el impacto del alza de los precios del petróleo, en lo esencial, la actual situación económica no tiene precedentes. La economía internacional, que durante decenios se caracterizó por ciclos de auge y depresión, después de la Segunda Guerra Mundial fue sujeta a un control bastante razonable. Durante algún tiempo en la mayoría de los países desarrollados se alcanzó el objetivo de la ocupación plena mediante la aplicación de la regulación keynesiana. No obstante, la situación de "estanflación" —inflación elevada y lento crecimiento—empezó a hacer su aparición en el decenio de 1960, en Gran Bretaña y en otras partes. Y ahora tenemos lo que *The Economist* ha llamado "desplonflación", situación en la que hay recesión y crecimiento cero, mientras que la inflación continúa remontándose.

Por desgracia, nuestra comprensión de los problemas involucrados en este fenómeno no ha logrado ponerse a la altura de nuestro vocabulario para describirlos. Existe el grave peligro de que nadie comprenda en realidad el rompecabezas económico actual, ni sepa tampoco cómo manejarlo.

Sin embargo, esta preocupación es exagerada. Los instrumentos monetarios y fiscales de la administración económica *pueden* ser ajustados para hacer frente de manera eficaz a la situación actual. Lo que se necesita son medidas nuevas y más selectivas para la aplicación interna de tales instrumentos, y una nueva apreciación de la necesidad de tener en cuenta los aspectos internacionales de nuestras dificultades económicas.

Así pues, aunque el control de la inflación sea ante todo una responsabilidad nacional, se pueden vislumbrar diversos tipos de es-

fuerzos internacionales coordinados. La creación de un fondo internacional adecuado para cubrir o reducir los déficit de balanza de pagos que tienen como origen el problema del petróleo contribuirá a impedir las devaluaciones y el consecuente incremento de la inflación. Es necesario procurar que los países industrializados hagan lo necesario para equilibrar su balanza de pagos, y a los esfuerzos realizados para coordinar la política monetaria (objetivo que nos ha eludido en el pasado) debe dárseles un renovado ímpetu. Cada país deberá tratar de asegurarse de que su política interna no fomente en realidad la exportación de la inflación y el desempleo, y todos deben evitar reacciones que tiendan a empobrecer a los demás.

En efecto, los países industrializados deben coordinar sus programas económicos generales en relación con el crecimiento, la inflación y el empleo. Por ejemplo, los Estados Unidos no pueden considerar la posibilidad de establecer de manera unilateral una política determinada para controlar la inflación mediante dos o tres años de estancamiento en el crecimiento, olvidándose de que esto podría dar lugar a una recesión todavía más intensa en Europa. De manera semejante, la política desconsiderada adoptada por otras naciones puede tener un importante efecto adverso en la economía de los Estados Unidos. Por tanto, dicho país tiene un gran interés en mejorar la coordinación económica internacional, sea mediante las instituciones existentes o mediante la creación de algunos mecanismos internacionales más eficaces.

Cómo Suprimir las Barreras Comerciales

El manejo de la política comercial tendrá un importante impacto, ya que demostrará la eficacia del gobierno de los Estados Unidos para luchar en contra de la inflación y para mantenerse firme e impedir que se agrave la recesión. A la corta, la tarea más urgente consiste en evitar las crecientes presiones para que se implanten restricciones comerciales. Para contener dichas presiones, es imperativo revitalizar las negociaciones comerciales inmovilizadas desde hace mucho tiempo. Los europeos y japoneses, que en una época se mostraron renuentes a participar, ahora están ansiosos de movilizarse antes de que las presiones proteccionistas de sus países se intensifiquen al grado de hacer imposibles las negociaciones.

Un aspecto de consecuencias a largo plazo al que se debe prestar primerísima atención en el terreno de las negociaciones comerciales, es la cuestión del acceso a los productos y materias primas. En los reglamentos del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), se ha prestado una atención especial a la cuestión del acceso a los mercados. También es necesario contar con reglamentos y otro tipo de arreglos para tener un acceso equitativo

a las fuentes de abastecimiento, a precios más razonables y estables.

El impulso para asegurar el acceso a los abastecimientos *no* es una nueva forma de colonialismo. En primer lugar, mientras que los aumentos en el precio del petróleo constituyen un ejemplo evidente de la forma perjudicial en que se fijan los precios y que deberá controlarse en el futuro, es importante reconocer que esta cuestión no es única, ni siquiera primordialmente, un problema entre los países menos desarrollados y los industrializados. El embargo estadounidense del frijol soya, el embargo japonés de los fertilizantes y los controles generalizados del comercio con chatarra, son ejemplos de medidas tomadas por los países industrializados y que van en contra de la estabilidad económica internacional.

En segundo lugar, en este asunto están complicados diferentes tipos de capital. Los países abastecedores, que son también los países en desarrollo, tienen un buen argumento económico y moral para solicitar un aumento en la retribución de sus productos. El precio del petróleo acordado por los países productores y los esfuerzos para establecer cárteles entre los productores de bauxita y cobre tienen como objetivo, en parte, el reformar lo que los países en desarrollo han considerado siempre como condiciones comerciales injustas. Con razón o sin ella, estos países consideran que las naciones industrializadas fijan los precios de sus artículos de exportación, así como los precios de sus importaciones, en detrimento de los países en desarrollo.

En tercer lugar, puede haber razones que justifiquen la decisión de tal o cual país de imponer por cuenta propia controles de exportación en auténticas situaciones de escasez. No obstante, el objetivo de estos controles debe ser el de asignar la oferta limitada de manera equitativa entre la economía nacional y los compradores extranjeros y no sólo el de exportar la inflación; de otra manera, los controles de exportación pueden dar lugar a represalias, trastornos comerciales y de otro tipo en el sistema económico internacional.

La estabilidad en los precios y la oferta de artículos comerciales son importantes si hemos de enfrentarnos a la inflación durante un plazo largo. En comparación con otros bienes, la mayor parte de los productos primarios se cotizaban hasta hace poco a precios bajos, y la tasa de inversión necesaria para producirlos era baja. La producción no pudo responder al aumento en la demanda que se presentó en 1972-73, lo cual produjo escasez y fuertes aumentos de precios. Las nuevas inversiones en la producción de artículos primarios harán que el ciclo descienda nuevamente, pero estas pronunciadas fases ascendentes y descendentes en la oferta y los precios de dichos productos son, al mismo tiempo, antieconómicas e inflacionarias. Para manejar esta situación, así como para evitar las pre-

siones derivadas del establecimiento de otros cárteles, se deben encontrar los medios para estabilizar en la medida de lo posible los precios de cada uno de los productos primarios y de los víveres.

Los Estados Unidos: Venero Mundial de Productos Alimenticios

Los Estados Unidos soportan una responsabilidad y una carga muy especiales a este respecto. En la actualidad, este país es el principal productor de los víveres que se venden en los mercados mundiales. Desde 1971 las exportaciones agrícolas han aumentado en más del doble, y en 1973 alcanzaron la cifra de 18.000 millones de dólares. Los Estados Unidos y Canadá controlan las exportaciones de granos en menor medida que el Oriente Medio controla las ventas de petróleo. Literalmente, el mundo ha llegado a depender de la agricultura de los Estados Unidos; por tanto, bien puede presentarse de nuevo la tentación de recurrir a los controles de exportación, tal como sucedió en 1973 durante un lapso muy breve, en el caso del frijol soya.

La creación de un fondo mundial de alimentos es urgente. Este problema es muy complejo y se hizo más apremiante y difícil porque las reservas de los Estados Unidos y Canadá han venido reduciéndose hasta alcanzar niveles peligrosamente bajos en los últimos años. Las reservas deben ser reconstituidas, pero si han de formar el grueso de la reserva mundial de alimentos (destinada tanto a lograr la estabilidad en los precios como a hacer frente a situaciones de hambre), otros países deberán actuar paralelamente y los costos directos e indirectos deberán repartirse de manera equitativa, ya que es inconcebible que los Estados Unidos puedan desempeñar la función de abastecedor del mundo mediante un sistema de reservas, mientras que los mercados para la exportación de sus productos alimenticios son restringidos y cerrados por medio de barreras comerciales.

La Función de la Unión Soviética en la Economía Mundial

La tarea de desarrollar formas adecuadas de cooperación económica en relación con las cuestiones mencionadas recaerá en los países industrializados de economía de mercado, en mayor medida que en los países en desarrollo. No obstante, las actividades del mundo comunista pueden fortalecer o debilitar estos esfuerzos.

En la actualidad, la Unión Soviética y otros países comunistas están, cuando menos superficialmente, a cubierto de los oleajes económicos que azotan al resto del mundo. Pero tal como sucedió en 1972 con las compras de grano que hizo la Unión Soviética, la errática participación de estos países en los mercados mundiales puede

tener efectos muy considerables en la estabilidad económica mundial y, sobre todo, en la inflación.

El problema estriba en integrar en la economía mundial los crecientes volúmenes de transacciones económicas que se realizan con los países comunistas. Necesitamos encontrar caminos para resolver el problema de la cotización de precios injustos y de la inundación del mercado con mercancías a precio demasiado bajo, por una parte, y de las intervenciones inesperadas en situaciones de escasez, por la otra. La cuestión de la inundación del mercado con mercancías a bajo precio resulta difícil de resolver a causa del concepto comunista del precio, ya que su función dentro de sus economías es totalmente distinta de la que desempeña en el resto del mundo. La cuestión de las compras de urgencia ofrece también graves dificultades, en gran medida porque la Unión Soviética y otros países comunistas no lo consideran como problema. Pero se puede comenzar presionando a la Unión Soviética para que desempeñe una función más constructiva con el fin de aliviar la situación mundial en lo que se refiere a la escasez de alimentos, cuando menos hasta lograr que este país acepte proporcionar a la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, toda la información agrícola pertinente y no salte inesperadamente al mercado para adquirir grandes cantidades de víveres. Y la Unión Soviética deberá participar en cualquier arreglo que pudiera plantearse para las cuestiones relativas a la oferta internacional de fertilizantes y la reserva mundial de alimentos.

Además, la Unión Soviética es una posible fuente de asistencia para el desarrollo económico mucho más importante de lo que ha sido hasta la fecha. La ayuda económica total que prestó la Unión Soviética en 1973 fue apenas de 622 millones de dólares, mientras que su asistencia militar se calculó en 1.700 millones, cifra que corresponde a casi el triple. Dada la desesperada situación en que se encuentran los países menos desarrollados, la Unión Soviética debe ser persuadida para que reorganice el orden de prioridad de su asistencia.

Por último, la Unión Soviética debe convencerse de que la necesidad de ejercer moderación en la competencia política del Oriente Medio tiene también una dimensión económica. Desde luego, para establecer un arreglo duradero sobre los precios y la oferta de petróleo, cosa que a su vez constituye un interés económico esencial para la seguridad de los Estados Unidos y sus aliados, es imperativo avanzar hacia un acuerdo árabe-israelí razonable y viable. Esta es una razón complementaria por la cual, si la Unión Soviética impone obstáculos a la paz en el Oriente Medio, se correrá el grave riesgo de comprometer las relaciones del Oriente con el Occidente, que han venido mejorando.

Por supuesto, no debemos hacernos ilusiones acerca de la dificultad que implica el convencer a la Unión Soviética para que reconozca que su cooperación en estas áreas redundará a la larga en su propio interés. Los funcionarios soviéticos con frecuencia consideran que el planteamiento de problemas comerciales legítimos es contrario a la distensión, y la ayuda económica al mundo menos desarrollado ha sido siempre considerada como arma política.

No obstante, las esperanzas de la Unión Soviética en un mejoramiento fundamental interno (esperanzas básicas para la posición y fuerza de los líderes soviéticos) estriban en el desarrollo de vínculos económicos mucho más estrechos y en un mayor grado de asistencia económica de parte del mundo industrializado. Por tanto, la Unión Soviética se beneficiaría si interviniera con más sentido de responsabilidad en la cooperación económica mundial. Ciertamente, se justifica el que Occidente haga de dicha cooperación un examen fundamental y una piedra de toque de la distensión. Los créditos de Occidente y el comercio pacífico deberán estar relacionados con compromisos contraídos por los países comunistas para elaborar un código razonable de comportamiento económico con los países occidentales de economía de mercado, y para participar en el renovado esfuerzo asistencial que requieren los países en desarrollo.

Esquema de una Economía Internacional

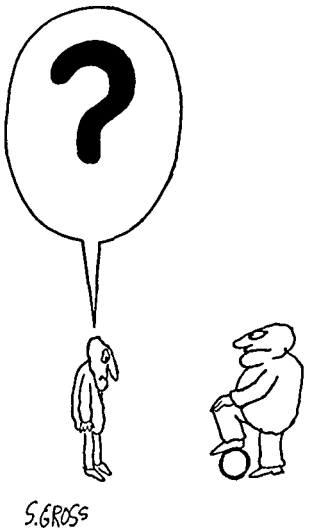
A partir de este examen de las medidas concretas, inmediatas y a largo plazo que es necesario adoptar en la actualidad, es posible vislumbrar el esquema general de un sistema de seguridad económica internacional:

- Un grado más eficaz de coordinación de las políticas económicas entre las naciones industrializadas de Europa, América del Norte y Japón.
- Un nuevo papel para los países productores de petróleo en la regulación de la economía internacional, así como la nueva responsabilidad de contribuir a la estabilidad y el crecimiento y, en el caso de los países más pobres, al desarrollo económico.
- Nuevas relaciones entre los países industrializados y los productores de materias primas para asegurar abastecimientos y precios más estables.
- Una participación más constructiva de los países comunistas, en especial de la Unión Soviética, en el comercio mundial y en el proceso del desarrollo económico.

No todos estos importantes objetivos deben perseguirse simultáneamente ni con el mismo empeño. Algunos de los aspectos concre-

tos de la crisis actual son, sin duda alguna, más urgentes que otros, y para algunos problemas es posible que todavía no se encuentre la solución. Pero lo más importante es que la política de los Estados Unidos esté inspirada en una visión global de un sistema económico de cooperación mundial.

Como las cuestiones económicas internacionales afectan de manera tan directa los intereses internos, la inclinación a un nuevo sistema internacional de seguridad económica, y el considerarla como factor primordial de los asuntos mundiales, puede proporcionar las bases para restablecer el consenso entre el pueblo de los Estados Unidos para apoyar una política exterior revitalizada y constructiva. Debemos redefinir la política exterior y la de seguridad nacional para incluir no sólo el problema de la posición estratégica y de la influencia política, sino también las cuestiones básicas de la inflación, la estabilidad económica, el empleo y el crecimiento. Si dichas necesidades internas adquieren un lugar prominente en nuestra diplomacia, el pueblo estadounidense puede estar dispuesto (tal como lo ha estado en el pasado) a aceptar sacrificios a corto plazo con el fin de alcanzar, a la larga, la meta de un mayor grado de estabilidad y seguridad para los países desarrollados y una parte más equitativa de la riqueza del mundo para las naciones en desarrollo.



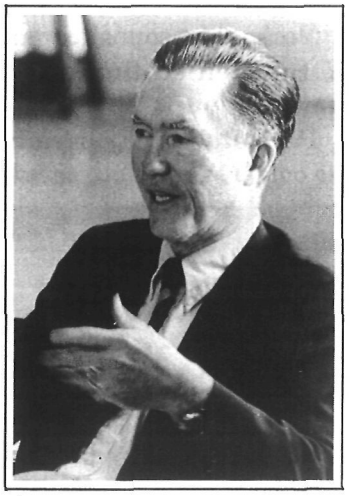
Dibujo de Samuel Gross. © 1973 The New Yorker Magazine, Inc.

EL TERROR EN ROBERT FROST

Por William Stafford

A 10 años de su muerte y un siglo de su nacimiento, se ha sometido a revaloración la fama y los aciertos de Robert Frost, cuya obra, junto con la de T.S. Eliot y un puñado de poetas del siglo XX, trascendió el estrecho círculo de los amantes del arte. En todo el mundo se le lee, y está en manos lo mismo de escolares que de estadistas, traducido a muchos idiomas o en el inglés original.

El profesor Stafford, poeta él mismo, y muy gustado, asegura que Robert Frost no es un sencillo y franco "hombre del pueblo". Para él, la complejidad que aletea en los lúcidos versos de Frost es lo que ha convertido a este poeta en representante conspicuo de su tiempo. El artículo que sigue se ha extractado de *The New York Times Magazine*.



William Stafford, autor de varias colecciones de poemas, entre otras *Allegiances* (Lealtades) y *Someday Maybe* (Un Día, Quizá), es profesor de inglés en el Lewis and Clark College de Portland (Oregon), y ha dado conferencias y leído sus versos en varias universidades de Europa y Asia.

En el centenario de su nacimiento, se diría que Robert Frost es el primer poeta norteamericano. Su efigie aparece en un sello postal; se han puesto inscripciones en los lugares donde vivió; sus propios libros y los que hablan de él andan por todas partes.

Aun antes de morir, en 1963, la tierra era suya. Cuando tenía 86 años surgió vivo ante la nación para recitar "El Don sin Reservas" en la toma de posesión del Presidente John F. Kennedy, en 1961. Empezó con estos versos memorables:

> La tierra era nuestra antes que fuéramos de la tierra.
> Fue nuestra tierra más de cien años
> antes de que fuésemos su gente...

Aquel anciano, recitando al viento su poesía, era ya un emblema. Pasó horas aprendiendo de memoria un poema compuesto para la ceremonia, pero no pudo acabar a tiempo. Dijo que estaba avergonzado. Sin embargo, cautivó la atención del mundo, y siguió cautiván-

© 1974 por The New York Times Co. Reproducido con autorización.

dolo: citas en el Congreso, una charla espectacular con Jruschov en Rusia. Se hizo figura nacional e internacional.

> Voy a limpiar el manantial de la dehesa;
> sólo me detendré a rastrillar las hojas
> (y quizá a esperar que el tiempo aclare).
> No estaré mucho afuera. Ven tú también...

Versos a propósito para las ocasiones públicas y las antologías. Y también su figura pintada: un poeta robusto y cano, patriota, amable.

Pero Robert Frost advertía: "No se fíen demasiado de mí". Le

Robert Frost, 1875-1963. Un poeta "aterrador".

gustaban los secretos, y todavía no podemos fiarnos de él más de la cuenta.

Tenía ya 39 años de edad cuando vio la luz su primera colección de poemas: Robert Frost no fue precoz. Esa colección, *A Boy's Will* (La Voluntad de un Niño), se publicó en Inglaterra después que el autor dejó la enseñanza, abandonó la agricultura, vendió la granja en 1.900 dólares y gastó el dinero manteniendo a su familia en Inglaterra. Al aparecer *La Voluntad de un Niño,* empezó a cambiar la fortuna literaria de Frost.

En 1915, cuando se había publicado (también en aquel país) su segundo libro, *North of Boston* (Al Norte de Boston), pudo volver a los Estados Unidos con su nostálgica familia. Así se dio el caso, típico en él, de retornar a la patria cuando se disponía a marcharse a Europa una "generación perdida" de escritores norteamericanos, como Hemingway, Fitzgerald, T.S. Eliot y Dos Passos; pero entonces estaban apareciendo ya en varias publicaciones norteamericanas noticias y reseñas favorables a su obra, que él mismo había remitido algún tiempo antes. Y ya en el camino del muelle a la ciudad, él con su esposa, Elinor, y sus cuatro hijos vieron en un quiosco el número del 20 de febrero de 1915 de *The New Republic,* donde Amy Lowell reseñaba la edición norteamericana de *Al Norte de Boston.* Y al regocijo familiar se añadió pronto el estímulo tangible del pago que le hizo *The New Republic* por los derechos de "The Death of the Hired Man ("Muerte del Asalariado"), y el de Henry Holt and Co. por los del nuevo libro.

Elogios Públicos y Temores Privados

Allí se volvieron las tornas. En ese punto se inició la popularidad y el reconocimiento que duraron 50 años. Frost ganó cuatro veces el Premio Pulitzer de Poesía, recibió títulos honoríficos de más de 40 universidades norteamericanas y extranjeras, ingresó en el Instituto Nacional de Artes y Letras, y en la Academia Americana de Artes y Letras, sirvió como consejero de literatura poética en la Biblioteca del Congreso y dio conferencias en muchas partes, a veces a grandes auditorios. Su figura y sus poemas se abrían paso por doquiera... mientras las sombras tiraban de él hacia atrás.

El público no sabía de esas sombras, pero eran negras y muy reales. Lesley Frost recordaba una escena a medianoche, cuando, de niña, despertó y encontró a su padre blandiendo un revólver frente a su madre y amenazándola: "Elige. Antes que amanezca, uno de los dos estará muerto". Toda su vida sufrió Frost temores, ira y celos extremados. Sin embargo, en sus poemas, dados a conocer en cuidadosa disposición durante todo el decenio de 1930, los lectores sólo encuentran seguridad, aunque superficial.

Incluso en sus poesías de soledad termina con expresiones de optimismo, como en "The Tuft of Flowers ("El Manojo de Flores"), que acaba así:

"Los hombres trabajan juntos", le dije de corazón,
"aunque trabajen separados".

Pero escondidos en las rimas fáciles hay extraños afloramientos, incluso en las poesías más suaves, y de vez en cuando encontramos, al acecho, poemas como "Out, Out" ("Fuera, Fuera"), relato de las peripecias de una sierra circular que chirriaba en el patio de la granja. En esto llega la hermana para anunciar "La cena":

Y al oírlo, la sierra,
Como para probar que las sierras saben qué es cena,
Saltó a la mano del muchacho, o pareció saltar...
Le auscultaron el corazón.
Poco—¡nada!—y allí se acabó.
De nada servía ya. Pero ellos, como
No eran los muertos, volvieron a sus quehaceres.

Heridas Veladas

Los poemas, en general, son mucho menos radicales, pero su blanda voz, que conduce serenamente al lector sobre los abismos, no puede evitar terribles vislumbres. Las poesías a menudo velan, y a la vez revelan, elementos demasiado bruscos, demasiado dolorosos para presentarlos directamente. Un temprano ejemplo de esto deriva de cierto suceso que estuvo a punto de arruinar la vida del poeta. Lawrence Thompson lo explica, en *Robert Frost: The Early Years* (Robert Frost: Los Años Tempranos), como parte del enredo que se produjo cuando alejaron a Frost de Elinor White (que después fue su esposa). Cuando la joven empezó a ver a un rival—formidable por cierto—, él emprendió un viaje casi suicida, y nunca bien explicado, al Dismal Swamp de Carolina del Norte, en el otoño de 1894. Vagó por espacio de tres semanas, hambriento y helado, mientras sus sentimientos reflejaban fielmente el ambiente miserable por donde él andaba. Cuando volvió, maltrecho y sin que hubieran variado sus relaciones con Elinor, pretendió que se había recuperado, e incluso dijo a un editor que había "vivido experiencias tan desesperadamente absorbentes, que nada enfermizo ha quedado en mí..." No obstante, aquel viaje al Dismal Swamp constituyó el fondo del gracioso poema "Reluctance" ("Renuencia"):

Por los campos y los bosques he vagado
Y he pasado sobre los muros;
Escalé las atalayas,

Contemplé el mundo y descendí;
He vuelto a casa por la carretera
Y, ¡ah!, se terminó.

Las hojas están muertas en el suelo,
Salvo las que la encina guarda
Para dejar caer una por una
Y que corran arrastradas
Sobre la nieve helada,
Mientras otros duermen.

Y las hojas muertas yacen amontonadas y quietas,
Sin que el aire las sople hacia acá o hacia allá;
Se fue el último áster;
Las flores del avellano, hacia allá;
El corazón aún anhela buscar,
Pero los pies preguntan "¿hacia dónde?"

¡Ah! ¿cuándo al corazón del hombre
fue menos que una traición
Ir con el correr sin rumbo de las cosas,
Rendirse con una gracia a la razón,
Inclinarse y aceptar el fin
De un amor o de una estación?

Tal poema es ejemplo de la obra de Frost; las dificultades de su vida quedan entretejidas y silenciadas, pero al mismo tiempo puestas de relieve. Los tangibles que se mencionan son locales, aparentes, comunes: nada abiertamente extraño, nada de reverencias a la tradición, nada que lo enlace con el estilo de T.S. Eliot o de Ezra Pound, nada de exquisiteces, nada que sea *difícil.* Las cadencias son fáciles. La voz las recorre sin saltos. Todo está tan bien gobernado que podemos leerlo tranquilamente y sentirnos sosegados, si eso es lo que buscamos. Pero esos tangibles locales, aparentes y comunes, y esos fáciles ritmos tienen significados que nos hablan y se meten en nosotros. Hay mucho "descendido". La inevitabilidad "de un amor y de una estación" está tan bien unida que el lector podrá vislumbrar en seguida o colegir las implicaciones.

¿Instrumento de Otros?

Eso que muchos lectores aceptaban con calma (el fácil sentimiento de tales versos), es precisamente lo que alejó a Frost de sus contemporáneos más radicalistas. ¿Cómo podía permitirse cultivar un estro como el de "el corazón aún anhela buscar"? ¿Dónde está la ironía? Pero precisamente esa franqueza directa es lo que hizo a Frost caer en el favor de un grupo particular identificado por Malcolm Cowley en un artículo publicado en 1944 con el título "El pleito contra el Sr. Frost", según el cual: "Algunos honores que se le han concedido son menos poéticos que políticos. Lo alaba demasiado a menudo, y con vehemencia excesiva, gente a quien no gusta la poesía".

Esa "gente a quien no gusta la poesía", añadía Cowley, "se sirve de Frost como pretexto para zaherir y rebajar a otros poetas, que por lo visto han incurrido en los pecados de pesimismo, oscuridad, obscenidad y entrega a influencias extranjeras. . ." Los susurrantes poemas de Frost merecían (y merecen) la aceptación de muchos lectores que huyen de las alusiones o las resonancias literarias de escritores como Pound, Eliot y Stevens. Así también, la sana sabiduría campesina de Frost atrae a muchos que desconfían de los intelectuales de izquierda. Sus defensores han esgrimido multitud de veces el argumento de que es claro, patriota y directo. Además, el mismo Frost veía con buenos ojos que lo utilizaran así; parecía deleitarse en los vilipendios dirigidos a sus colegas y a los críticos; aceptado por muchos lectores, era lo bastante inteligente para ser eficaz.

El artículo de Cowley señala la inquietud que producía a algunos la preeminencia de Frost durante esa época. Aún hoy quedan resentimientos por la forma en que se le utiliza. Pero en el decenio de 1940, y en los primeros años del que empezó en 1950, comenzaron a redimir a Frost los nuevos estilos de la crítica. Uno de los críticos que trascendió el terreno literario para proclamar a Frost, fue Randall Jarrell. Eligió diferentes poemas y demostró sus poderosos efectos. En el ensayo "A los Laodiceos", que compuso en 1953, Jarrell se refiere a los días "en que los lectores serios de la poesía moderna condescendían en su mayoría con los poemas de Frost". Para contrarrestar esa actitud, Jarrell acude al poema "Designio", para mostrar el terror que alienta en versos al parecer ligeros:

> Encontré una araña pinta, gorda y blanca,
> en una blanca curalotodo, sujetando a una mariposa
> como blanca pieza de rígido satén.
> Una mezcla de muerte y añublo
> lista para iniciar bien la mañana,
> como ingredientes de un menjurje satánico;
> araña cual copo de nieve, flor como mariposa
> y alas muertas arrastradas como una cometa.
>
> ¿Por qué tenía que ser blanca aquella flor,
> y la curalotodo azul e inocente?
> ¿Qué fuerza llevó a la araña a aquella altura...
> y después condujo a la blanca mariposa hacia la noche?
> ¿Qué otra sino el designio de la oscuridad aterradora?...
> Si es que el designio gobierna algo tan pequeño.

El "Aquietante Rigor de la Muerte"

Jarrell señala que los detalles son "diabólicamente buenos" en esta "Misa negra"; hace ver qué llena del "aquietante rigor de la muerte está aquella blanca pieza de rígido satén". Al llamar la aten-

ción a los detalles, Jarrell demostró que la aparente espontaneidad de Frost es en realidad un decir las cosas con sordina, poniendo al revés el clásico "argumento del designio", usado tan abiertamente por poetas más sencillos o escritores de otros tiempos más simples. Jarrell ayudó a rescatar a Frost de los copleros y lo expuso a la atención de lectores que apreciarían los símbolos atenuados, empleados en su forma ordinaria sin el membrete de "literario".

De tal manera, desde el punto de vista de los valores literarios, se empezó a apreciar a Frost por el efecto directo de las cosas que mencionaba de pasada en sus poesías: el simbolismo que brota de los objetos del paisaje natural. Cada día está más claro para todos que Frost lo que hizo fue demostrar en la época moderna la fuerza no interrumpida de un viejo artilugio: el estilo pastoral. John F. Lynen argumenta que, si no es "moderno" el lenguaje del poeta, sus temas sí lo son. Tranquilo, sin esforzarse para hablar, Frost es muy capaz de sacudir a sus lectores.

El haberlo comprendido así fue lo que favoreció a Frost en los círculos literarios durante la década de 1960. Cuando Lionel Trilling afirmó, en un banquete celebrado en 1959 en honor del poeta, que sus poesías "aterrorizan", muchos se sorprendieron. Como dijo Allen Tate, la manifestación de Trilling "rompió la muralla china de la adulación que rodeaba a Frost". Pero muchos de sus poemas aterran, en efecto, y esta realidad, cuya captación conmovió a gran número de sus antiguos admiradores, ha trocado su figura en la de un poeta serio ante los ojos de numerosos lectores de ahora.

Por una parte, su visión no es estable y tranquilizadora para el alma juvenil. Se diría que siente el mismo miedo que Pascal ante "el silencio terrible de los espacios infinitos"... sin compartir la fe de éste:

> ¿Qué es el cacareado misterio del nacer
> sino montar a pelo en la Tierra?

Los que buscaban seguridades en un hombre tan famoso, encontraban a menudo observaciones cortantes. Elizabeth Shepley Sergeant nos cuenta una de esas declaraciones: "¿Saben en qué me distingo de T.S. Eliot? Yo juego al *euchre;* él, a la Eucaristía. Los dos jugamos". Era, además, fríamente objetivo respecto a la perplejidad suprema del hombre. Incluso sus afirmaciones más conocidas, hechas a veces para tranquilizar, se prestan a una segunda interpretación. Si llama a un poema "momentánea parada contra la confusión", podemos poner el énfasis lo mismo en el concepto "parada contra la confusión" que en el de "momentáneo". Frost jugó muchas veces con normas y credos, pero no se basó en ellos. Despreciaba las "quejas" tildándolas de pequeñeces y lloriqueos, y sin embargo le

gustaban las "aflicciones" por ser duraderas y más dignas. Aquí se atribuye un valor a la dignidad, mas no un valor que nos tranquilice.

Se le ha reprochado con frecuencia por no ofrecer una concepción sostenida. Y es cierto que trataba los cuidados humanos como algo trivial frente a los sucesos y las fuerzas exteriores. Por eso también se le acusa de ser poco profundo. Muchos desean que su palabra los aliente, pues necesitan valor. Pero encuentran que es su poeta... y está asustado.

Necesidad de Defensas

Queriendo explicar algunas faltas de caridad que Frost cometió con otros poetas contemporáneos y rivales suyos, Lawrence Thompson encuentra una pauta clara en toda la vida de nuestro vate: Era un hipersensible, un ser que percibía grandes tinieblas en el mundo, y sentía una gran necesidad de defensas interiores y exteriores. Una vez dijo: "Espero tener que profundizar una y otra vez antes de captar mi esencia y poder decir qué quiero ser mientras dure". Hacia el final había calado ya muy hondo, y no sólo por lo que fue perdiendo (esposa, hijo, amigo), ni tampoco por desgracias no comunes, como la locura de su hermana Jeanie y el suicidio de su hijo Carol, sino por viejas culpas y celos que se enredaron entre sus abrasadores anhelos de triunfo. Después de morir su esposa, en 1938, peregrinó a la finca de Derry, granja donde había vivido su familia antes de ir a Inglaterra. "El lugar", escribió después, "es malo por tantos recuerdos buenos. Pero así es el mundo entero". Para él, en semejante mundo, el arte era mucho más de lo que otros podrían imaginar. El arte se le convirtió en un acto de constante tejer una red de seguridad debajo de la experiencia. A sus ojos,

> el fondo es enormidad y confusión
> que vemos perderse en el negro caos total,
> y sobre ese fondo, cualquier figurita artificial
> de orden y concentración.

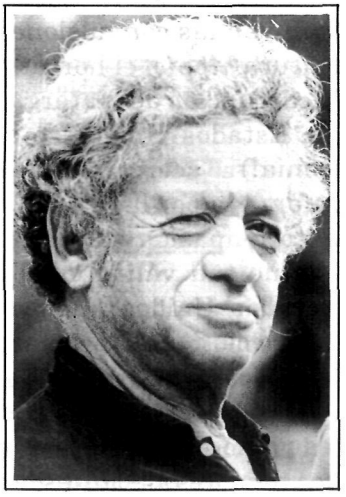
Para el lector moderno, por tanto, la poesía de Frost evoca una concepción de la vida tan discordante de las actuales tendencias, que nos despierta la terrible conciencia de haber sido privados de las confortantes palabras que solía emplear. Frost avanza por el valle de las sombras, temeroso del mal. Su modernismo radica en un nivel más hondo que el estilístico, y el efecto duradero de sus poemas llena más que el modernismo superficial de muchos de sus contemporáneos. Las poesías de Frost reflejan un ser inquieto y ansioso situado en un mundo que no tiene fronteras ni da seguridades: un ser demasiado enterado para ser valeroso en un mundo tal. En cuanto hombre y en cuanto poeta, Robert Frost no fue como creíamos que era.

sección especial:

Reconsideración de la Historia de los E.U.A.

LOS ESTADOS UNIDOS: ¿DECADENCIA Y CAIDA?

Por Max Lerner



Durante el último decenio los Estados Unidos se han enfrentado a numerosas crisis que han puesto a prueba su estabilidad interna así como su posición en el mundo. De manera inevitable, han surgido preguntas perturbadoras, tanto dentro como fuera del país. ¿La sociedad estadounidense está luchando contra su destino? ¿Existen analogías de importancia con la decadencia y caída del Imperio Romano? En el siguiente artículo un distinguido tratadista de las ciencias políticas nos ofrece sus reflexiones e intentos de responder a estas cuestiones.

Max Lerner es profesor emérito de Civilización Estadounidense en la Universidad Brandeis en Waltham, Massachusetts. Es columnista de una agencia periodística, director de una publicación y escritor. Posiblemente su obra más conocida sea *America as a Civilization* (Los Estados Unidos como Civilización). Su artículo se ha resumido y reimpreso con la autorización especial de *Foreign Affairs*, correspondiente a la edición de enero de 1974.

Los estadounidenses han tendido siempre hacia la introspección, en un intento por conocerse a sí mismos como pueblo: sus orígenes, su imagen en la historia, su misión en el mundo. Ultimamente esta conciencia de sí mismos ha adquirido matices que reflejan un sentimiento de desaliento, como si hubieran llegado al límite de sus fuerzas; un penetrante sentimiento de desintegración y ruina. En los primeros años de la República, la identidad nacionalista tenía una forma saludable de jactancioso dogmatismo, que en los últimos años parece haber sido sustituida por una pérdida de confianza en sí misma al estilo de Hamlet, con un apocalíptico sentimiento de fatalidad acerca de la civilización. La derecha abriga la convicción de que la cultura sensata está empujando a la sociedad hacia la destrucción y en la izquierda se percibe el vago sentimiento de que los Estados Unidos son una nación imperialista, de tenden-

Copyright ©1973 por Council on Foreign Relations, Inc. Nueva York.

cias fascistas, atrapada en sus contradicciones internas de clase y luchas étnicas, que terminarán en guerras autodestructivas o en el caos civil.

Esta actitud debe ser tomada en serio como parte de la imagen que ofrecen los Estados Unidos al mundo, en especial teniendo en cuenta que (tal como se afirma en un refrán latino, *imaginatio facit casum)* la imaginación crea los acontecimientos. La imagen que de los Estados Unidos reciben la mayoría de las naciones ha sido opacada y torcida en gran medida por los grupos privilegiados que manejan de manera subjetiva la prensa y los medios de difusión, y que están siempre dispuestos a pensar lo peor de este país. En esta imagen se incluyen las convulsiones y confrontaciones del decenio de 1960, la cultura *hippie,* el horror y los bombardeos de la Guerra de Vietnam, la corrupción de Watergate. La opinión que priva en el mundo de que los Estados Unidos se estaban desintegrando a medida que (¡oh ironía!) se acercaban cada vez más a su bicentenario en 1976, ha sido reforzada por la imagen que esta nación tiene de sí misma, llena de autocompasión y autoaversión.

¿Qué tan válido es el concepto de la decadencia y caída de los Estados Unidos? Hemos estado acostumbrados a pensar que el "ejercicio de la supremacía mundial" es una sucesión de hegemonías históricas a partir de Babilonia, Persia y el imperio helenístico de Alejandro hasta nuestros días. Pero las realidades mundiales actuales ya no guardan semejanza alguna con la política dinástica europea que prevaleció desde el Imperio Romano hasta la época de Napoleón, puesto que no es posible que las realidades internas de una democracia imperial como la de los Estados Unidos se asemejen a la administración de Luis XIV, el Rey Sol, en su Versalles del siglo XVII. No obstante, parece que algunos eruditos y comentaristas siguen pensando en los arcaicos términos del ascenso y la caída de una hegemonía única.

Las Variantes del Poder Mundial

Los que escriben elegías sobre el fin del poder mundial de los Estados Unidos pasan por alto la distinción entre *imperio* (una mole de poder) e *imperialismo* (el impulso expansionista). Los conceptos relativos a una dominación hegemónica como la *Pax Romana* o como la visión de Henry Luce, de un "siglo estadounidense", se han vuelto arcaicos a causa de las armas nucleares, los conflictos políticos, la tecnología de las comunicaciones instantáneas, la interdependencia económica global y hasta la incipiente aparición de una comunidad mundial de conciencia.

Esto no quiere decir que pueda ser eliminada la competencia entablada entre las grandes potencias, ya que de hecho, junto con el

relajamiento de las tensiones *(détente)*, medidas y contramedidas de las grandes potencias en su rivalidad por conquistar aliados, prestigio, confianza y acceso a los recursos se han convertido en la esencia de la política mundial. Pero por azaroso e inestable que pudiera ser el orden actual, ya que constantemente se tambalea al borde del holocausto, no hace posible la existencia de la dominación hegemónica. Ya no son factibles las intervenciones imperialistas masivas, sean estadounidenses o soviéticas; como tampoco lo son las formas actuales de neoaislacionismo y neoquietismo.

> **La historia tiene muchos pasajes tortuosos, falsos corredores y salidas; engaña con ambiciones que nos hablan al oído; nos guía por vanidades.**
>
> **T. S. Eliot**

En efecto, los Estados Unidos ya no ostentan (si acaso lo hicieron alguna vez) la supremacía mundial que se presumía tenían después de la Segunda Guerra Mundial, durante el gobierno de los presidentes Harry S. Truman y Dwight D. Eisenhower. Pero al leer las memorias diplomáticas y políticas correspondientes a ese período, podemos recordar los temores y la actitud defensiva de los responsables de la política de los Estados Unidos en relación con la limitación del expansionismo soviético y el surgimiento del poder comunista chino. El dominio que detentaban los Estados Unidos residía en mayor medida en la devastación de Europa y Rusia a causa de la guerra y en el monopolio inicial de la bomba atómica, que en cierto vigor agresivo o notable sagacidad, de los que se hallaban despojados.

Mi opinión es que la Edad de Oro de las funciones internacionales de los Estados Unidos (la del decenio subsiguiente a la Segunda Guerra Mundial) no fue tan dorada ni tampoco la actual es tan sombría como pretende representarse. Si ha habido una decadencia en la posición de los Estados Unidos, los índices de producción no lo demuestran, ni tampoco los correspondientes a la investigación, el desarrollo y la creación científica.

El establecimiento de las empresas multinacionales debe ser considerado, con todos sus puntos vulnerables, como un acto de habilidad económica encaminado a rebasar las restricciones impuestas por la nación-estado. Esta modalidad resulta mucho más característica del imperio estadounidense que los portaviones, los infantes de marina o la venta de armamentos. Las empresas multinacionales tienen la tendencia a debilitar la posición de la balanza de pagos y,

por ende, la posición del dólar, y también, en ocasiones (según Raymond Vernon), a "acorralar a las soberanías" y a proporcionar un objetivo para los sentimientos antiestadounidenses. No obstante, otras naciones industriales avanzadas han adoptado esta institución estadounidense para favorecer su propia posición comercial, y en el campo de los automóviles, el petróleo, el aluminio y otras industrias ha habido, en efecto, un intercambio de rehenes para asegurar un tratamiento equitativo para las multinacionales de ambas partes.

Lo que ha ocurrido en realidad no es una decadencia del poder de los Estados Unidos, sino la proliferación y readaptación de todas las formas de poder mundial; y si esto es aplicable a las empresas multinacionales, también lo es a la interdependencia comercial y monetaria de las naciones. La debilidad del dólar se debe en parte al debilitamiento de la ética puritana del trabajo y al fortalecimiento de la ética del consumidor, pero también en parte a que los recientes movimientos libres de capital están encaminados a obtener pequeñas ventajas marginales que las comunicaciones instantáneas hacen posibles en el nuevo mercado mundial de capitales.

La Nueva Diplomacia de los Estados Unidos

¿Los Estados Unidos son un gigante con pies de barro? Así es, en el sentido de que todas las grandes potencias tienen esas características en la actualidad y porque en alguna forma, en algún lugar de sus enmarañadas necesidades, existen áreas vulnerables que hacen imposible la autonomía y el aislamiento. ¿Una *élite* política tiene sus puntos débiles y comete errores? La respuesta es absolutamente afirmativa. ¿Es, acaso, una *élite* rígida, incapaz de aprender de sus errores y transformar sus políticas? La respuesta es absolutamente negativa. ¿Este gigante innovador es capaz, a pesar de todos sus errores, de tomar la delantera en lo que se refiere a iniciativas de paz y a una percepción más escrupulosa de las realidades mundiales? La respuesta es afirmativa.

Hemos presentado esta letanía de preguntas y respuestas con el fin de descubrir las verdaderas debilidades y energías, en oposición a las imaginadas, del imperio estadounidense. La política exterior Truman-Marshall-Acheson se caracterizó por una generosa cualidad creadora así como por su realismo. La OTAN y el Plan Marshall pueden considerarse como modelos, ya que en ellos convergía la idea del poder con el poder de las ideas. Pero, posteriormente, la idea anti-Munich de que el peligro para la comunidad mundial estribaba en una potencia estatal única, se convirtió en una distorsión de la realidad percibida, una buena idea en época inapropiada y en un lugar inadecuado, que ejercía una tiranía sobre las mentes de los

hombres inteligentes y pragmáticos, cuando menos en circunstancias muy distintas.

El experimento de la "nueva diplomacia" Nixon-Kissinger y Ford-Kissinger, de manera similar pasará al campo de la realidad percibida. Esta diplomacia de manera alguna significó un cambio de dirección efectuado con mala voluntad y por medios coercitivos. Fue por el contrario una importante iniciativa, largamente concebida y, cuando menos hasta ese momento, sagazmente elaborada dentro del marco del relajamiento de las tensiones. La idea de los intereses nacionales unidos, y de las concesiones y ganancias unidas dentro del marco de un equilibrio del poder, data de los inicios de la diplomacia moderna, pero al mismo tiempo es tan nueva como la última demostración de que el mundo es interdependiente y de que el orden mundial es más importante que la dominación que pudiera ejercer cualquier país.

Lo que hasta ahora ha podido lograrse principalmente a través de la diplomacia personal, en la actualidad tiene que institucionalizarse y, finalmente, tendrá que constitucionalizarse. Es una encomienda muy difícil y es posible que fracase, pero ¿cuáles son las opciones que tienen las grandes potencias y el resto del mundo?

Lo importante para los Estados Unidos no es saber si la hegemonía todavía le pertenece o si se ha reducido su influencia, sino el hecho de que durante los 25 años, de Marshall a Kissinger, por lo general el país ha tenido una percepción clara de las realidades operantes en el mundo, y ha hecho que esa percepción sea persuasiva. Esta capacidad es algo que difícilmente puede encontrarse en el ámbito de un imperio en decadencia.

¿Cómo Resolver una Crisis Constitucional?

Recientemente, los Estados Unidos estuvieron en el puño de una angustiosa crisis constitucional, centrada en la naturaleza y la potestad de la Presidencia en una democracia imperial. En términos inmediatos la crisis se evoca por la intriga de Watergate y por la cuestión de la complicidad del Presidente Nixon. En términos más amplios, desde hace mucho tiempo, la crisis existe y fue presagiada por la confrontación que tuvo lugar hace 40 años entre Franklin Roosevelt y la Suprema Corte, cuando logró romper la resistencia de la Corte para la legislación reformista del Nuevo Trato (New Deal), pero fracasó en el Congreso ya que no logró que se aprobara su plan para aumentar el número de miembros de la Suprema Corte, con personas nombradas por él. El impulso de la historia de los Estados Unidos en el siglo XX, desde la administración de Theodore Roosevelt, quien ocupó la Casa Blanca de 1901 a 1909, se ha venido encaminando hacia la concentración de poderes en la Presidencia, de tal

manera que se convierta en un instrumento efectivo para llevar a cabo reformas internas y permita el manejo de las crisis externas con un elevado grado de capacidad. Por esta razón, a través de todo este siglo, tal como lo señala Arthur Schlesinger, ha sido una "Presidencia imperial", y la ironía reside en que los intelectuales liberales que apoyaron el establecimiento del poder imperial del Presidente desde la época del primer Roosevelt y Woodrow Wilson, hasta John F. Kennedy, se convirtieron en los más destacados miembros de los sabuesos del Señor que estaban empeñados en acabar con el exagerado poder presidencial de Nixon.

El referirse a esta situación como al "cesarismo presidencial" equivale a invocar nuevamente un borroso paralelo entre los Estados Unidos y Roma. En comparación con los dirigentes de los gobiernos parlamentarios, el Presidente de los Estados Unidos tiene poderes casi monárquicos, especialmente en el campo de la política exterior. Pero en algunos aspectos, tal como lo ha señalado Louis Heren del *London Times*, se trata de una monarquía feudal, en la que el Presidente lleva las riendas de varias baronías: el Congreso, las cortes, los gobernadores, los barones de empresas y sindicatos, las *élites* universitarias, las dependencias gubernamentales, los medios de comunicación, etcétera. El problema no estriba en destruir la constitución, tal como lo hizo César con la constitución romana, con el fin de reinar con plenos poderes, sino en utilizar los poderes inherentes y asignados con suficiente habilidad para gobernar de manera efectiva.

> **La historia es política pasada; la política, historia actual.**
>
> **Sir John Robert Seeley**

Los hombres que tenían estas capacidades, desde Washington, Jefferson, Jackson y Lincoln en adelante, constituyen, tal como lo manifestó Emmet Hughes, la "Presidencia viviente", quienes se sirven de la "Constitución viviente" para dirigir una civilización viable. El recordar a los presidentes Wilson, Franklin, Roosevelt, Truman, Eisenhower, Kennedy, Johnson y Nixon, todos de este siglo y todos ellos formidables presidentes independientemente de sus errores, equivale a comprender que las funciones del Presidente en esta época son más viables, y no menos, que en cualquier otro período comparable de la historia de la República. ¡Qué gran diferencia entre esto y la actuación de César y Augusto y los emperadores que les siguieron, y que llegaron al poder porque en la República

romana no se había presentado una crisis en la dirección, ni contaban con un sistema efectivo de vigilancia popular o constitucional!

La calidad de la Presidencia de los Estados Unidos es tanto personal como institucional, y es al mismo tiempo un asunto de liderazgo moral y credibilidad, como de poder. Depende de la calidad de los presidentes, de su habilidad y su carácter, razón por la cual la psicohistoria y la política de la personalidad han surgido como nuevas disciplinas académicas. En una época de agitación mundial y en una sociedad tan profundamente pluralista y fragmentada como la de Estados Unidos, un enfoque puramente negativo en relación con los poderes presidenciales sería desastroso para las posibilidades de lograr una acción unificada.

Resulta interesante hacer un inventario de la forma y las razones por las cuales el poder presidencial ha aumentado paulatinamente, con el fin de realizar una contabilidad de los actos del Presidente, y así restringir sus poderes bélicos de manera sensata dentro del marco del asentimiento o disentimiento del Congreso. Pero resulta totalmente insensato esperar que una gran civilización encuentre la dirección adecuada en una Presidencia débil. Es necesario que el puesto sea adecuado y extenso, que exista un delicado equilibrio entre los poderes ejecutivo y legislativo, que se construyan rejas lo suficientemente fuertes para evitar que la arrogancia, la ambición, las tensiones físicas y los golpes lleguen hasta el Presidente, y entonces disminuirán las posibilidades de que se presente el Cesarismo, aunque en realidad nunca podrán eliminarse por completo. Los excesos de Watergate son el resultado de un largo proceso de expansión del poder, pero que en realidad pueden considerarse como potenciales, más que como inherentes al sistema.

A pesar de la angustia que recientemente ha padecido el pueblo estadounidense, éste ha logrado afirmar y fortalecer su estructura constitucional. El ataque sobre la conspiración de Watergate se lanzó en cuatro flancos: a través del comité senatorial de investigación, a través de las investigaciones de la prensa, a través del proceso judicial y, finalmente, a través del juicio político (impeachment) en el Congreso. Siempre habrá esfuerzos encaminados a obtener la dominación, no sólo en el campo de la política, sino en todos los aspectos de nuestra vida. Una de las pruebas de la civilización consiste en demostrar si es posible controlar también los esfuerzos negativos, esos que desafían la dignidad humana y hacen que la vida misma se vuelva brutal, desagradable e insegura. Los recientes acontecimientos, por ejemplo, el escrutinio de las salvaguardas constitucionales, la búsqueda de la naturaleza y los límites del propio poder, la aprobación de la legislación sobre los poderes bélicos y la financiación de las campañas; todo esto puede considerarse como un síntoma de salud, no de enfermedad. Confirma la verdad discernida por Tocque-

ville, de que los estadounidenses cometen desaciertos, pero que tienen la capacidad de corregirse a sí mismos y de extraer enseñanzas de sus experiencias.

¿Una Revolución Erótica?

Junto con la deuda, el estado benefactor y las presiones en las avanzadas del imperio, lo que se destaca más notablemente en la mente moderna cuando se esboza el paralelo entre los Estados Unidos y Roma, es la decadencia erótica, como prueba de la disolución de las normas morales y de las instituciones sociales. Gran parte del examen de la conducta sexual que prevalece actualmente en los Estados Unidos adquiere una intensidad emocional, principalmente a causa de los matices psicosexuales que acompañan a los juicios moralizantes. No se pueden negar los hechos relacionados con el cambio de conducta, tal como lo atestiguan los incontables estudios e investigaciones que se han llevado a cabo durante los últimos 25 años, desde las primeras entrevistas codificadas del Dr. Alfred Kinsey, en los últimos años de la década de 1940, hasta las investigaciones que actualmente se llevan a cabo en el laboratorio bajo la dirección de los doctores William H. Masters y Virginia E. Johnson. Lo que resulta discutible es qué tan profundamente influyen estos "hechos" y cuál es el verdadero significado de las cifras.

Después de varios decenios de interés por estos estudios, he llegado a las siguientes conclusiones: en primer lugar, que ha habido en realidad cambios más profundos en el conocimiento y en las actitudes sobre la sexualidad, que en la propia *conducta;* aun cuando esta última ha sufrido cambios sustanciales; en segundo lugar, que gran parte de estos cambios en la actitud son el resultado de presiones sociales encaminadas a la conformidad, y en esta ocasión las presiones no provienen de los mayores, los vecinos y la comunidad, sino de grupos de iguales y están encaminados a lograr el ajuste con los códigos más libres, en mayor medida que a lograr el ajuste a códigos formales; y en tercer lugar, los grupos de profesionales que se distinguieron por propugnar el cambio en las décadas de 1930 y 1940 eran personas vanguardistas cultivadas, pero en los últimos 25 años, el abismo que los separaba de los grupos rurales y de clase media baja, es cada vez más reducido.

> **La historia abomina el determinismo, pero no tolera el acaso.**
>
> **Bernard de Voto**

Las primeras revoluciones están ahora alcanzando los renglones de los ingresos y la educación. Los cambios se han hecho más profundos y más persuasivos entre las mujeres que entre los hombres, debido tal vez a que se está disolviendo la doble regla. Las relaciones sexuales premaritales y extramaritales son objeto de creciente aceptación, aun cuando muchos lo aceptan con el requisito de que "esté presente el amor"; las formas tradicionales de desviación se consideran ahora con un mayor grado de tolerancia; el "matrimonio abierto", los arreglos de tipo comunal y el amasiato, han ganado terreno. Resumiendo, la disociación del comercio sexual y el amor, elemento que ha prevalecido en todas las sociedades en todas las épocas, está tomando ahora una forma diferente en comparación con el período anterior, en el que prevalecía un mayor grado de represión. *Allí donde una vez el peligro estaba presente en el amor sin* pasión, ahora se trata de la pasión sin amor, pero el peligro es mucho menor en comparación de las existencias vividas sin pasión y sin amor.

¿Sensualidad o Libertad?

¿Todo esto tiene relación con la posibilidad de la civilización? En mi opinión la tiene; las civilizaciones no mueren solamente de rigidez, de su incapacidad para enfrentarse a los desafíos o a causa de un desplome constitucional. También pueden morir a causa de profundas enajenaciones y del deterioro de las instituciones fundamentales. Si, como se afirma con frecuencia, los Estados Unidos son una sociedad enferma, la propia nación lo demostrará mediante estas enajenaciones, deterioros, conexiones interrumpidas e incapacidad para relacionarse o comprometerse con los demás. La forma en que funciona Eros en una sociedad bien puede ser un síntoma de gran importancia, si no es que el más importante de todos, para determinar la enfermedad o la salud de la misma.

En ocasiones, los historiadores han atribuido la declinación del Imperio Romano a su decadencia moral, tal como lo hicieron Catón y Juvenal. Una teoría es que el cinismo sexual y el relajamiento de las costumbres causó una disminución en la tasa de natalidad y la reducción de la población en las clases aristócrata y media superior. No obstante, otros historiadores lo consideran en otra forma, es decir, no creen que el relajamiento de las costumbres haya producido la enfermedad de la sociedad, sino que la propia decadencia moral fue el resultado de un relajamiento más profundo de los lazos sociales y del desplome de las instituciones.

En mi opinión, los dos procesos estaban unidos y su acción era recíproca. Además, independientemente de cuáles sean las semejanzas externas, las diferencias internas entre el funcionamiento de

Eros en Roma y en los Estados Unidos son mucho más notables. En los Estados Unidos los puntos de penetración erótica forman parte de movimientos revolucionarios más importantes. El antiguo impulso histórico no ha sido únicamente la búsqueda de nuevas sensaciones, sino también la búsqueda de nuevas libertades. En las décadas de 1840 y 1850, las demandas de una mayor libertad sexual en los Estados Unidos se presentaron junto con la lucha de los derechos de los trabajadores ("libertad de trabajo"), abolicionismo ("tierras gratuitas"), educación pública ("escuelas gratuitas"), igualdad femenina e igualdad humana en relación con los derechos de propiedad (incluyendo los movimientos anarquista y socialista).

Muchos de estos aspectos se presentaron nuevamente en el período comprendido entre las dos guerras, en las décadas de 1920 y 1930, y de manera más notable en las décadas de 1950 y 1960, cuando las revoluciones eróticas formaban parte de aceleraciones mucho más profundas relacionadas con cambios sociales deseados. Las dos grandes facetas de los movimientos de la década de 1960 fueron un activismo político y una revolución cultural erótica ("contracultura") generalizados. De los dos movimientos, el más prolongado fue el cultural. Aunque ha disminuido notablemente el activismo relacionado con los barrios segregados y las universidades, el movimiento del "potencial humano" (o de concientización), el "nuevo naturalismo" entre los jóvenes, y especialmente los movimientos para alcanzar la identidad y la igualdad de la mujer, continúan floreciendo.

En todos estos movimientos hay excesos y charlatanismos y la sexualidad que prevalece actualmente tiene un aspecto que la hace a la vez informal y sumamente centrada en el comercio sexual como meta lo cual, en ambos casos, tiene como resultado una mecanización y una falta de sentimientos. Pero existe otra dirección más sensible y que, al compararla con el caso romano, resulta mucho más poderosa. El impulso más significativo así en la conciencia erótica de los Estados Unidos como en los movimientos históricos, es el que se dirige hacia formas de amor y relación más completas, así como a más acabadas formas de vida. Así como en Roma la sexualidad llegó casi a disociarse del sentimiento y el amor, la búsqueda de Eros en los Estados Unidos ha sido parte de la consecución de la felicidad y del apetito de plenitud y de fe. Esto vincula a Eros con *ethos*, que es precisamente el lugar que le corresponde.

El mayor peligro para el futuro de los Estados Unidos no proviene de la revolución erótica, sino del deterioro de la autoridad, una serie de desarraigos del pasado, una disolución de los lazos de la familia y la nacionalidad, una ruptura de las conexiones. Ultimamente se han advertido signos de un regreso a la familia, a las profesiones, a la religión. Pero el regreso tiene una apariencia cíclica

más que circular, con una fuerte infusión de la simplicidad, derechura y naturalismo que marcaron los cambiantes estilos de vida y valores de los jóvenes.

La Comparación con Roma

Así pues, los paralelos con Roma son superficiales. Roma, al igual que los Estados Unidos, era un gran sistema de energía en el clímax de su vitalidad. Pero si Roma murió a causa del agotamiento de sus energías, es más probable que los Estados Unidos se mueran a causa de la explosividad de sus energías. Los Estados Unidos son el resultado de una serie de revoluciones: las revoluciones constitucionales y sociales de Inglaterra y Francia, lo que no es posible aplicar al caso de Roma. Cuando se fragmentaron la clase romana fundadora y sus tradiciones, Roma casi ya no tenía nada que poner en su lugar, salvo los libertos y los legionarios extranjeros. Desde los inicios, los Estados Unidos fueron una nación colonizada y poblada por todas las razas y culturas de la humanidad, por troncos de migración que formaron una amalgama tolerable y que ahora están reafirmando un sentimiento saludable de identidad étnica. Roma fue amenazada por los bárbaros del exterior y eventualmente sucumbió ante ellos. Los Estados Unidos continuamente han pasado por un proceso de barbarización interna, producida por una movilidad social que ha dado lugar a la circulación de las *élites*.

En Roma había voces ancestrales que profetizaban la fatalidad. En los Estados Unidos, los vaticinadores pertenecen en su mayor parte a las *élites* intelectuales cuya pasión es renovar el sueño estadounidense original mediante transformaciones sociales, y que han formado una Institución propia para rivalizar con la de sus antepasados. La tradición constitucional de Roma se rompió con facilidad, pero el constitucionalismo estadounidense ha permanecido fuerte a pesar de las inevitables concentraciones y corrupciones de poder que contiene el Cesarismo potencial.

Roma conquistó y se anexó vastas regiones del mundo conocido contando con una exigua base de población y de recursos en Italia. Los Estados Unidos comenzaron con una gran base continental potencial, la que se colmó y no requiere de la combinación de ejércitos de ocupación y administración imperial de la que dependía el Imperio Romano. Roma se debilitó porque no tenía rivales imperiales. Los Estados Unidos tienen cuando menos cuatro hasta la fecha, en diversas etapas de expansión de fuerzas, y otros en el lejano horizonte.

Por último, cuando Roma ya no podía creer más en sus dioses, se convirtió a dioses extraños, mutilando sus cultos, en un desvarío masoquista. La búsqueda de Dios en los Estados Unidos se ha fusio-

nado con la búsqueda de valores y ésta a su vez, ha sido infundida con matices religiosos, esforzándose por alcanzar las realidades que están más allá de la apariencia y la experiencia. Cuando se disolvió el sistema de valores original de Roma, no había nada para sustituirlo. Cuando los tradicionales valores de los Estados Unidos empezaron a perder significado, había valores desafiantes que podían demostrar su vigor y posiblemente sustituir una vida que negaba su origen por otra que lo afirmara.

> "La historia es filosofía que enseña con ejemplos."
>
> Dionisio de Halicarnaso

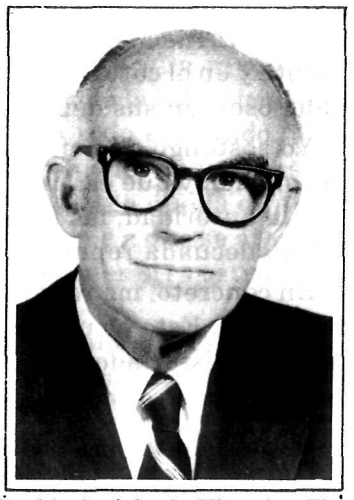
La década de 1960, la más intensa en lo que se refiere a las revoluciones sociales en la historia de los Estados Unidos, trajo consigo fuertes costos sociales. No obstante, lo que ganó la nación fue mayor qué lo que gastó. Le permitió a un mayor número de gente (en especial a los negros) un acceso más amplio a oportunidades iguales para vivir una vida de igualdad. Le dio a la mujer estadounidense un sentido más profundo de identidad y el sentimiento de que la brecha entre la retórica y la realidad podría disminuir para ella del mismo modo que había ocurrido con las minorías étnicas. Demostró que la tecnología podía utilizarse para curar las cicatrices y las contaminaciones que ella misma había causado desde hacía mucho tiempo, y que el ritmo precipitado del crecimiento económico y de la población podía ser nivelado y mantenido dentro de ciertos límites.

Nada es inevitable: la ruina o la renovación. Pero si es la renovación, ésta tendrá que venir del conocimiento, la flexibilidad, la confianza, y la fuerza interior y una fe común en los valores básicos.

Al enfrentarse a desafíos internos, las civilizaciones no sólo deben adoptar lo que sea posible de esos desafíos, sino que también deben marcar límites internos de resistencia a lo que no son capaces de absorber. Esta mezcla de flexibilidad y límites internos, de aquiescencia y resistencia, es una de las fórmulas de vida más difíciles que pueden lograr aplicar los pueblos. Lo más sensato es suponer que el propio pueblo de los Estados Unidos decidirá cuál será el resultado de las grandes revoluciones sociales de la década de 1960.

REPERCUSIONES SOCIALES DE LA REVOLUCION AMERICANA

Por Robert A. Nisbet



Si la Revolución Americana de 1776 fue un profundo cataclismo social (y no únicamente una guerra política de independencia), ¿cómo pueden entonces explicar los historiadores la ausencia de ese tipo de fanatismo y terror que ha sido característico de las grandes revoluciones europeas? En este artículo un erudito historiador y sociólogo arroja nuevas luces sobre el carácter ideológico y social de la Revolución Americana así como las repercusiones que tuvo en el curso ulterior de la historia de los Estados Unidos.

Robert A. Nisbet fue nombrado hace poco para ocupar la prestigiosa Cátedra Albert Schweitzer de Humanidades de la Universidad Columbia, de Nueva York. Previamente había enseñado Historia del Pensamiento Social en las universidades de California y Arizona. Es autor de varios libros entre los que pueden mencionarse *Social Change and History* (El Cambio Social y la Historia), *The Quest for Community* (La Busca de la Comunidad) y *The Sociological Tradition* (La Tradición Sociológica). Su artículo es un resumen de una disertación pronunciada en el Ciclo de Conferencias Prominentes Dictadas en Ocasión del Bicentenario, patrocinado por el *American Enterprise Institute,* anticipándose a la celebración del bicentenario de la Revolución Americana.

¿Hubo en realidad una Revolución Americana a fines del siglo XVIII? ¿Fue una verdadera Revolución en la que se produjeron cambios repentinos, decisivos e irreversibles en las instituciones sociales, los grupos y las tradiciones? ¿O simplemente fue una guerra para independizarse de Inglaterra?

Desde el principio mismo ha habido una marcada división de opiniones entre los participantes, observadores e historiadores. Por una parte, algunos especialistas han estado acordes con el juicio de Edmund Burke en el decenio de 1770 y han llegado a la conclusión de que no fue una revolución en el verdadero sentido de la palabra. La llamada Revolución estuvo formada en realidad por un grupo de ingleses que peleaban en distantes litorales a favor de los tradicionales derechos de los ingleses, en contra del gobierno británico que intentaba explotarlos y tiranizarlos. Fue solamente una guerra de

© 1974 por American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington, D.C., reproducido con autorización.

restitución y liberación. Un grupo de gobernadores políticos reemplazó a otro grupo, pero las instituciones sociales fundamentales no fueron afectadas.

En el otro extremo de este punto de vista se sostiene la teoría, expresada en primer lugar por los propios Padres de la Patria y abrazada en nuestro siglo por buen número de eminentes historiadores, de que sin lugar a dudas se había realizado una revolución social e intelectual. John Adams, caudillo revolucionario, y segundo Presidente de la nación, expresó lo siguiente: "La Revolución estaba en la mente y en el corazón del pueblo, era un cambio en sus sentimientos religiosos, en sus deberes y obligaciones".

Yo sostengo que en los Estados Unidos se realizó una auténtica revolución y que ésta puede encontrarse en ese complejo integrado por la autoridad, las funciones, los vínculos y la lealtad que de manera adecuada reputamos como esfera social.

En concreto, me refiero a la propiedad, el parentesco, la religión y las clases. Esta es una zona que, siguiendo la excelente práctica de muchos historiadores franceses de la época moderna, he llamado "intermedia", es decir que se encuentra situada entre el individuo y el estado.

Todas las revoluciones fundamentales de la época moderna han afectado profundamente esta esfera intermedia. Consideremos por ejemplo la Revolución Francesa. Independientemente de las controversias que pudieran suscitarse en otros aspectos, los historiadores están acordes en que de manera irreversible destruyó la herencia social de la Edad Media. La naturaleza de la familia tradicional fue notablemente alterada por las leyes relativas a la mayoría jurídica, el divorcio y la herencia de las propiedades. También cambiaron profundamente las funciones que desempeñaba la iglesia y la aristocracia desapareció como organismo legal; se abolieron los históricos gremios y se limitaron estrictamente todas las formas de asociación voluntaria. Por último, la posesión de la propiedad se individualizó a un grado que no había tenido precedentes en Francia.

Si no hubieran ocurrido estos cambios sociales, ni el individualismo, ni el nacionalismo derivados de la Revolución Francesa hubieran sido posibles. Los modernos modelos de egoísmo y colectivismo tuvieron su origen en los radicales cambios experimentales en la esfera social intermedia en Francia, entre los años de 1791 y 1793.

Esta esfera tenía naturalmente un origen feudal, ya que sostenía la estructura social básica de Francia cuando estalló la Revolución en 1789. La vida familiar todavía era patriarcal. Persistían las costumbres del mayorazgo y la propiedad sujeta a vínculos de parentesco; la primera garantizaba la herencia de la tierra únicamente a los primogénitos y la segunda hacía imposible la alienación de las

propiedades familiares. Además, la aristocracia era la clase favorecida; los gremios seguían intactos, gran parte de la tierra de Francia era de propiedad corporativa y la iglesia ejercía una enorme influencia política y social.

El Feudalismo como Base de la Revolución

Este es un punto significativo porque las más importantes revoluciones del mundo moderno se han realizado teniendo como base una sociedad feudal o neofeudal. El feudalismo invita a la revolución porque se aproxima bastante a la entronización de la injusticia, que es la causa primordial de las revoluciones en todo el mundo. Y el feudalismo sucumbe a la revolución porque no puede conquistarse la lealtad popular. Pero tal vez lo más importante sea que la difusa y descentralizada estructura del poder feudal da pie a que se ataquen sus instituciones con mayor facilidad que cualquier otra estructura política y social.

El hecho de que las revoluciones puedan en realidad llevarse a cabo con éxito en las sociedades capitalistas democráticas, tal como lo creen muchos marxistas, todavía está por verse. Pero la verdad es que todas las revoluciones de los dos siglos anteriores han acontecido en circunstancias mucho más apegadas a situaciones feudales que a ámbitos capitalistas o democráticos. (Tal vez Tocqueville tenía razón en su conclusión de que el efecto avasallador de la modernidad, de la sociedad de masas en cualquiera de sus formas, democrática o totalitaria, consiste en esterilizar para siempre el impulso revolucionario.)

> **Los historiadores no narran tanto lo que se ha hecho como lo que ellos querrían creer.**
>
> **Benjamin Franklin**

Pero volvamos al problema de la Revolución Americana. ¿Había en las colonias angloamericanas un orden social que podría razonablemente ser considerado como feudal? ¿Los conflictos sociales internos pueden ser comparables a los que produjeron las revoluciones inglesa, francesa y rusa? Y, por último, ¿se efectuaron cambios sociales sustanciales en el campo político en conjunción con la guerra contra Inglaterra?

Mis respuestas a estas preguntas son afirmativas y estoy obligado a disentir de los puntos de vista que respecto a la lucha revolucionaria americana sostienen especialistas como Hannah Arendt, Clinton

Rossiter, Daniel J. Boorstin, J. L. Talmon y Louis Hartz. Ellos han advertido, justamente, que la pasión, el celo y el entusiasmo doctrinal, elementos que en gran abundancia estuvieron presentes en la Inglaterra del puritanismo, la Francia de los jacobinos y la Rusia de los bolcheviques, fueron bastante escasos en el marco de la Revolución Americana. Estos eruditos han considerado la experiencia americana como un cierto tipo de adaptación política bastante sobria y pragmática y no como una revolución en el sentido común de la palabra. Hasta hace poco tiempo, yo compartía este punto de vista, pero los resultados de una reciente investigación me obligaron a discernir los elementos fundamentales de una revolución social que en América, como en Europa, fue dirigida contra una base feudal.

El Feudalismo en América

Naturalmente, al referirnos al feudalismo en las colonias americanas no podríamos hacer una analogía con la nobleza, los feudos y los sistemas de vasallaje que florecieron durante varios siglos en Europa Occidental. No obstante, desde el punto de vista de la sociología y la historia comparada, la esencia del feudalismo no reside en esas relaciones de poder. Por el contrario, se asocia con otros aspectos de la vida política, económica y social, a saber:

- ausencia de centralización en el gobierno
- profusión de asociaciones intermedias de todo tipo
- un alto grado de localismo
- una marcada estratificación de rango y poder
- una marcada fusión de poder político y económico
- una iglesia establecida
- parentescos vinculados con la propiedad de la tierra mediante preceptos de mayorazgo y sucesión.

Ciertamente, las colonias americanas llenan todos estos requisitos, aunque el feudalismo en las colonias no fue tan intenso como en el continente europeo. Las relaciones con la tierra fueron de gran importancia. Desde Maine, en el norte hasta Georgia, en el sur, la vida americana colonial estaba enraizada en la tierra, había muchos latifundios de grandes dimensiones, algunos de los cuales podían considerarse como muy extensos según las normas europeas; especialmente los situados en Nueva York, en la zona intermedia del Atlántico y en la zona costera del sur. Las fincas señoriales de Nueva York comprendían más de un millón de hectáreas otorgadas por real cédula. El latifundio Fairfax, situado en Virginia, en la cúspide de su prosperidad, tenía casi dos millones y medio de hectáreas.

¿Cómo suponer que en las colonias *no* figuraba el feudalismo como poderoso ingrediente, teniendo en cuenta la existencia de la-

tifundios de estas dimensiones? El gobierno central era débil, el vínculo político entre los individuos todavía estaba fusionado con nexos económicos y sociales, y era muy exigua la distinción entre la propiedad y la dominación legal en las colonias americanas en comparación con Europa. Indudablemente había granjas pequeñas e independientes en América, especialmente en Nueva Inglaterra y en las áreas más remotas del sur. Pero el centro del poder residía en los grandes latifundistas de Nueva York y Virginia, que encabezaron la oposición en contra de Inglaterra.

De estos grandes latifundios señoriales arrancó el sistema de clases que fue la característica primordial de la América colonial. Debido a su esencia claramente feudal, los latifundistas quedaron colocados en el pináculo. Había muy poca retórica en lo que se refiere a su igualdad con el resto de los habitantes de las colonias americanas; en realidad hubo siempre un significativo elemento de igualdad en Nueva Inglaterra y es precisamente esta región la que tenemos presente cuando hablamos de la ausencia de un carácter feudal en la América prerrevolucionaria. Pero dicha igualdad era excepcional en el resto de las colonias. Por debajo de las familias de terratenientes estaban los agricultores arrendatarios, los sirvientes contratados y los esclavos negros del sur.

Las diferencias entre las clases eran evidentes en las ciudades prerrevolucionarias, así como en los distritos rurales. Algunos historiadores han encontrado un mayor grado de distinción clasista en las áreas urbanas como Newport, Charles Town y Boston, que en las zonas rurales. Y las aristocracias de las ciudades de todas las colonias se conocían entre sí, al igual que las aristocracias rurales; se desarrollaba un fuerte sentido de solidaridad y, en algunos casos, mediante vínculos matrimoniales, se lograba verdadera influencia interterritorial.

Instituciones Religiosas

La presencia de una religión establecida en algunas colonias americanas es también otro aspecto feudal de la vida prerrevolucionaria americana. Nueve de las 13 colonias tenían una religión establecida, o algo muy semejante, con diferencias marcadas de colonia a colonia. El congregacionismo imperaba en Massachusetts, New Hampshire y Connecticut. En las otras seis colonias la Iglesia de Inglaterra era la religión establecida, aun cuando la mayoría de estas colonias no eran anglicanas. En Virginia, donde los anglicanos formaban menos de la mitad de la población, la otra mitad, incluyendo a los presbiterianos, bautistas, metodistas y luteranos, tenían que pagar impuestos a la Iglesia Anglicana. En Maryland había más disidentes que miembros de la iglesia establecida.

Por último examinaremos el mayorazgo y la vinculación, quintaesencia de las costumbres feudales del medievo. El mayorazgo y la vinculación eran poderosos en Europa y desde el punto de vista sociológico, era inevitable que los europeos que habían venido al Nuevo Mundo trajeran consigo estas costumbres relativas a la propiedad familiar. Desde el principio se arraigaron en el nuevo suelo. En Pennsylvania, Maryland, Nueva York, New Jersey, Virginia, las Carolinas y Georgia, el mayorazgo y la vinculación formaban parte de los códigos legales. Cuando estalló la Revolución, sólo Pennsylvania y Maryland habían abolido el mayorazgo, y Carolina del Sur, únicamente la vinculación. Hasta en Nueva Inglaterra, donde tenían muy poco efecto directo o ninguno, había una costumbre que especificaba que cuando no existiera testamento, el hijo mayor recibiría como herencia el doble de las propiedades que recibiría cualquier otro heredero.

El Movimiento hacia la Igualdad

En resumen, la unión feudal del parentesco, la solidaridad y la tierra eran aspectos significativos de la vida colonial. Pero también era una fuente de conflictos porque los grandes latifundios seguían sobreviviendo generación tras generación, y en igual medida, la posibilidad de adquirir tierras—buenas tierras—era bastante limitada para las clases inferiores. La aversión popular hacia la aristocracia terrateniente y sus propiedades se había manifestado abiertamente antes de la Revolución, en la asonada de los arrendatarios, ocurrida en Nueva York en 1776, y en el Movimiento Regulador acaecido ocho años antes, en el que se atacaba la recaudación de impuestos arbitrarios entre los pequeños agricultores de Carolina del Norte. El mayorazgo y la vinculación de los bienes no habrían podido abolirse tan rápidamente durante la guerra revolucionaria o inmediatamente después, de no haber sido tan impopular la desproporción en la posesión de la tierra, ya que la igualdad es la fuerza creadora de todas las revoluciones que hemos conocido. Todas las revoluciones modernas se han generado mediante la percepción de la desigualdad y la incubación de ideas alrededor de este tema. Aunque carecían del tipo de intensidad que les confirieron los filósofos y otros pensadores en Francia, las cuestiones derivadas de los conceptos acerca de la desigualdad se desarrollaron firmemente en el pensamiento ideológico de los americanos. No puede existir duda alguna de que en la época prerrevolucionaria existía un interés popular en relación con las instituciones medievales mencionadas anteriormente: la transmisión de la propiedad de generación en generación; la influencia de la propiedad y de las clases sociales en el gobierno colonial; y los derechos religiosos

con respecto al sistema religioso establecido. Lo que hizo la guerra de Independencia—que es lo que comúnmente hacen las guerras—fue romper la cadena de las costumbres. Y precisamente este rompimiento es el que une a la guerra con la revolución. Así pues, la confiscación de los latifundios de los realistas, que fue una medida bélica, hizo posible que grandes extensiones de tierra quedaran a disposición de los pequeños agricultores.

> **El primer deber de los historiadores es ser sacrílegos y reírse de los falsos dioses.**
>
> **Jules Michelet**

Pero lo más importante es que las medidas que se tomaron a favor de la guerra afectaron a las instituciones sociales injustas y a las costumbres heredadas de la sociedad feudal europea. Así pues, un decenio después de haberse firmado la Declaración de Independencia, todos los estados, menos dos, habían abolido la vinculación y, por otra parte, en esos dos estados los casos de vinculación eran bastante excepcionales. Quince años después, todos los estados, sin excepción, habían abolido el mayorazgo e instituido, en alguna forma, la igualdad en la sucesión.

Quizá hoy no consideremos la abolición de los mayorazgos y la vinculación de los bienes como un cambio revolucionario en la estructura social, pero, en aquel entonces, para un número creciente de estadounidenses, la abolición de estas costumbres se tradujo en un mayor número de oportunidades para salir avante en el mundo. La propiedad familiar ya no iba a parar a manos del hijo mayor únicamente, sino que ahora se repartía entre todos los hijos, incluyendo a las mujeres. Sólo en dos estados, Carolina del Norte y New Jersey, no se incluía a las hijas en el mismo nivel que los hijos varones. En otros lugares, la igualdad plena era una regla. Si esto no resulta asombroso, bastará examinar el número de desigualdades entre los sexos, en lo que se refiere a las leyes y a las costumbres, que persisten 200 años después en nuestra propia sociedad regida por normas de igualdad.

Supresión del Apoyo Oficial a la Religión

Nuevamente contamos con amplias pruebas de que las leyes que establecían diferentes religiones eran sumamente impopulares entre los grupos religiosos minoritarios, que las combatían vigorosamente. Luteranos, presbiterianos episcopales, bautistas y católicos, por ejemplo, estaban resentidos porque tenían que contribuir a sos-

tener la religión que estuviera legalmente establecida en la colonia en la que habitaban. El estallido de la guerra y las declaraciones revolucionarias de principio en cuánto a asuntos civiles generaron un enorme fervor. Ciertamente, las leyes que establecían las religiones no fueron abolidas en todas partes en un espasmo repentino. En New Hampshire, Connecticut y Massachusetts, no fue sino hasta bien entrado el siglo XIX que la iglesia congregacional dejó de contar con el apoyo oficial. (En los casos de establecimiento legal de la iglesia episcopal, en términos generales, la suspensión del apoyo oficial parece haber sido bastante sencillo.) No obstante, tal como Bernard Bailyn nos recuerda, "la suspensión del apoyo oficial a la religión no fue ni un objetivo original de la revolución ni de manera íntegra un producto de la misma"; las luchas anteriores, carentes de planeación y organización, a favor de la libertad religiosa, recibieron el "toque mágico del pensamiento revolucionario y por esta razón se transformaron".

La importancia que adquirió la libertad religiosa durante la guerra revolucionaria e inmediatamente después, se hizo patente en la respuesta que los 13 nuevos estados independientes dieron cuando se les presentó la Constitución para su ratificación. La carencia de garantías para la libertad religiosa simultáneamente fue el blanco de la atención de los críticos de todos los sectores del país. La Convención Constitucional de Virginia propuso una enmienda para garantizar la libertad de conciencia. La Convención de Carolina del Norte secundó la proposición. James Madison hizo notar la omisión en el primer Congreso, y la necesaria garantía se convirtió en la primera enmienda constitucional.

Los Pilares de la Revolución

Sabemos que la Revolución fue realizada en un grado considerable por los jóvenes. Como sucede con tanta frecuencia en la historia, los jóvenes se mostraron más apegados a las causas revolucionarias que los viejos. Con no poca frecuencia, las familias se dividieron por esta razón. Muy pocos líderes revolucionarios rebasaban los 40 años de edad. A este respecto, las revoluciones francesa y americana tienen mucho en común. Tal vez hasta cierto punto, la relativa moderación de la Revolución Americana residía en el hecho de que *sus* líderes no fueron tan jóvenes.

Había un cierto grado de división, aun cuando no estuviera perfectamente delimitada, tomando como base la propiedad. En su mayor parte, la causa de la Revolución fue abrazada por la gente común, en mayor medida que por la aristocracia y los grandes terratenientes. Pero sería un error buscar una división en términos de clases sociales en las colonias tan completa como la que Georges

> **Las cosas importantes del mundo no se producen a voluntad; simplemente, ocurren.**
>
> **G. C. Lichtenberg**

Lefebvre supo encontrar en la Revolución Francesa. Así pues, había una gran cantidad de agricultores arrendatarios que pensaban (con cierta razón) que había mayores probabilidades de que la distribución de la tierra los favoreciera en mayor medida mediante la victoria de la Corona que mediante la de los revolucionarios progresistas.

Por otra parte, la diversidad regional del conflicto de clases resulta fascinante para los que utilizan el método comparativo para el estudio de la Revolución Americana. En Nueva Inglaterra, probablemente más de la mitad de los elementos más cultivados, acaudalados y respetados apoyaron la causa realista en contra de la Revolución. Por el contrario, en la mayor parte de la región sur, muy especialmente en Virginia, el mismo sector, de manera casi uniforme, se decidió por el ala progresista. Entre ellos se encontraban los caballeros virginianos, dueños de grandes plantaciones, que formaron comités locales para el establecimiento de frentes de opinión pública en contra de los británicos, haciendo casi imposible que la lealtad realista se manifestara plenamente.

Los Esclavos y el Abolicionismo

Por otra parte estaba la gigantesca clase formada por los esclavos negros. La Revolución le dio un nuevo ímpetu al movimiento abolicionista. Mucho antes de que se iniciara la guerra en contra de Inglaterra, había intelectuales en todas partes de las colonias, hombres de elevada posición social, que habían llegado a odiar el sistema esclavista y sobre todo el horrible comercio de esclavos a través del Atlántico.

Para cuando estalló la Revolución, había más o menos medio millón de esclavos en las 13 colonias, en su mayoría en el sur, pero también había buen número en otros lugares: unos 25.000 en Nueva York y tal vez 55.000 en todo el norte. La primera sociedad antiesclavista de los Estados Unidos (y de cualquier otra parte del mundo) se fundó en Filadelfia en 1775, y estaba integrada por cuáqueros casi en su totalidad. Pronto se sucedieron otras sociedades de esa naturaleza. El Congreso Continental decretó en 1774 un acuerdo para evitar la importación de esclavos y la prohibición del comercio esclavista aparentemente se sostuvo durante todo el período de la guerra.

Las legislaturas empezaron a actuar. En julio de 1774, en Rhode Island se aprobó una ley en la que se declaraba que debían ponerse en libertad a todos los esclavos que hubieran llegado a América a partir de entonces.

Las mentes que dirigían la Revolución eran sensitivas así como profundamente reflexivas. El contraste entre la presencia de casi 500.000 personas cautivas de piel negra y los elevados principios de la Revolución que apelaban a la ley y a los derechos naturales no escaparon a los Jefferson de América del mismo modo que no escaparon a los Burkes de Inglaterra. Bien es cierto que la Revolución fracasó en sus efectos inmediatos en relación con la liberación de la mayoría de los esclavos—en los estados del norte fueron liberados rápidamente—, sus ideas de libertad e igualdad lograron, a la larga, demostrar su fuerza y alentaron de manera significativa la revolución de los derechos civiles de nuestros días.

La Moderación de la Revolución Americana

Si efectivamente se realizó una revolución social junto con la guerra americana de liberación, por qué entonces, debemos preguntarnos, no alcanzó nunca los niveles de ferocidad interna, la casi ilimitada aversión entre los partidos antagónicos, el fanatismo ni, desde luego, esa atmósfera de terror que tan comúnmente ha acompañado a otras revoluciones de la historia moderna que han afectado la tierra, la propiedad, las clases sociales y la iglesia. A continuación expongo las razones que en mi opinión influyeron para que el espíritu de la Revolución Americana fuera relativamente moderado.

En primer lugar, la Revolución Americana fue necesariamente una revolución dispersa. En América no había ni un Londres ni un París ni un Moscú: es decir, no existía una ciudad grande y poderosa empapada en las tradiciones históricas de la revolución y la turbulencia. Tampoco había en América nada que se asemejara a la centralización del gobierno que existía en el siglo XVII, en Inglaterra, en el siglo XVIII en Francia y en el siglo XIX en Rusia. Además, teniendo en cuenta los antecedentes de las 13 colonias, muy diferentes y orgullosamente distintas, ninguna capital americana hubiera podido intimidar a los estados y a sus gobiernos. En resumen, el espíritu de moderación estaba fincado, en grado considerable, en las realidades prácticas del localismo y el regionalismo.

En segundo lugar, el espíritu y la estructura de la asociación voluntaria continuó vigente durante la Revolución. Tal como los primeros visitantes europeos pronto pudieron percatarse, las colonias americanas poseían un vigor inherente derivado de la práctica de la ayuda mutua, es decir, de la ayuda propia, del deseo de fundar

una asociación funcional, en marcado contraste con las experiencias europeas, en las que la centralización política había dado lugar a que dichas asociaciones voluntarias se debilitaran y a que se volvieran precario su contexto legal. En aquellos lugares donde florecieron las asociaciones conciliadoras voluntarias, el interés social no podía traducirse fácilmente en cruzadas y en movimientos políticos.

> **La historia del mundo no es más que la biografía de los grandes hombres.**
>
> **Thomas Carlyle**

En tercer lugar, en mi opinión, el constante espíritu religioso de la cultura norteamericana fue un factor de importancia. Las raíces de la religión en la América inglesa eran muy vigorosas y siguen siéndolo. Aunque había demostraciones de desagrado en relación con el sistema religioso establecido, no hubo nunca nada parecido al odio ciego, al anticlericalismo inherente en el que incurrió la iglesia Católica Romana en Francia, la Iglesia Anglicana en Inglaterra y la Iglesia Ortodoxa en Rusia. En realidad, la propia continuación del espíritu religioso entre grandes núcleos de estadounidenses proporcionó desde el principio un importante contrapeso para el Estado. Sabemos que en otros países del mundo moderno, la revolución sociopolítica se apropió de una cantidad de energía religiosa. De Tocqueville tenía razón al señalar que en la Revolución Francesa existió un vigoroso elemento de celo y pasión muy parecido al fervor religioso. En América, la Revolución nunca llegó a convertirse en un dios.

En cuarto lugar, la falta de militancia ideológica en la Revolución Americana puede localizarse en la ausencia de una clase intelectual en las colonias americanas que en alguna forma pudiera compararse con los *filósofos* de Francia, los bolcheviques de Rusia o con cualquier otro de los grupos ideológicos que llegaron a ser tan conocidos en Europa, comenzando por los humanistas italianos del siglo XV. Los líderes revolucionarios como Thomas Jefferson, John Dickinson y Edmund Randolph, que de manera tan prominente figuraron en las colonias durante las décadas de 1770 y 1780, tenían un intelecto sumamente cultivado, intelecto que además actuaba a favor de los ideales de los derechos naturales incluyendo el derecho a la igualdad. Pero en esencia eran líderes cuyas vidas estaban enraizadas en la propiedad, en la tierra, y cuyas características habían sido conformadas por una relación relativamente aristocrática con la sociedad más elevada. Estos líderes eran muy distintos de los revolucio-

narios intelectuales de Europa, individuos caracterizados por un marcado desapego, una enajenación de la sociedad y una avasalladora hostilidad hacia las estructuras tradicionales de autoridad y, en grado no menor, por una obsesión de adquirir el poder para su propio beneficio. Una filosofía pragmática se asentó en la Norteamérica inglesa y evitó que se diera el tipo de idealismo doctrinario abstracto que Burke, de manera tan mordaz, examina en su obra *Reflections on the Revolution in France* (Reflexiones sobre la Revolución Francesa).

En quinto lugar, en las colonias inglesas de América del Norte casi no existían las divisiones de clase de importancia política que se observan en Europa. Aunque es verdad que los americanos más acaudalados se alinearon con la Gran Bretaña en una forma o en otra, y que la mayor parte de los miembros de las clases bajas estaban a favor de la independencia, hubo demasiadas excepciones en cada uno de los casos como para que la guerra tuviera un marcado carácter de conflicto de clases. En realidad, el relajamiento de la estructura de los Estados Unidos pudo haber sido fomentado de manera significativa por la ausencia de una franca alianza de clases durante la Revolución, ya que, debido a que los agricultores arrendatarios, los sirvientes contratados y hasta los negros, con frecuencia se encontraban alineados en el lado realista, junto con los miembros de las clases elevadas, y a que este mismo tipo de individuos se encontraban también en el lado de los insurgentes, junto con los líderes aristócratas de Nueva Inglaterra y del Sur, la guerra revolucionaria tuvo apenas un matiz ligeramente "clasista".

Una Verdadera Revolución

Si la Revolución Americana fue sólo un asunto "político local", difícilmente podemos deducir el grado de conmoción que causó en otras partes del mundo. Las palabras de Thomas Jefferson a John Adams reflejan el universalismo que muchos de los líderes revolucionarios le confirieron al acontecimiento: "Las llamas que inflamaron el 4 de julio de 1776 se han esparcido en una porción demasiado grande del globo, para ser extinguidas por las impotentes máquinas del despotismo". No hace mucho, casi dos siglos después, el historiador Richard B. Morris hizo una relación documental de "las corrientes liberadoras que este acontecimiento puso de relieve en todo el mundo". La constante reverberación de las ideas e ideales de la Guerra Americana de Independencia confirma, en mi opinión, su linaje de revolución verdadera, de importancia histórica.

EL HISTORIADOR COMO PARTICIPE

Por Arthur M. Schlesinger, hijo

El siglo XX ha sido testigo del renacimiento de una vieja tradición: la historiografía compuesta por quienes tomaron parte en la historia misma. El profesor Schlesinger habla aquí con la autoridad de la experiencia personal. Sirvió como ayudante especial del Presidente John F. Kennedy, y en su galardonada obra *A Thousand Days* (Los Mil Días) hace la crónica de aquella administración desde el ventajoso punto de vista del hombre que participó íntimamente en muchos de sus debates y decisiones. En el artículo siguiente, resumido de *Daedalus*, analiza, con erudición e ingenio, las virtudes y los peligros de la historia escrita por los que han tomado parte en ella y la han visto como testigos presenciales.

Arthur M. Schlesinger, hijo, antes profesor de Historia en la Universidad Harvard, lo es ahora de Humanidades en la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Entre los títulos de sus libros están *The Age of Jackson* (La Era de Jackson), que le valió el premio Pulitzer, *The Age of Roosevelt* (La Era de Roosevelt), en tres volúmenes, y, más recientemente, *The Imperial Presidency* (La Presidencia Imperial).

Después de haber sufrido una declinación visible en el siglo XIX, la "historia presencial" ha vuelto a revivir en la segunda parte del XX. Esta resurrección fue recibida con cierto escepticismo y resistencia por los historiadores profesionales. Ahora bien, podemos relacionarla con tendencias más hondas de la sociedad moderna; y como esas tendencias se intensificarán en el futuro previsible, cabe esperar que la historia presencial siga extendiéndose entre nosotros durante algún tiempo venidero. De ahí que el fenómeno merezca un examen.

Por historia presencial entendemos la narración de acontecimientos escrita por personas que los observaron directamente, por lo menos algunos de ellos. Tal observación puede verificarse en nivel alto o bajo. Evidentemente el historiador que participa en las decisiones tomadas en los niveles más elevados tendrá cierta clase de conocimiento; pero es un error, creo, suponer que, si un historiador sirvió, por ejemplo, como infante de marina en la Segunda Guerra

© 1971 por la Academia Norteamericana de Artes y Ciencias.

Mundial, no haya quedado afectado por aquella experiencia y no narre, como historiador, la guerra desde un punto de vista que de otro modo no habría ganado. La historia presencial es, sin duda, una rama de otro campo más grande, el de la historia contemporánea, esto es, la crónica de los acontecimientos históricos escrita por personas vivas cuando ocurrieron.

La historia presencial ha de distinguirse de las memorias, que son narraciones escritas por testigos de los hechos, pero sin enfoque histórico. Bernal Díaz, Saint-Simon, Boswell, Caulaincourt, Ulysses S. Grant, por ejemplo, fueron formidables observadores-partícipes o autores de memorias, y sin embargo no se puede decir que hayan percibido los acontecimientos como lo habrían hecho los historiadores. Las memorias son materia prima de la historia, pero están escritas para consignar la experiencia del autor o acontecimientos notables, para dar rienda suelta a vanidades o rencores; no para discernir las causas de los acontecimientos que se suceden en el tiempo.

Desde luego, no hay nada nuevo en la idea de que los historiadores deben basarse en su experiencia personal y directa. Tucídides nos dice que empezó a trabajar en su historia de la guerra del Peloponeso cuando los atenienses y los peloponenses tomaron por primera vez las armas unos contra otros, en el siglo V antes de J. C. Como ateniense, se vio pronto arrastrado al conflicto; y parece improbable que hubiera llevado la historia tan lejos como la llevó de no haber sido por su fracaso como caudillo en la guerra. Los 20 años de destierro que le impuso su ciudad natal después del desastre de Amfípolis lo dejaron libre para visitar los campos de batalla, hablar con los combatientes, verificar o descartar historias de segunda mano y reconciliar los testimonios contradictorios.

> **Historia es hojarasca.**
>
> **Henry Ford**
>
> **Los que no son capaces de recordar el pasado, están condenados a repetirlo.**
>
> **Jorge Santayana**
>
> **Que el muerto Pasado entierre a sus muertos.**
>
> **Henry Wadsworth Longfellow**

Cuando el Renacimiento revivió las tradiciones de la historia secular, los historiadores se consideraron libres para escribir del presente igual que del pasado. No existía tampoco prejuicio contra

los historiógrafos que habían participado en los acontecimientos. Guiccardini y Maquiavelo fueron historiadores y testigos de los sucesos ocurridos en Florencia durante el siglo XVI, lo mismo que Clarendon lo fue en la Inglaterra del XVII. Cuando los historiadores no podían tomar parte en los hechos que describían, la tomaban muchas veces en los que estaban a su alcance, y creían que esa participación los favorecía como tales. Hasta fines del siglo XIX la mayoría de los grandes historiadores—desde Bacon y Raleigh a Gibbon, Macaulay, Tocqueville, Guizot, Carlyle, Bagehot, Bancroft, Parkman y Henry Adams—intervinieron en los quehaceres públicos; no fueron solamente eruditos encerrados en sus estudios.

La Cuestión de la Objetividad

En la última parte del siglo XIX, sin embargo, surgió una nueva cuestión: si acaso la participación en los sucesos públicos no descalificaría al partícipe para escribir como historiador acerca de esos sucesos, y aún más, si no sería la experiencia de los quehaceres públicos incompatible con el ideal de la objetividad histórica.

Tales preguntas eran consecuencia directa de la conversión de la historia en asunto profesional. Esa conversión hacía concebir la investigación histórica y la historiografía como vocación autosuficiente, absorbente y duradera para toda la vida. Como dijo en aquel tiempo el historiador alemán Friedrich Meinecke:

> Debemos ser concientes de las dificultades internas a que ha de enfrentarse el que hoy quiera ser historiador. Al principio tendrá que concentrarse en estudiar una época muy circunscrita y aislada. Encuentra ante sí tareas y problemas de carácter profesional, y debe atacarlos en la forma que se le haya prescrito. En el primer decenio de su vida de estudios estará absorto regularmente consultando ediciones y documentos especializados que, en general, no habrá escogido él mismo, sino que se los habrán señalado o recomendado. La erudición de nuestro tiempo, convertida en una empresa organizada en gran escala, pesa en el estudioso, sobre todo durante los años más suspicaces de su desarrollo.

La profesionalización significa, pues, instrucción rigurosa en las técnicas del arte; significa especialización, burocratización y seria insistencia en los métodos críticos como garantía de objetividad. Significa también un arraigado orgullo por la independencia y la autonomía de la profesión histórica.

Tan severas normas crearon la imagen del historiador como sabio monástico y austero, situado por encima de las emociones y de los conflictos pasajeros de su propio tiempo. En cambio, para este punto de vista, la participación en la cosa pública lleva aparejada la posibilidad de otras adhesiones: partidismos, apego a instituciones e ideologías. Así surgió la opinión de que no sólo los historiadores partíci-

pes, sino incluso los que describían sucesos contemporáneos estaban demasiado comprometidos en ellos para que quedara incólume la pura vocación histórica.

Todavía en los días anteriores a la Segunda Guerra Mundial se consideraba precipitado y antihistórico al historiador profesional que llegaba en sus conferencias hasta su propia época; el que describía los sucesos contemporáneos merecía el calificativo de periodista; era muy raro el que tomaba parte en los sucesos y escribía después acerca de ellos. La mayoría de los profesionales seguían creyendo que se necesitaba una generación antes de que los hechos sufrieran la transformación necesaria para ingresar en la historia. Hoy, sin embargo, pocas universidades norteamericanas dudarían de enseñar cursos que empiecen con la Segunda Guerra Mundial y terminen con el diario de ayer. Sólo los más ascéticos eruditos se opondrían ahora al intento de escribir una crónica seria del pasado más reciente. Y la historia contemporánea ha traído inevitablemente consigo, como componente vital, a la historia presencial.

Aceptación de la Historia Contemporánea

¿Cómo explicar este inesperado ingreso de la historia contemporánea en el rango del saber académicamente respetable? La explicación fundamental está, en mi opinión, en que el ritmo del cambio social se ha acelerado por el ímpetu acumulado de la ciencia y la tecnología. Cada decenio genera más innovaciones y más eficaces formas de introducir esas innovaciones en el proceso social. Esta aceleración significó, entre otras cosas, que el "presente" se convierte en "pasado" con más rapidez que nunca hasta ahora en los anales del hombre. Lo que perciben los historiadores como "pasado" está hoy, cronológicamente, mucho más cerca de lo que estaba cuando el cambio histórico no era función de días, sino de decenios. En el siglo XII, el "pasado" del historiador era de siglos; en el XIX, de una generación o dos antes. Ahora el pasado es ayer.

Al mismo tiempo, el surgimiento de un público mucho más educado que nunca ha venido a incrementar la demanda popular de conocimientos relativos a los problemas que atormentan al hombre moderno. La historia se convierte en medio indispensable para organizar las experiencias públicas en categorías que conduzcan a su comprensión. Y el apetito popular de saber está acicateado más todavía por el desarrollo de la televisión, que trajo con ella experiencias y estímulos nuevos, a la vez que produjo, por primera ocasión en el mundo, el fenómeno de que pueda hacerse o al menos observarse desde casa el proceso de la historia que va cuajando.

Además, es tan general el temor a la deshumanización en una sociedad a tal punto invadida por la tecnología, que sin lugar a dudas

ese miedo invita al esfuerzo de volver a humanizar el proceso histórico a través de la historia presencial.

Junto con estos fenómenos ha habido otros dentro del campo mismo de la historia. En los Estados Unidos por lo menos, hay ahora la tendencia a poner las grandes colecciones de manuscritos al alcance de los estudiosos más pronto que antes. El Presidente Franklin D. Roosevelt, al legar sus documentos a los Archivos Nacionales de los Estados Unidos y disponer que quedaran más pronto a disposición de los investigadores, dio un saludable ejemplo que siguieron después otros Presidentes.

El Teléfono Contra la Carta

Sin embargo, la misma asequibilidad de las colecciones contemporáneas de documentos ha tenido otro efecto en cierto modo paradójico: demostró a los estudiosos que esas fuentes no bastan por sí solas para escribir la historia del siglo XX. En los primeros años del XIX, si una figura pública tenía que enviar un mensaje, el único medio de comunicación de que disponía era el papel escrito, si exceptuamos la conversación cara a cara. Además, con la pluma de ave sólo podía escribir un número limitado de cartas. Los historiadores que estudian aquellos tiempos felices pueden confiar bastante en los archivos, con la garantía de que los documentos no son solamente una fuente competente, sino también de que el estudioso que trabaje solo no se verá obligado a leer demasiados papeles.

Pero esos días se fueron para siempre. La revolución en la tecnología de las comunicaciones—sobre todo los inventos de la máquina de escribir y el teléfono—ha depreciado el valor del documento escrito. Aunque la máquina de escribir aumentó el volumen de papeles, el teléfono redujo su importancia. Si un estadista de nuestros días tiene algo grave que comunicar, y si la velocidad y el secreto son lo que más cuenta, no confiará su mensaje a una carta, sino al teléfono.

> **La única historia digna de leerse es... la historia de lo que se ha hecho y se ha visto, oída de boca de los hombres que lo hicieron y lo vieron.**
>
> **John Ruskin**

Es irónico que el auge de la historia contemporánea haya contribuido indudablemente a esta condición de empobrecimiento documental. La insistencia cada vez mayor en que los documentos, por derecho, queden inmediatamente a disposición del público, puede conducir a la dilución y a la distorsión de los testimonios escritos. Los

funcionarios públicos, temerosos de los historiadores titulados del decenio siguiente, no quieren asentar por escrito las verdaderas razones de algunos de sus actos. Theodore Roosevelt no fue el último político que tuvo la precaución de escribir memorandos para los archivos o cartas a sus amigos con la intención de presentar su propia versión de los acontecimientos o de las decisiones públicas.

Esta variedad de factores ayuda a explicar el retorno en nuestro siglo a la historiografía basada en la propia experiencia directa. Winston Churchill, con *The World Crisis* (La Crisis Mundial), publicado entre 1923 y 1929, fue un ejemplo temprano y de mucho efecto, seguido, desde luego, por *The Second World War* (La Segunda Guerra Mundial), que vio la luz entre 1948 y 1954. Las dos guerras mundiales llevaron a los historiadores profesionales al terreno de los hechos, bien como soldados, diplomáticos, analistas del servicio secreto, consejeros políticos o cronistas oficiales, y muchos se sintieron tentados de aplicar su técnica a los dramáticos acontecimientos que se desplegaban ante sus ojos.

¿Necesita Distancia el Historiador?

Pero siguió la pugna del historiador profesional contra la historia contemporánea. En la verdad se veía una hija del tiempo: cuanto más lejos estuviera el historiador de los hechos que narraba, mejor sería la historia que escribía. Según esta concepción, la historia pasaba normalmente de su etapa "heroica" (cuando los cronistas de la época retrataban la bondad o la maldad de las personas como motivo principal, y el melodrama era el tono dominante) a su etapa "técnica", cuando los historiadores posteriores podían discernir al fin que los hombres estaban atrapados en una situación estructural, que en los dos bandos había bien y había mal; entonces el tono dominante era el de la tragedia.

Se suponía que el historiador técnico, por recopilar sus datos con tranquilidad, tenía un conocimiento más sólido, perspectiva más clara y mayor libertad frente a emociones y prejuicios. Cuando estudiaban los conflictos del pasado, debían fiarse poco "del modo en que presentaron ese conflicto sus contemporáneos", como decía Sir Herbert Butterfield. Y entre todas las formas de la historia contemporánea, la escrita por testigos presenciales era, lógicamente, la que más trampas encerraba y más vulnerable resultaba a las deformaciones del interés, la inclinación, la ilusión y el pensamiento adulterado por el deseo.

Su tradicional argumentación de la inferioridad de la historia contemporánea, y especialmente de la presencial, descansaba, pues, en las pretendidas deficiencias de recopilación e interpretación de los hechos históricos.

Podríamos empezar el examen de esta argumentación preguntándonos si es tan evidente la supuesta superioridad del historiador técnico en la recopilación de hechos históricos. La advertencia de Guiccardini ("Rara vez se falsifican los documentos en un principio. En general, eso se hace después, cuando la ocasión o la necesidad lo imponen") sugiere que el testigo presencial tiene una ventaja como historiador: la ocasión de ver la prueba antes de que alguien la amañe.

El Arte de Valorar las Pruebas

Además, la participación personal en un episodio histórico bien puede hacer que el historiador adopte una actitud más crítica ante sus materiales. Al escribir acerca del pasado, el historiador técnico está a menudo tentado de recurrir a cartas, diarios, memorandos y periódicos como si fueran dignos de fe. Pero cuando esos testimonios se hicieron bajo la presión de la experiencia directa, puede resultar que las cartas de A son la versión de unos hechos presentada para que favorezca al autor de la carta; que el diario de B se hizo, conciente o inconcientemente, para dignificar a quien lo escribió y desacreditar a sus rivales; que los memorandos de C están redactados para mejorar el propio historial; y que los periodistas narradores de las transacciones tenían una idea por demás vaga de los hechos reales.

El historiador técnico es, inevitablemente, prisionero del testimonio que haya sobrevivido. No puede, como Tucídides, examinar de cabo a rabo a los testigos; tamnoco se expone a un público que conoce los hechos. Tocqueville, en las notas para el segundo volumen que pensaba escribir sobre la Revolución Francesa, distingue entre los hechos asequibles a los historiadores técnicos y los que se conocen por testimonio de los historiadores presenciales.

> Los escritores (coetáneos) conocen mejor que la posteridad los cambios de opinión, las inclinaciones populares de su época, las vibraciones de lo que aún pueden sentir en su mente y en su corazón... Los que están cerca (de los sucesos) se encuentran mejor colocados para investigar la historia general, las causas generales, los grandes movimientos de los acontecimientos, las corrientes espirituales que ya no podrán descubrir otros hombres más alejados.

El sentir de Tocqueville acerca de los grandes movimientos se aplicaba también a las personas. "No es verdad", dijo Santayana, "que los contemporáneos yerren al juzgar a un hombre. Si son competentes, lo juzgarán... mucho mejor que la posteridad, formada por críticos no menos egocéntricos y obligados a apoyarse exclusivamente en documentos muy propicios a malas interpretaciones".

Además, se puede dar el caso de que los historiadores presenciales juzguen con mayor realismo los hechos en su aspecto de operación. La experiencia quizá procura cualidades de penetración intelectual difíciles de adquirir en la biblioteca; los historiadores que *saben* cómo se dictaron las leyes, se tomaron las decisiones, se riñeron las batallas, están acaso en mejor situación para captar la actualidad de los testimonios históricos.

Ventajas de la Inmersión Personal

La participación no sólo puede aguzar el juicio del historiador, sino también estimular y amplificar lo que podríamos llamar su "imaginación reconstructora". Tomar parte en la controversia pública, oler el polvo y el sudor del conflicto, sentir en vivo lo precario de la decisión tomada bajo ciertas presiones, todo ello puede ayudar a entender mejor el proceso histórico. La inmersión personal en una experiencia histórica no deja duda al historiador de que las emociones de las masas son realidades con que ha de contar él, igual que los estadistas. Lejos de ser gratuitas e innecesarias (como alguna vez quisieron hacernos creer los historiadores revisionistas), las formas de pensar y sentir del pueblo constituyen una parte orgánica de la historia.

> **Historia es algo que nunca ocurrió, descrito por un hombre que no estaba allí.**
>
> **Anónimo**

Si se me permite poner un ejemplo personal, diré que no dudo de que, al escribir *Los Mil Días* en el año siguiente al de la muerte del Presidente John F. Kennedy, pude sugerir algo respecto al estado de ánimo y a las relaciones de los años de Kennedy, que ningún historiador futuro habría podido saber basándose en los documentos; y es más: que si hubiese querido escribir el libro 10 ó 20 años después, yo mismo, no hubiera sido capaz de reproducir, contando con la merma de la memoria, el conocimiento de las consecuencias y la introducción de nuevas preocupaciones y perspectivas.

A juzgar por lo antedicho, la acusación dirigida contra el historiador presencial en el dominio de los hechos es menos fehaciente de lo que parecen indicar los argumentos en favor del historiador técnico.

¿Son más concluyentes los tradicionales argumentos contra la historia presencial en el dominio de la interpretación? La teoría de las etapas del desarrollo historiográfico atribuye efectos purificado-

res al paso del tiempo, suponiendo que la distancia va eliminando las distorsiones por intereses y emociones, hasta llegar a aproximarnos por fin a una versión definitiva.

¿Revela el Tiempo la Verdad?

No es evidente, en la práctica, que el tiempo haya sido efectivamente el padre de la verdad, si por ésta entendemos el consenso de los historiadores. Sabemos ahora que no se puede contar con el tiempo para que, superados los prejuicios y los partidismos, el estudioso, exhaustas ya las pasiones, pueda manejar con toda calma la realidad histórica.

El correr del tiempo, por ejemplo, no libera al historiador de sus valores más hondos ni de su bagaje previo. "Todos por igual, los historiadores de cualquier época", ha dicho muy bien David Butler, "parecen capaces de concebir profundas emociones ante el tema que estudian".

> **Lo principal es hacer la historia, no escribirla.**
>
> **Otto von Bismarck**
>
> **Cualquiera puede hacer historia. Sólo un gran hombre es capaz de escribirla.**
>
> **Oscar Wilde**

La diferencia principal que hay en esto de las inclinaciones, es que en el historiador presencial son infinitamente más fáciles de descubrir y, por tanto, de descontarlas en el momento de la interpretación. Siempre que se debaten problemas trascendentales, ya sean sucesos tan cercanos a nosotros como la guerra de Vietnam o tan remotos como la caída del Imperio Romano, la distancia no asegura una convergencia de pareceres. Todos los problemas históricos interesantes están, por lo visto, en debate permanente; en eso radica su interés. Acaba uno creyendo que los historiadores sólo se ponen de acuerdo cuando los problemas y las personas están muertos.

Mientras los problemas sigan vivos, el transcurso del tiempo no ofrece más que posibilidades nuevas de distorsión. El presente, como bien saben los historiadores, crea de nuevo al pasado. Y esto ocurre, en parte, porque, una vez conocidos los resultados, tendemos a narrar otra vez lo pasado en función de la inevitabilidad histórica. Eso, entre otras razones, es así porque cada nueva generación proyecta siempre sus propias obsesiones en la pantalla del pretérito. Una

época religiosa interpretará los conflictos políticos en términos de religión; una época económica, en términos de la economía, etcétera. Si a la historia presencial le falta la perspectiva, también, y casi en el mismo sentido, carece de ella la historia técnica.

Casi podríamos asegurar que, en cierto sentido, la verdad *sólo* es asequible en la historia contemporánea. Entendemos por ella la escrita por las únicas personas que pueden ofrecer contradicción: sus testigos. Cuando han muerto ya los protagonistas, el historiador no puede saber nunca si su reconstrucción tiene mucho que ver con lo sucedido realmente. Rechazar el testimonio de hombres y mujeres que juzgan sus actos y sus vidas, decir que, aunque creían obrar por tales o cuales motivos, nosotros mucho más sabios, conocemos los verdaderos móviles de sus acciones, es pecar de reduccionismo histórico. Negar que la gente de antes supiera por qué obraba así, sólo puede llevarnos a la conclusión de que tampoco nosotros comprendemos las razones de nuestros actos; y la dificultad de sostener esta postura puede ser una buena causa de que haya fallado en tantos puntos el revisionismo histórico.

Después de tanto teorizar en torno a otras explicaciones a lo largo de los años, los historiadores norteamericanos concuerdan, en general, con los hombres que lucharon en la Guerra Civil de los Estados Unidos: se peleó más por la esclavitud que por cualquier otra causa. Si los propios actores dieron testimonio lúcido y urgente de por qué vivían, luchaban y morían, ¿no incurrirían en arrogancia intelectual los historiadores que vienen después con la pretensión de estar mejor enterados?

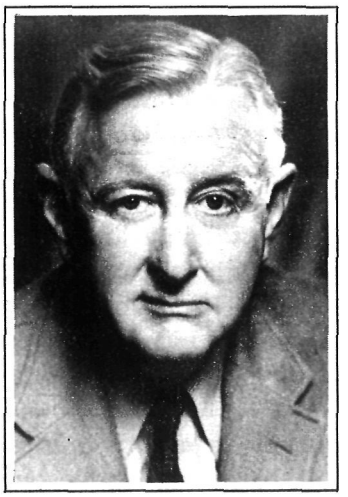
Hay que Contrarrestar el Síndrome de la Ordenación

El historiador tiene la manía del esquema. Al reconstruir los sucesos en la paz de su estudio, le gusta ordenar las cosas para hallar interconexiones y unidades. Sin embargo, el que haya participado en grandes acontecimientos habrá aprendido que rara vez sucede algo en forma ordenada, dispuesta y racional. El general George Marshall solía decir que en el campo de batalla las decisiones se toman en situación de "oscuridad crónica", esto es, bajo una presión excesiva por falta de informes.

No pretendo decir que la historia presencial, o contemporánea en general, sea "mejor" que la historia técnica, sea lo que sea tal juicio. Evidentemente necesitamos las dos, y la discusión entre ellas es parte importante del ejercicio histórico. Sólo insinuaría que la historia presencial parece satisfacer serias necesidades intelectuales y sociales, y por tanto tendremos esa historia durante algún tiempo.

EL COLAPSO DEL ACTIVISMO ESTUDIANTIL

Por C. Vann Woodward



"¿Qué ha quedado de lo ocurrido en el pasado decenio?", pregunta el autor de este artículo, que es un notable historiador estadounidense. Fue ese un período de intensa efervescencia, especialmente entre la juventud universitaria. Las huelgas, las manifestaciones, un nuevo estilo de vida, nuevos valores, todo ello parecía anunciar un nuevo período de la historia. Pero, caso sorprendente, ahora, a mediados del decenio de 1970, ese activismo intenso parece haberse desvanecido en un segundo plano. En este artículo, el profesor Woodward examina las ingeniosas y contradictorias explicaciones de algunos intelectuales para justificar la notable configuración de la conducta de los estudiantes en el decenio de 1960.

C. Vann Woodward, profesor de Historia en la Universidad Yale, ha sido muy alabado por sus obras de historia de los Estados Unidos. Se especializa en la historia del Sur durante la época posterior a la Guerra Civil. Entre sus libros mejor conocidos figuran *Origins of the New South* (Orígenes del Nuevo Sur), *Tom Watson: Agrarian Rebel* (Tom Watson: Rebelde Agrario), y *The Burden of Southern History* (La Carga de la Historia del Sur). El presente artículo fue reproducido con autorización de *The New Republic*.

Tal vez sea ya tiempo de reconsiderar la rebelión de la juventud norteamericana en los años sesentas. Ese movimiento recibió muchísima atención mientras se desarrollaba, pero sumamente poca desde que terminó repentinamente su fase radical. Infinidad de libros, muchos de ellos bien documentados y serios, no pocos escritos por psiquiatras, demuestran el interés que suscitó el tema. Pero casi todos ellos parecen ahora anticuados. Al escribir acerca de un movimiento que estaba en marcha, los autores de esas obras habían supuesto que tendría una durabilidad y un futuro que ahora parece curiosamente fuera de lugar y deformado. No es justo culparlos por carecer de la percepción retrospectiva, que ahora tenemos, pero esa falta indudablemente constituye una desventaja. Aunque podamos hacer muy poco más que suministrar la perspectiva de que ellos carecieron, tal vez contribuyamos a una mayor comprensión del asunto.

© 1974 por The New Republic, Inc.

Ahora resulta difícil comprender que en fecha tan cercana como junio de 1970 una encuesta de Gallup indicaba que la mayoría de los norteamericanos consideraban la "inquietud en los recintos universitarios" como "el *principal* problema de la nación". Esto es más comprensible si recordamos algunos de los sucesos de los meses y años anteriores, que habían enfocado por la fuerza la atención pública en la disensión estudiantil. En mayo de 1970, después de la invasión de Camboya, ocurrieron manifestaciones de estudiantes en un tercio de las 2.500 universidades de los Estados Unidos. La tragedia de la Universidad Estatal Kent costó cuatro vidas y dos más la de la Universidad Estatal Jackson. Posteriormente, durante ese mismo verano, una bomba colocada por terroristas destruyó el edificio de la Escuela de Matemáticas, en la Universidad de Wisconsin, y allí murió una persona y cuatro más resultaron heridas. Esos sucesos señalaron la culminación y la ronda final de varios años de disturbios. Sin embargo, desde el principio hasta el fin, la gran mayoría de los siete millones de estudiantes universitarios de los E.U.A. siguieron siendo moderados y partidarios de la resistencia pacífica. Pero el espíritu anterior de pacifismo idealista degeneró rápidamente, en las postrimerías de la década, cuando más y más moderados cayeron bajo el influjo de radicales y extremistas.

El aumento del desencanto y la desavenencia entre los estudiantes universitarios estadounidenses, en general, lo indicó el informe de una comisión presidencial en que se decía que "actualmente más de las tres cuartas partes (es decir, de estudiantes universitarios, en 1970) creían que 'los cambios básicos en el sistema' no habían tenido éxito", y un número mayor aceptaba las tácticas destructoras y se negaba a condenar claramente las tácticas violentas de parte de una pequeña minoría.

Sin embargo, es importante recordar que en el mismo informe se hicieron muchos esfuerzos por señalar que en la primavera de 1970 la opinión liberal, y hasta la conservadora, persistía con algún vigor entre los estudiantes. En ese entonces, sólo 11 por ciento de ellos se identificaban como "radicales, o de extrema izquierda", en tanto que en enero de 1970 la mayoría seguía creyendo que el Presidente Richard M. Nixon "realizaba una buena labor". Y aun después de las muertes en la Universidad Kent, el 42 por ciento creía que "la Guardia Nacional había obrado con responsabilidad en casi todos los casos". La realidad era que probablemente la mayor parte del activismo político estudiantil era obra de moderados, y su forma típica la de manifestaciones pacíficas de protesta. De hecho, en lo que el informe llamó "la paradoja de las tácticas", la comisión descubrió que "mientras más violentos se volvían los extremistas, más activos se tornaban muchos moderados no afectos a la violencia". Después de todo, eran estos últimos, más bien que los radicales, quienes

creían que aún era posible trabajar eficazmente en favor de un cambio dentro del sistema. Así, al hablar de la sorprendente transformación del decenio pasado al presente, no nos ocupamos simplemente de una minoría extremista sino también de la mayoría moderada, pues ambos grupos se apartaron totalmente del activismo e hicieron mutis.

Dos Tipos de Rebelión

Aunque comúnmente se les menciona en conjunto como "la rebelión de los jóvenes", "el disentimiento de los estudiantes" o "la generación del ya", en realidad hubo dos categorías de rebeldes bastante diferentes entre sí. Hubo no sólo los rebeldes políticos, sino también los rebeldes culturales, partidarios estos últimos de la llamada contracultura, o una u otra variedad de contraculturas, quienes manifestaban su rebeldía en sus "estilos de vida". Las identificaciones superficiales asumieron la forma de vestir, de la longitud del cabello, de las peculiaridades en el habla, del empleo de drogas y de la conducta excéntrica. Gran parte de esto era conformidad con la subcultura de una generación.

Pero en el fondo de muchos hervían impulsos profundamente perturbadores, aunque inarticulados, de alejamiento del mundo de los adultos y de los valores aceptados por la sociedad de su país. Los valores de la ética puritana—el trabajo, el dinero, la carrera, el matrimonio, la religión, la autoridad y la moral sexual—fueron objeto de ataque, lo mismo que los ideales básicos del funcionamiento de esa sociedad: la competencia, el consumo constante, el materialismo, el racionalismo, la tecnología y el militarismo, junto con toda una legión de normas sociales convencionales y de sentimientalismos. Habían sido puestas en tela de juicio la autoridad y la disciplina

> "Toda historia es historia moderna."
>
> Wallace Stevens

institucional de cualquier clase. En su lugar, se exaltaba la celebración romántica de los sentidos y de la naturaleza, de las relaciones individuales y personales, de la experiencia existencial, por sí misma, de lo expresivo, de lo creador y de lo imaginativo. En suma, la contracultura presentaba muchos aspectos de un movimiento religioso primitivo.

Durante el decenio de 1960, los rebeldes políticos y los rebeldes

culturales hicieron a veces causa común. En algunos casos constituyeron fuentes de inspiración mutua. Compartieron algunos valores y metas y presentaron una oposición común a un "establecimiento" definido vagamente. Los medios populares de información rara vez establecieron distinción alguna entre los dos bandos. En la mente popular, era natural que los rebeldes políticos y los rebeldes culturales fuesen considerados como pertenecientes a un solo grupo. Hasta escritores serios confundían frecuentemente a los dos grupos y pasaban por alto importantes distinciones entre ellos.

Asuntos Públicos Vs. Valores Particulares

Sólo después del colapso de los activistas políticos, en 1970, se vio con claridad la diferencia entre su movimiento y el de la contracultura. Porque la rebelión cultural prosiguió y hasta se intensificó durante algún tiempo, después que la revuelta política había amainado. Los radicales políticos, con su interés en el poder y en manipular a la gente como instrumento para lograr un propósito abstracto, eran vistos como la antítesis de los valores de la contracultura. Los rebeldes culturales se retiraron a lo privado y rechazaron los asuntos públicos, prefiriendo los valores particulares. Su alejamiento de los valores nacionales dominantes lo indicó la creciente proporción de aquellos que tenían la seguridad de que nuestra sociedad estaba "enferma". Un sorprendente 30 por ciento de los estudiantes declaró en 1971 que preferiría vivir en algún otro país que no fuese los Estados Unidos, preferiblemente Australia, Canadá o Europa Occidental, en ese orden.

No obstante, en años subsiguientes se ha enfriado la rebelión cultural, así como la política. Aunque esto no ocurrió en una forma repentina, que sorprendiera, y no puede medirse con mucha claridad, la prueba de ese enfriamiento se encuentra en todas partes: bibliotecas muy concurridas, estudiantes ansiosos de aprender, calificaciones más altas, interés en la carrera y crecientes solicitudes de admisión en escuelas de medicina, de derecho y de posgraduados. Esto no quiere decir que el fenómeno de la contracultura haya terminado definitivamente, y que el abismo entre una generación y otra se haya por fin salvado. Hay demasiados signos de su presencia actual. Sin embargo, continúa el proceso de enfriamiento.

¿Qué puede decirse de los esfuerzos que se hicieron, cuando el movimiento se hallaba todavía en su apogeo, para valorar su significado a largo plazo y también su significado histórico? Ya sea que esas valoraciones hayan sido positivas o negativas, amistosas u hostiles, todas compartieron una tendencia a atribuir un significado histórico y trascendental al movimiento, y lo que es más, a hacer de él un importante cambio de rumbo en la historia.

Una Interpretación Religiosa

Un grupo de interpretadores supuso que el movimiento era fundamentalmente de índole religiosa y consideró que tenía un significado histórico comparable al de otros movimientos religiosos importantes, como el del Gran Despertar en los Estados Unidos, a mediados del siglo XVIII, o la renovación metodista, o aun la Reforma protestante misma. Se señaló que esos movimientos típicamente tuvieron su origen en períodos de penuria espiritual y abundancia material, cuando el caótico cambio social coincidía con la confusión moral. Las rebeliones brotaron en universidades o en monasterios, entre estudiantes o clérigos menores, en épocas de rápido aumento en el número de los estudiantes.

En el siglo XX, la universidad, como iglesia secular, sustituyó a la Madre Iglesia, a la cual acudían los estudiantes en busca de salvación, en forma de descubrimiento de su íntimo ser. En lugar de salvación les daban piedras, en forma de racionalismo científico. Abrazaron entonces la experiencia sicodélica y las religiones esotéricas, de la misma manera que sus semejantes del siglo XVI habían abandonado el escolasticismo para abrazar el misticismo. Atacaron la corrupción del profesorado, como los estudiantes de la Reforma habían atacado la venalidad del clero. Los subsidios para investigaciones bélicas eran el equivalente moderno de la venta de indulgencias. La iglesia secular de la universidad, como la Madre Iglesia medieval, se había sumido en un "cautiverio babilónico" y debía ser destruida si no permitía ser liberada y purificada. La universidad, al igual que la Madre Iglesia, era vista como el microcosmos de la sociedad, una sociedad corrupta e irredimible. Muy atinadamente se nos recuerda que después del enfrentamiento histórico en la Dieta de Worms, Martín Lutero decidió no rasurarse ni cortarse el cabello.

Otras interpretaciones han buscado más analogías seculares en su análisis del significado histórico del movimiento juvenil. Al citar la frase de Alfred North Whitehead de que "las grandes ideas suelen entrar en la realidad con extraños disfraces y con repugnantes alianzas", otro intérprete resume el significado del movimiento de la juventud en 18 tesis que, según él cree, "vienen a constituir un nuevo punto de vista del mundo, una filosofía de la vida y de la naturaleza capaz de transformar las relaciones del hombre consigo mismo y con su sociedad".

De importancia primordial para esta valoración es el lugar que el movimiento asignó a la comunidad *sobre* los valores individuales. Como lo expresa Robert A. Nisbet, la comunidad "comprende todas las formas de relaciones que se caracterizan por un alto grado de intimidad personal, profundidad emocional, compromiso moral, cohesión social y continuidad en el tiempo". Por tanto, se opone dia-

metralmente a la competencia o al conflicto, a la utilidad o al asentimiento contractual, y en muchas formas, a conceptos funcionales de la sociedad industrial moderna, como el individualismo, el racionalismo, la ciencia y el progreso material. La comunidad es conservadora y en el sentido literal, reaccionaria. No obstante, la comunidad es vista en este análisis como si se hallara en el corazón mismo de la contracultura. Y sus partidarios jóvenes pintan a la sociedad moderna como supresora de los impulsos "humanos" básicos de la comunidad, de la misma manera que la despiadada sociedad victoriana sofocó la sexualidad.

¿Una Sociedad "Tecnetrónica"?

Aun otra forma de interpretación, que incluye varias escuelas, trata de comprender la revuelta de la juventud como una respuesta a una importante transformación económica y social. Según este punto de vista, nos hallamos próximos a salir de una sociedad industrial anticuada e ingresar en una nueva sociedad a la que designa indistintamente como la sociedad postindustrial, postmoderna o "tecnetrónica" del futuro. Se nos dice que esta sociedad neoutópica o antiutópica será sumamente racionalizada, productiva y automatizada. Demandará rápidos ritmos de cambio social, complicados planes sociales, una administración más racional y un enfoque fundamentalmente técnico para la solución de los problemas humanos: en otras palabras, demandará más manipulación humana. Sus profetas más optimistas prometen las bendiciones de mayor tiempo libre, más opciones individuales e idílicas prestaciones marginales de diversas clases.

> **Léase esto en las historias: *Newsweek* o Tucídides.**
>
> **Daniel G. Hoffman**

Por supuesto, habrá que pagar por las bendiciones de la utopía postindustrial y "tecnetrónica". El precio será la intensificación de los aspectos mismos de la sociedad industrial contemporánea a los que se opone con más vigor la contracultura. El precio que tendrá que pagar la juventud en general será especialmente elevado, pues la nueva sociedad impondrá a los jóvenes una disciplina severa, consistente en más tiempo de estudios, para aprender nuevas tecnologías, y el aplazamiento de satisfacciones personales y de la calidad de adulto. El arnés social les apretará más el cuello. Las universidades remplazarán a los bancos como sede del nuevo orden, al

servir como fábricas de conocimientos que marcarán el paso e impondrán lo nuevo como disciplina a los jóvenes.

Aquellos que comparten esta visión del futuro—escritores como Zbigniew Brzezinsky, Lewis Feuer, Bruno Bettelheim, y Herman Kahn—ven en el movimiento de la juventud y su contracultura una fuerza contrarrevolucionaria. Lo comparan con el movimiento *luddite* de los comienzos del siglo XIX, cuando los trabajadores agrícolas sin ocupación trataron de destruir las fábricas que los habían desplazado. Vagamente concientes de la índole anacrónica de sus valores, sus conocimientos, su estilo de vida y su filosofía obsoleta, los jóvenes disidentes de ahora arremeten ciegamente, sin pensar, en forma exageradamente emocional, contra el nuevo orden de la tecnología, las computadoras, la disciplina y la regimentación social, todo ló cual es indispensable para la sociedad naciente. Puesto que la revolución social a la que se oponen está destinada a prevalecer y es "inevitable" que a la postre triunfe, la rebelión de los jóvenes contrarrevolucionarios viene a ser el "estertor" de lo obsoleto, destinado por la historia al fracaso.

Una Interpretación Revolucionaria

Otro grupo de pensadores da precisamente la interpretación opuesta, al considerar la rebelión de la juventud como revolucionaria, en lugar de contrarrevolucionaria, como la vanguardia del futuro, en lugar del estertor de muerte del pasado. Escritores tales como Theodore Roszak, Charles Reich y Philip Slater también consideran el presente como un período de transición histórica, cultural, social y económica; pero la crisis, en su sentir, la causan los estertores agónicos de un orden anticuado, no el nacimiento triunfal de una utopía "tecnetrónica". Encuentran que la oposición de la juventud es revolucionaria, no contrarrevolucionaria. Son los rebeldes jóvenes quienes representan la salud, la visión, la pureza, el idealismo esencial para la revolución que debe venir a traer la salvación social. Más aún: la revolución se vislumbra en gran parte sin dolor, sin esfuerzo, sin violencia... e inevitable.

Alboroto en Universidades Europeas

¿Qué ocurrió con la efervescencia de ese decenio? Muy bien puede ser que ahora los disturbios de esa época sigan alentando, gocen de salud y vivan en el corazón de las universidades europeas. Indudablemente, esa es la impresión que obtuve al asistir a una conferencia de unos 100 profesores universitarios, casi todos ellos de los países continentales de Europa Occidental, que se efectuó en Venecia en el otoño de 1973, para discutir las tribulaciones de las universidades en Occidente. La historia que nuestros colegas europeos relataron

acerca de las condiciones en muchas de las más antiguas y famosas sedes del saber en el mundo entero causó profunda impresión entre casi todos los delegados estadounidenses. Lo que escucharon parecía ser la perpetuación o la repetición de mucho de lo que ellos mismos habían vivido durante cuatro u ocho años antes, y de lo cual conservaban todavía las cicatrices.

Eran evidentes la misma erosión de la autoridad, el embate contra las normas, la disminución de la libertad académica, la burla de los logros de la erudición, los desastres de la democracia de participación general, con igualdad de voto para los conserjes, las secretarias y los estudiantes en el gobierno académico; la misma politización de la academia, las polarizaciones, las radicalizaciones... todo lo cual, en conjunto, se convertía en lo que se ha llamado "la degradación del dogma académico".

En su peor aspecto, apareció en algunas de las universidades de Alemania y de Europa Septentrional, hasta un grado rara vez alcanzado en las universidades estadounidenses, aun en el apogeo del radicalismo: intimidación sistemática de los estudiantes, terrorismo contra maestros, apoderamiento de la administración, clausura o destrucción de planteles y conversión de instituciones eruditas en fábricas de propaganda política. Esto ocurre ahora, no en países marginales, de dudosa estabilidad, sino en las democracias avanzadas de Europa Septentrional, en Alemania, Holanda, Bélgica, Dinamarca y los países escandinavos, así como en Francia y en Italia. Por supuesto, estas cosas son manifestaciones del movimiento estudiantil en su peor y más extremo aspecto, que no es típico del movimiento, considerado en conjunto.

Para los profesores estadounidenses que fueron a Venecia la escena europea evocó algunas tristes memorias de sucesos acaecidos en su país y olvidados a medias. Pero los años sesentas aparecían ya remotos e inverosímiles, especialmente cuando uno pensaba en el ambiente académico contemporáneo en los Estados Unidos: esas tranquilas y muy concurridas bibliotecas, esos estudiantes formales, dedicados, respetuosos, deseosos de alcanzar el éxito, a quienes uno enseñaba y había estado enseñando desde hacía varios años. Aunque todavía de cabello largo o de barba, y con ropa de proletario o de *hippie*, una vez más parecían inmersos en la ética del trabajo, independientemente de lo que hicieran en lo tocante a otros aspectos del código puritano. Además, parecen perfectamente conformes en dejar el gobierno académico a los rectores y decanos universitarios, y la enseñanza, al claustro de profesores. Todavía más sorprendente es que parecen estar dispuestos a dejar a sus mayores la revelación y corrección, tanto de la mala conducta oficial en política exterior como de la degeneración moral del gobierno y la sociedad de la nación.

> Historia, ¡vieja excitada y engañadora!
>
> Guy de Maupassant

La tentación de dejarnos llevar por la complacencia y la satisfacción disminuye un poco cuando los intelectuales norteamericanos reflexionamos acerca de nuestro propio historial en el análisis, comprensión, explicación e interpretación de los fenómenos históricos del pasado decenio. He tratado de esbozar algunas de las extravagantes incongruencias, contradicciones y malas interpretaciones de ese movimiento, expresadas por algunos escritores eruditos y por periodistas. Hemos visto cómo el movimiento ha sido interpretado tanto como radical y reaccionario, o bien como revolucionario y contrarrevolucionario. Ha sido considerado como un histórico cambio de rumbo, de significado apocalíptico, comparable con la Reforma o con el Gran Despertar; pero también ha sido menospreciado como el capricho de una generación de mozalbetes adinerados y carentes de disciplina. Su mensaje ha sido visto como la restauración de la comunidad humana y la promesa de salvación espiritual y salud mental, pero también como otra deplorable manifestación de una sociedad "enferma". Puede haber verdad en todas esas interpretaciones, pero parece un poco difícil reconciliarlas entre sí. Y ninguna de ellas parece ser fácilmente compatible con los sucesos subsiguientes.

Explicaciones Psicológicas

Hasta aquí me he abstenido de explorar las teorías de los orígenes del disentimiento y la oposición de los jóvenes, hipótesis de explicación causal. Me resisto a entrar en un campo más bien sobrepoblado por psiquiatras, en el que no pretendo ser competente. No obstante, cualquier esfuerzo que se haga para valorar los intentos hechos por comprender la rebelión de los jóvenes en el decenio de 1960 y por explicar qué ha ocurrido al movimiento juvenil en lo que va del actual, tendrá que tomar en cuenta muchísimas teorías acerca de sus orígenes.

Por su tendencia a presentar meras hipótesis, causas inconcientes o irracionales, como los "verdaderos" motivos de la rebelión, la mayoría de las explicaciones psicoanalíticas parecen negar validez a la explicación que dan los propios jóvenes acerca de sus motivos, y parecen asumir una actitud nada amistosa e incluso hostil. Esto tiene visos de ser especialmente característico de las hipótesis de rebelión de Edipo. En general, esas hipótesis presentan al rebelde

joven como actor de un psicodrama de origen familiar, que "desplaza" los conflictos de familia llevándolos a la sociedad, y representa en público los conflictos psíquicos en la conducta externa. Algunos de los teóricos de la hipótesis de Edipo ven al rebelde como si arremetiera ciegamente contra diversos sustitutos (como lo son la universidad, el gobierno o la policía) de un padre *poderoso* y *autoritario;* otros ven al rebelde que ataca a los sustitutos de un padre *débil* e *ineficaz;* y otros, por fin, ven la causa de la rebelión en la insuficiente comprensión de los padres. Hay también psiquiatras que señalan la aridez, el empobrecimiento, el vacío espiritual de las familias de la clase media como orígenes causales, en tanto que un grupo más numeroso de analistas hace hincapié en la notoria "tolerancia" de los padres prósperos, idealistas y de ideas liberales: todo lo contrario de los padres autoritarios, que con tanta frecuencia son señalados como los villanos.

Una dificultad que presenta la hipótesis de la rebelión de Edipo, señalada por Kenneth Keniston, es que "el complejo de Edipo se observa en todos los niños que se desarrollan normalmente". Por tanto, esa explicación nada explica. Por ejemplo, no explica por qué la rebelión de los estudiantes brotó repentinamente y por qué amainó de un momento a otro, por qué en algunos períodos ocurren rebeliones y en otros no, y por qué más rebeldes suelen proceder de familias prósperas, idealistas, de la clase media, que de familias de la clase obrera, privadas de muchos recursos... suponiendo siempre que el complejo de Edipo sea una constante. Keniston encuentra que los estudiantes radicales "no son más neuróticos, suicidas, furiosos o perturbados que los moderados".

Opuesta a la teoría de la rebelión de Edipo tenemos la hipótesis del "infante del pañal rojo", la cual descubre que el muchacho radical típico procede de una familia políticamente radical y, por tanto, es "una astilla del mismo palo". En lugar de un vacío o un conflicto entre dos generaciones, existe solidaridad entre una generación y otra, que indica la asimilación fácil de los valores de los padres y un desarrollo suave, continuo, ininterrumpido, de la personalidad. En vez de los impulsos parricidas y de la furia primitiva, encontramos aquí relaciones idílicas, prefreudianas, entre el padre y el hijo, con simpatía mutua y apoyo comprensivo... menos las ambigüedades normales de sentimiento en tales relaciones.

Pero entre el rebelde de Edipo y el infante del pañal rojo una tercera escuela de intérpretes ve que el arquetipo del estudiante militante exuda ambivalencias, atormentado por un cisma en la imagen del padre. Esta vez, la imagen del padre está dividida notablemente entre dos partes contradictorias. A veces aparece como padre idealista, honrado, de elevados principios, fuerte; pero en otro estado de ánimo, el hijo rebelde ve al mismo padre como débil, tran-

sigente e ineficaz. Se pinta al joven radical como empeñado en una lucha por el rechazamiento de la imagen del padre débil y por identificarse con la imagen del padre fuerte.

Teorías de la Adolescencia

Desconcertados por estas teorías contradictorias, examinamos otra explicación más del estallido de la generación de los sesentas. Esta explicación se deriva del pensamiento del psicohistoriador Erik Erikson, quien cree que la juventud moderna pasa por una "moratoria psicosocial", un período entre la adolescencia y la edad adulta, cuando los jóvenes no tienen que representar papeles sociales convencionales, ni trabajar. Esos "años de moratoria" les ofrecen mag-

> **Consejo a quienes quieren escribir historia: No lo hagan.**
>
> **Lord Acton**

níficas oportunidades de definir su propia identidad y perfeccionar sus sentidos morales y su capacidad ética. Sin la carga de la familia o del trabajo y protegidos por inmunidades, los jóvenes se atreven a exponerse al castigo por ir contra las leyes o los convencionalismos y por desafiar a las autoridades. Al obrar así revelan sus íntimos pensamientos morales, se identifican con los oprimidos y buscan una liberación interna, un yo auténtico, una verdadera identidad.

Pero los oponentes de esta teoría, como lo señala Walter Metzger, ven ese aplazamiento de la edad adulta como una prolongación de la adolescencia, "una combinación debilitante de instrucción precoz y dependencia prolongada", que une el refinamiento prematuro con la falta de responsabilidad. Esta combinación peligrosa, sostiene el análisis, tiende a inclinar al autoengaño, a una ética de absolutos morales, a la ceguera ante el valor de las instituciones y a una irresponsabilidad nihilista. De nuevo nos hallamos ante interpretaciones irreconciliables de los expertos, ante conceptos radicalmente opuestos, relativos a los mismos fenómenos.

Por último, otras dos explicaciones antitéticas comparten una contradicción parcial. Esas explicaciones son más comunes y menos esotéricas. Una de ellas es la explicación "internalista", de que las verdaderas causas de la rebelión de los estudiantes deben encontrarse en la universidad misma, y con mayor oprobio en la gran "multiversidad". La teoría "externalista" opuesta sostiene que las verdaderas causas deben buscarse en el mundo sórdido, más allá de

los confines universitarios, en el horrible desbarajuste que ha dejado la generación anterior y al que se enfrenta la juventud.

Es evidente que algo puede decirse en apoyo de ambas teorías. Dentro de la universidad, los jóvenes están expuestos no sólo a la subcultura de sus compañeros, mezcla de drogas, misticismo y radicalismo, sino también, en sus clases y bibliotecas, a las tradiciones críticas del liberalismo, el radicalismo y el vanguardismo. Afuera, en el "sórdido" mundo, braman las guerras injustas y la injusticia racial y la amenaza de un holocausto nuclear pende sobre todos nosotros. Sin embargo, las universidades no fueron muy diferentes en las décadas anteriores a la rebelión estudiantil, y no han cambiado mucho desde que esa rebelión disminuyó. En cuanto a la explicación externalista, muchas rebeliones del mismo tipo estallaron en otros países desarrollados, que no soportaban la carga de una guerra en Vietnam, ni graves problemas raciales, ni artillería nuclear con gatillo instantáneo. Tenemos aquí de nuevo explicaciones que no explican—o que todavía dejan mucho sin explicar.

Historial de Fracasos Profesionales

La realidad es que ninguna de las teorías interpretativas o de explicación que hemos explorado—eruditas o populares, esotéricas o comunes—ha estado a la altura de lo que se esperaba, o pasado la prueba de la visión retrospectiva y de los sucesos no previstos. Destinadas a explicar un movimiento durable de activismo y disensión, esas teorías a largo plazo se vuelven inoperantes a causa de un silencio y una interrupción inesperados e inexplicados.

Ha ocurrido aquí un gran fracaso. No hablo ahora de padres o estudiantes, o de sociedad o gobierno. Hablo del fracaso de los intelectuales, los explicadores, los pensadores, los escritores. No se ha podido percibir, comprender, entender y explicar uno de los sucesos importantes de nuestra época. Compartimos ese fracaso, pues ninguno de nosotros se ha puesto a la altura que demanda la tarea. La respuesta a la pregunta "¿qué ha quedado de lo ocurrido en el pasado decenio?" parece ser que esos años fueron hechos a un lado, como problema no resuelto. Si alguna vez volvemos a ocuparnos de él, espero que recordemos que hablamos de nuestros propios hijos.

EL ARTE POPULAR Y LA ACADEMIA

Por Amy Goldin

En el arte popular se suele ver una mezcla de afición y condescendencia; se le elogia por su encanto ingenuo, pero se le considera inferior al arte profesional o académico. La autora de este artículo no acepta semejante opinión. Para ella, el arte popular, a pesar de sus limitaciones, es con frecuencia más estimulante y deleitoso que gran parte del arte profesional contemporáneo.

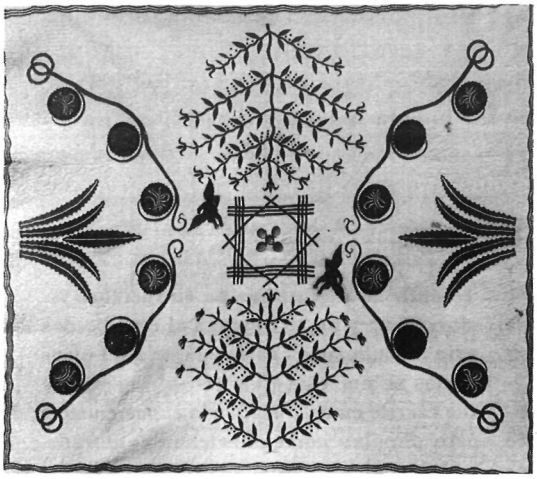
Amy Goldin, crítica de arte, se interesa en la actualidad por volver a definir los logros de las artes decorativas o menores. Y confirmó ese interés en su reciente visita a Irán y en su entrega al estudio del arte musulmán. El artículo que aquí ofrecemos se entresacó de *Art in America,* y fue escrito en respuesta a la exposición de arte popular norteamericano celebrada en 1974 en el Museo Whitney de Nueva York, y a la publicación de *The Flowering of American Folk Art (1776-1876)* (El Florecimiento del Arte Popular Estadounidense, 1776-1876), de Jean Lipman y Alice Winchester, libro editado por Viking Press con el patrocinio del Museo.

Los que tachan al arte moderno de perverso, absurdo o tosco, no encontrarán un medio más fácil para adentrarse en las actitudes artísticas del siglo XX, que aficionándose al arte popular de los E.U.A. ¡Qué deliciosas, gayas y aun elegantes pueden ser sus obras! El arte popular destaca la arbitrariedad de las fronteras que se aceptan como separación entre las bellas artes y las artesanías. Descubre la trivialidad que campea en las correctas versiones académicas de la anatomía, la perspectiva y el claroscuro, y demuestra que el arte y el humorismo son compatibles. No encontraríamos mejor ejemplo de la fusión del arte con la artesanía, que los pulidos cimbeles hechos para los cazadores de patos, pues son admirables piezas escultóricas.

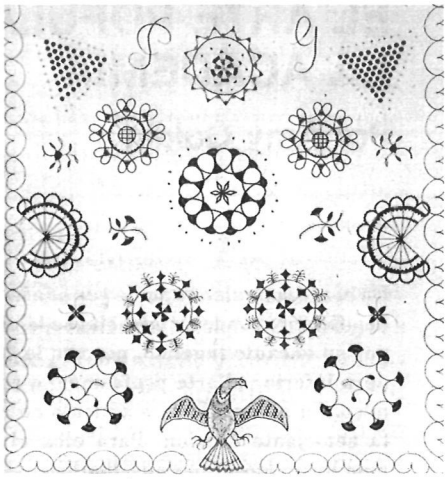
Sus partidarios, para defenderse, dicen que el arte popular es artísticamente igual al producto profesional, que llaman ellos "arte académico". Pero hoy tal distinción es inaplicable. La alternativa lógica se considera que está entre arte profesional en general (y no el académico solo) y el arte ingenuo, también en general (no sólo el popular).

¿Pero existe en realidad esa antítesis? La tensión que nos ha hecho ver entre un arte de la academia (o de los profesionales) y otro "del pueblo" es ficticia: lo mismo da que nos refiramos al siglo

Copyright © 1974 por Art in America, Inc.



M. Van Voorhis, colcha, *1850, Pennsylvania.*



P. Goodall, sobrecama, *1790, Buffalo, N. Y.*

XIX que al XX. Además, me parece injusto y equívoco hablar de arte popular y arte académico como si la academia fuese la fuente de toda regularidad y el arte popular fuera intrínsecamente importante, espontáneo y original. No; cada uno forma un tipo de producción con caracteres reconocibles, con su propia fuerza y limitaciones.

El arte popular no es simplemente "arte sin pretensiones, creado por el pueblo". Tampoco es verdad que la falta de preparación formal u oficial sea lo que permite al talento individual brillar a través del puro cristal de la inocencia. Podemos aprender de todo, menos a ser inocentes; por eso habría que poner coto a la falsa ingenuidad que caracteriza a tantas pinturas seudo-populares de nuestros días, desde París a Belgrado y a Bahía. El hecho de que un artista no sea académico no significa que es independiente de las tradiciones de estilo y producción.

Yo diría que el arte popular norteamericano forma un cuerpo lo bastante extenso y coherente para que le llamemos estilo. Sus temas son muchos, aunque su gama emocional sea limitada por regla general. Su vitalidad artística radica en lo decorativo; su fuerza, en el color y el diseño. El reciente arte abstracto sirvió para aguzar nuestra sensibilidad ante estos elementos. Y el ocaso actual del abnegado puritanismo de nuestra cultura inflamó el interés por la decoración; sirva de ejemplo la inclinación reciente a la exuberancia del Art Nouveau y el Art Deco.

Organización y Diseño

Muchos coleccionistas y exhibidores del arte popular norteamericano lo enfocan, erróneamente, como manifestación, en último tér-

mino, de una humanidad sencilla (muy sencilla). Con harta frecuencia destacan en primer plano la inocencia, el encanto y los valores anecdóticos. Y al mismo tiempo parecen dejar fuera del campo de su atención todo lo que es mecánico, reiterativo o complicadamente geométrico.

Pero la reiteración es ingrediente ineludible de la *organización.* Que sea aburrida o no lo sea, depende de forjar una relación entre los elementos repetidos, y no de los elementos mismos. No se puede pasar por alto la simetría de una colcha de Pennsylvania hecha con aplicaciones. Pero comparémosla con un cobertor bordado de Buffalo (Nueva York): aquí los motivos discontinuos, incisivos, cambian de velocidad y dirección con la maestría fácil de un chico de 12 años en su bicicleta de 10 marchas. Puesto que el arte popular tiende a apoyarse mucho en la simetría como artificio organizador, son decisivas estas variaciones del dibujo plano. Aquí la calidad artística no es, de ningún modo, fruto de la inocencia, sino resultado de una selección refinada y de una inteligencia visual activa.

Tampoco es cierto, como se ha dicho, que los artistas populares norteamericanos, al pintar paisajes, hayan tenido que organizar y estabilizar sus composiciones apoyándose en el diseño por no saber

Anna Mary Robertson (Grandma Moses), En el Estudio, *1944.*

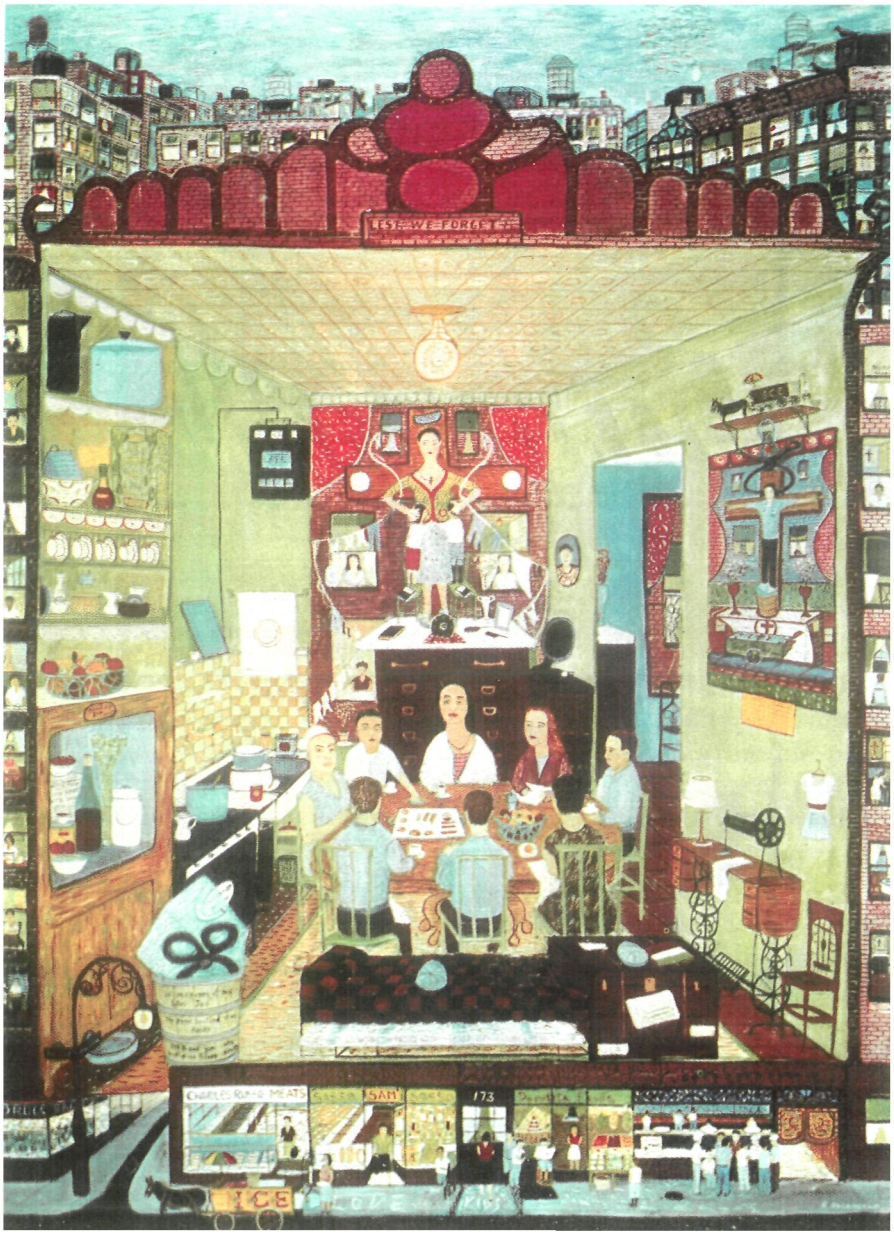
ejecutar con realismo. El diseño no es únicamente un artificio usado por ellos para aglutinar una imagen y compensar la ausencia de profundidad y sensación de espacio. Es algo que se crea de nuevo en cada obra, y en el arte profesional tiene muchas veces un valor tan decisivo como en el popular. Aunque en la educación académica no se ha aislado el diseño como materia aparte, tampoco se ha pasado por alto; y algunos académicos tan preclaros como Ingres, Degas y Matisse mostraron hondo interés por lo decorativo.

Y aunque concedamos que el "diseño" sirve sólo fines expresivos, no será menos falsa la noción de que los artistas populares lograron

"El artista popular podría dejarse llevar de la exuberancia hasta concluir su obra": (arriba) artista anónimo de Nueva York o Nueva Inglaterra, Fruta en Compota Azul, *por 1840; (derecha) Ralph Fasanella,* La Cena Familiar, *1972.*

la expresividad "por suerte", cuando luchaban en vano por describir. El arte popular no es tan simple ni tan homogéneo. Sus cultivadores despliegan una ancha gama de capacidades y aspiraciones. Los retratos de este arte, por ejemplo, pueden ser copia fiel o idealización, trasunto de la psicología del modelo o espejo de emblemas de la clase a que pertenezca y también documento formal o recordatorio para la intimidad.

Además, a los artistas populares no siempre les faltan dotes de



ilusionismo. Saben hacer (y muchas veces lo hacen) que los objetos parezcan sólidos o distantes. Por otra parte, a muchos de ellos no les suelen interesar las descripciones, pues ya tienen bastante con llenar los requisitos de una pintura o una escultura convencionales: inscripción de lápidas sepulcrales, un retrato, una visión pastoril o la exhibición del virtuosismo decorativo. como es el caso de las labores de aguja o de caligrafía.

Andy Warhol, Sopa Campbell, *1941. También el artista profesional "gusta de juegos".*

Cómo se Hace el Artista

Si hay tantos elementos comunes, con intermitencias, al arte popular y al profesional o académico, ¿cómo explicar las diferencias palpables que los separan?

La respuesta, creo yo, está menos en el arte que en la formación del artista, ya que este proceso influye sutilmente en todas sus obras. Las del mal estudiante no se parecen a las del arte popular, ni aun del más deficiente. Es típico de los estudiantes de artes que delaten una confusión de metas y normas; y eso no ocurre jamás a los artistas populares. En cuanto a la labor del aficionado actual, hay una ligera diferencia. El refinamiento del estudiante consumado, que explora deliberadamente los estilos establecidos, difiere bastante del que es propio del aficionado competente. Este último va errante por el reino del arte, como un turista, recogiendo lo que le agrada, mientras el buen alumno investiga las leyes que sirven para delimitar zonas, pensando en echar raíces.

Pero hoy los estudiantes y aficionados son concientes, por igual y por fuerza, de que pueden elegir entre varios modelos profesionales. Trabajan o juegan en presencia de un arte mundial cosmopolita. En cambio el artista popular trabajaba en un medio circunscrito y para una clientela local. La cosmópolis estaba lejos. Sus objetivos artísticos eran claros, pues no contaban para él los cánones "extranjeros". Se distinguía del artista de tribu en que no se medía con sus antecesores, cuyos logros eran bien conocidos de todos. No había una forma "recta" de ejecutar la obra emprendida, y, a falta de competidores, no necesitaba ser innovador. Lo suyo no era producir arte, sino agradar.

Juzgar, pues, el arte popular desde el punto de vista del éxito o el fracaso artísticos, es expresar el juicio de un extraño. Lo que es trivial para nosotros pudo haber sido sumamente agradable para una comunidad rural pequeña. Y en efecto, el arte popular nos parece falso cuando tiene aire profesional. Su público propio lo admiraba por los convencionalismos que cumplía; nosotros lo apreciamos porque los viola.

Las condiciones en que floreció el arte popular no fueron propicias para la consistencia, la complejidad o la mucha integración formal. Alentaban al artista a elaborar lo que sabía hacer mejor y más fácilmente, pues en ello era de esperar que hallara su satisfacción más vívida. La composición (que tradicionalmente es el más intelectual de los quehaceres del arte) se solía tratar con la mayor simplicidad posible; de ahí la frecuencia de la ordenación simétrica. La originalidad del artista popular estaba determinada, en gran parte, por su predilección por la solemnidad y el decoro. El artista popular que, con originalidad juguetona, pintaba una naturaleza

muerta, una ensalada de huevo, no seguía el mismo juego que algunos pintores profesionales, como Andy Warhol, que jugaba pintando latas de sopa de tomate. Warhol se burlaba, a propósito, de tradiciones artísticas tomadas en serio por todos cuantos le rodeaban; pero los artistas populares, igual que su público, consideraban que su obra era fundamentalmente privada, y por tanto libre y nada seria.

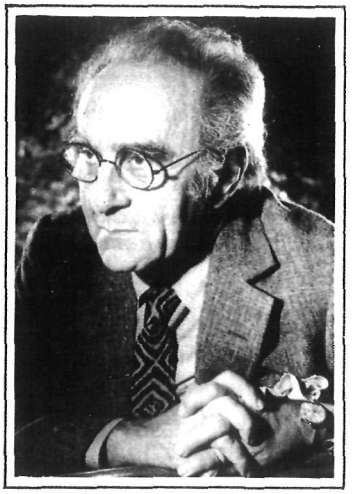
Al público moderno no hay que convencerlo de las ventajas de la libertad y la espontaneidad. Hoy es mucho más difícil encontrar la razón de ser de los convencionalismos y las disciplinas. Y sin embargo, la libertad del artista popular se basa en una situación sumamente estructurada. Trabaja dentro de los requisitos de formas establecidas, de clientelas definidas, de ocasiones especiales; y muchas veces con limitaciones derivadas de la escasez de materiales. Esas censuras exteriores fueron tan severas que resultaba innecesaria la disciplina de las reglas profesionales y las tradiciones. Habiéndose probado a sí mismo, o a sí misma, en el nivel de un oficio, el artista popular podía dejar que la exuberancia llevara la obra hasta el fin.

Los artistas profesionales contemporáneos trabajan bajo la mirada de sus pares, que miden sus realizaciones con la escala portentosa de la historia del arte mundial. Su propia estimación está en juego a cada pulgada del camino, y se afanan bajo el gran peso de la actual crítica. ¿Quién no desearía el retorno de la decoración tal como se encuentra en el arte popular?

CIENCIA, ETICA E IGUALDAD

Por Jacob Bronowski

Un notable científico da la voz de alerta contra la actual tendencia de algunos intelectuales a rechazar la ciencia y la tecnología para favorecer a un "falso naturalismo". Juzga que en los valores de la ciencia (entre otros el disentimiento, la originalidad y la tolerancia) están las bases de la verdadera ética humana. El verdadero problema, argumenta este científico, reside en cómo hacer que la ciencia y la tecnología contribuyan a aminorar las crecientes presiones que hay en todo el mundo para lograr la igualdad social. Este artículo es una adaptación del discurso que pronunció en la Casa Internacional de Nueva York en mayo de 1974.



J. Bronowski, matemático, filósofo y hombre de letras, dirigió el Consejo de Biología y Asuntos Humanos en el Instituto Salk de California y fue miembro de la Universidad Cambridge. Desempeñó el puesto de asesor científico y director de investigaciones del gobierno británico. Más recientemente planeó y realizó una serie de televisión titulada "The Ascent of Man" (El Ascenso del Hombre), un intento para explicar el desarrollo de la especie humana desde la época prehistórica hasta el presente. Escribió varios libros, entre los que pueden mencionarse *Science and Human Values* (La Ciencia y los Valores Humanos), *The Ascent of Man* (El Ascenso del Hombre) y un estudio sobre el poeta William Blake.

Nosotros, los intelectuales, estamos en medio de una gran retirada de la historia. En medida siempre mayor rechazamos o simplemente nos desentendemos del pasado. Pero además, y esto es todavía más grave, nos estamos alejando del futuro porque éste va unido a la ciencia y a la tecnología, aspectos ambos que debemos señalar como los responsables de nuestra melancólica situación actual y futura, que es aún más deplorable.

Es como si estuviéramos tratando de cerrar los ojos a todo lo que, mediante la evolución biológica y cultural, ha hecho de nosotros seres humanos, y deseáramos dedicarnos a jugar a que somos felices niños expósitos, colocados en un hueco en el tiempo.

No obstante, la verdad es que los especiales atributos y las proezas del hombre no pueden separarse de su historia evolutiva porque es el único animal que realmente se ha enaltecido por su propio esfuerzo. Una multitud de especies animales corren, vuelan, nadan

Copyright © J. Bronowski, 1974.

y se amadrigan en torno a nosotros, acondicionadas por su medio ambiente; pero de entre todas estas especies, sólo el hombre ha logrado obtener el suficiente dominio para influir de manera determinante en su propia evolución biológica. En el pasado, el hombre se ha modelado a sí mismo en forma bastante inconciente, modificando el medio ambiente de tal manera que le fuera posible controlar las presiones derivadas del mismo. Ahora estamos en posición de dominar cuando menos nuestro futuro inmediato con una comprensión mucho mayor de las implicaciones de nuestros actos y sería irónico suponer que aquellos que aspiran a formar la vanguardia intelectual eligieran este nuevo momento para detener el curso de la historia.

El Hombre, ese Animal Cambiante

Es oportuno recordar que la historia ni se inició ayer ni se terminó entonces. El hombre es un ser evolucionado cuya evolución todavía no ha llegado a su fin. Somos criaturas semejantes a otras que están experimentando cambios y no somos iguales a las demás debido a la extensión y rapidez de los cambios. Los estudios más recientes sobre los procesos químicos de las proteínas de los primates sugieren que los hombres y los chimpancés formaban una sola cepa hace más o menos 10 o 20 millones de años; esto quiere decir que nuestra evolución ha sido prodigiosamente acelerada (particularmente en la forma en que ha crecido nuestro cerebro durante el último millón de años). En contraste, los insectos sociales como las hormigas han permanecido inmutables durante cuando menos 50 millones de años, encerrados en sus rigurosas jerarquías sociales, en las que la función la establece la estructura.

Tenemos que hacer frente a la lógica de la vida, que nos indica que las especies alcanzan un estado permanente y dejan de evolucionar en el momento en que los individuos adquieren tipos uniformes e idénticos. De manera contraria, la evolución continúa si existe la posibilidad de una combinación factible de mutaciones que puede expresarse en forma de estructuras y formas de conducta fuera de lo normal; así pues, es razonable profetizar que mientras más variables sean los miembros de una especie, más libre e inesperadamente podrán evolucionar. Si estamos en oposición a los estereotipos y al conformismo, si consideramos valiosa la variedad en los seres humanos, no podemos menos de admitir que como consecuencia, el hombre tendrá que continuar evolucionando de manera extraordinaria.

Por tanto, cuando al unísono con la *vanguardia* decimos en voz alta y con toda razón que necesitamos *salvaguardar* el medio ambiente vital, debemos estar en guardia y evitar que, en secreto,

nuestros pensamientos afirmen la necesidad de *estabilizar* el medio ambiente, fundamentándonos en la suposición de que la plenitud humana debe ser equiparada con el hombre tal como es éste en la actualidad. Naturalmente, es inoportuno e incierto afirmar que no somos la creación máxima de la naturaleza, una pieza de museo para la eternidad; pero es indudable que el hombre de Neandertal sintió precisamente lo mismo, mucho antes que nosotros. La calidad de la vida no es un don del cielo; por el contrario, igual que el ascenso evolutivo del hombre, ha sido logrado por su propio esfuerzo, y no debe interpretarse esta afirmación como apropiada para el tipo de hombres de la actualidad. No es sensato referirse a las condiciones de vida a menos que estemos pensando en elegir entre las posibles satisfacciones que puede brindarnos la vida humana, y en particular en la opción entre las diferentes formas de satisfacción intelectual.

Si la base de nuestro disgusto por el congestionamiento del tránsito y el Estado autoritario es la convicción de que son antinaturales para el hombre (como sin duda alguna lo son), entonces tenemos que profundizar concienzudamente sobre la cuestión: ¿qué es lo natural para el hombre? Por otra parte lo que es natural para el hombre debe ser específico para él; es por ello que las relaciones generales de la conducta animal que se derivan de la obra de Konrad Lorenz no resuelven nada. Claro está que el hombre se convertirá en una pobre criatura si se ciega al poder y a la satisfacción de su herencia animal. Pero será todavía mucho más pobre que cualquier animal si no explora todas las satisfacciones que son únicas de su especie. En consecuencia, la búsqueda científica, por los etologistas, de características universales en la conducta de los animales, se tergiversa en su propósito y se convierte en un artículo cándido de periodismo sensacionalista, si se usa como prescripción para lo que es "natural" en la conducta humana. Los lectores de revistas parecen disfrutar de los textos donde se afirma que comparten una bestialidad universal con los animales, tal vez porque los absuelve de la responsabilidad de sentirse humanos, pero esto no es lo que ha hecho nuestra especie más humana que cualquier otro animal.

El Regalo de la Tecnología

Lo que ha hecho hombres de nosotros ha sido perfectamente documentado gracias a los hallazgos de fósiles en Africa durante los últimos 50 años (puesto que han trazado la especialización biológica y cultural del hombre moderno desde sus orígenes), y a los trabajos más recientes sobre la etología de los primates, es decir, el estudio del comportamiento animal en su marco natural. Hace más de un millón de años, posiblemente dos, los homínidos dejaron de

usar los instrumentos rudimentarios (que siguen utilizando los chimpancés) y empezaron a elaborarlos y conservarlos para un uso futuro. Este descubrimiento, esta arremetida en el campo de los objetivos tecnológicos, soltó el freno de la evolución que el medio ambiente impone a los otros animales y lanzó al hombre a un precipitado vuelo a velocidad no igualada en los 3.000 millones de años de existencia de la vida en la Tierra. Sin este descubrimiento, la evolución necesariamente hubiera seguido el ritmo de la adaptación biológica. Pero una vez que el hombre *descubrió el futuro*, el medio dejó de marcar el paso, que en adelante fue señalado por la capacidad humana para almacenar conocimientos y para hacer proyectos con ese material.

Se trata de un notable hallazgo porque implica que la evolución del hombre ha sido siempre impulsada por la cultura y que el componente motor fue la tecnología. Por supuesto, la cultura no puede ser trasmitida genéticamente; lo que los homínidos trasmitieron de generación en generación fue un mayor grado de destreza manual, y una mayor capacidad de planeación a largo plazo, que le permitió llegar a ser capaz de manipular símbolos al igual que artefactos. Damos por sentado que la elección de compañeros con estos mismos atributos y las elevadas tasas de reproducción y supervivencia de los que poseían estas cualidades, dieron origen a una forma única de selección natural, a saber, una autoselección con estos útiles atributos culturales. (Sigue operando el mismo principio de selección: hasta la fecha, la correlación de los coeficientes intelectuales de marido y mujer es mayor que entre padres e hijos.)

Así pues, la evolución humana debe su aceleración al don de la tecnología mediante el cual hemos conformado el medio ambiente; nunca nos hemos ajustado perfectamente a ningún nicho ecológico, sino que, por el contrario, hemos labrado nuestros propios nichos con nuestras manos y nuestro cerebro. Pero aun esta metáfora resulta bastante formal. Lo que ha ocurrido es que hemos explotado un accidente genético que nos ha capacitado gradualmente para almacenar y organizar experiencia de tal manera que podamos beneficiarnos de casi cualquier medio ambiente terrestre.

Elevada Cultura y Tecnología Avanzada

Por consiguiente, en esta enorme escala histórica, el luchar contra la tecnología equivale a luchar contra la naturaleza del hombre, es decir, a combatir su marcha ascendente, su imaginación simbólica, su facultad de hablar o bien a combatir su especial actitud y apetito sexual. Por supuesto que no hay razón para que los que así lo decidan, dejen de considerar indeseable la tecnología. Ahora que la tecnología ha contribuido indirectamente a dotarlos con un cere-

bro dos o tres veces más grande que el de los chimpancés, son libres de emplearlo para preferir la existencia, y aun el cerebro del chimpancé. Lo que no pueden hacer es sostener que su objetivo consiste en volver a la naturaleza, entendiéndose por esto que desean volver a la naturaleza del hombre. Porque la naturaleza del hombre se expresa con los mismos elementos universales en todas las culturas, que van desde la prohibición del incesto hasta el dominio de la lengua; y uno de estos elementos universales es la tecnología.

Por el mismo motivo es una flagrante negación de la historia el asegurar que las culturas en las que ha florecido la tecnología han sofocado el desarrollo de las expresiones más personales y sensibles de la naturaleza humana. Por el contrario, las obras de alta cultura que admiramos provienen de las sociedades tecnológicamente más avanzadas de su época, por ejemplo, de la Grecia clásica, de la civilización árabe, de las ciudades-estado de Italia y de la Inglaterra de los tiempos isabelinos y de la Restauración. Esto mismo puede ser aplicado a nuestras grandes religiones: Buda, Confucio, Cristo y Mahoma, no fueron profetas en el desierto de los pueblos atrasados, sino que surgieron en el seno de conglomerados tecnológica e intelectualmente avanzados.

¿Contra qué está la Anticultura?

En la actualidad se habla mucho de la anticultura pero, según se ve, lo que se está combatiendo es únicamente la tecnología como cultura social. Esto, por ejemplo, es lo que dice el texto del libro de Theodore Roszak, *The Making of a Counter Culture* (La Creación de una Anticultura): la tecnología no tiene alma, eliminémosla y dejemos que nuestra alma se manifieste libremente. Pero lo más importante es lo que no dice. En las páginas del libro no se mencionan en ningún momento los grandes conceptos de la ciencia, las proezas del intelecto racional ni la imaginación creadora de este siglo en el que el panorama del mundo es sin duda más floreciente y armonioso que cualquier sensación producida por las drogas. Esto era de esperarse; la anticultura está en contra de la ciencia. Lo que no se esperaba era el pesado silencio que se ha producido sobre la música, la pintura y la literatura como expresiones perdurables y vívidas de todo aquello que ha formado nuestra cultura y que la ha hecho valiosa. Hay una animadversión apenas velada hacia todo, salvo la experiencia individual. La anticultura es por tanto algo que está también en contra de nuestra grandiosa tradición cultural.

La aseveración (de parte de los que hablan de la anticultura) de que la tecnología deforma la naturaleza humana, no sólo es falsa, tanto desde el punto de vista biológico, como histórico. En realidad, es un peligroso renacimiento modernizado de los prejuicios anti-in-

telectuales, irracionales y antiliberales que han sido endémicos en la mayoría de las sociedades avanzadas. En el pasado este oscurantismo casero ha sido una doctrina defensiva para lo viejo, pero en la actualidad está propagándose entre los jóvenes como una respetable justificación de la ignorancia sin esfuerzos personales. Pero este rejuvenecimiento del movimiento en contra del intelectualismo y la ciencia, sencillamente repite la tradicional insolencia de aquellos que siempre han sostenido que la ignorancia puede sustituir al conocimiento.

Un Falso Naturalismo

Solapadamente, se está inculcando a los jóvenes una colección de viejos prejuicios, con el disfraz de un evangelio de la naturaleza que rechaza la adición de fluoruro al agua potable (a pesar de haberse demostrado que es absolutamente inocua, y que además reduce la incidencia de las caries dentales) o el uso de abonos químicos (como si el uso anterior del estiércol no fuera un recurso tecnológico, sino mágico).

El peligro de este falso naturalismo, de esta visión antirracional del hombre reside en que conduce a los jóvenes fuera del enfoque de los verdaderos infortunios de la sociedad, encaminándolos a metas menores. Por ejemplo, es maravilloso observar cómo todos los sectores se han unido felizmente para protestar en contra de los daños producidos por el smog y las películas de petróleo: ¿por qué no? Ciertamente, estos elementos son perjudiciales para la vida y, ¿quién va a acusar a algún político si no pone cuanto está en su mano, para rectificar la impresión de que son más perjudiciales estos elementos que la acumulación competitiva de armas nucleares? Así pues, el manido cliché de la *contaminación* se ha convertido en el símbolo del abuso universal que ocultará todas las diferencias; y todos estamos acordes en preservar inmaculado el *medio ambiente.*

Del Privilegio al Derecho Universal

¿Por qué la contaminación se ha vuelto visible y amenazadora en la actualidad y no lo era hace 40 años? Ciertamente, no se debe a que la tecnología sea ahora menos eficiente para controlar sus propios efectos marginales: antes al contrario. Si hay smog en Los Angeles, Londres y Tokio, y si es correcto considerar esta situación como una angustia universal, se debe a que en la actualidad consideramos natural aceptar que un hombre tiene tanto derecho a ser propietario de un vehículo como cualquier otro. La contaminación no es el costo de la tecnología, ni siquiera el abuso de la misma: es

el resultado de un giro en la tecnología, que dejó de ser privilegio de unos cuantos para convertirse en derecho de todos.

Lo que hemos logrado, y debemos sentirnos orgullosos al admitirlo, es hacer que los beneficios de la tecnología (en el sentido de elevar el nivel de la salubridad, las comodidades, la intimidad y la información), sean derechos humanos como lo son la vida y la libertad. En el lapso de 100 años hemos transformado el trabajo y el nivel de vida de las clases media y trabajadora, al grado de que hoy se considera natural lo que solía ser un lujo de las privilegiadas clases altas: agua corriente y caliente, servicios sanitarios interiores, con agua corriente, asistencia médica y medicinas, energía eléctrica y gas combustible, transporte a la puerta de la casa, lectura, escritura de cartas, conversaciones telefónicas y todas las normas de la vida cotidiana que quienes en determinadas épocas nacieron dentro de la clase trabajadora podían obtener únicamente mediante luchas interminables. Naturalmente, la proliferación del aparato que hace posible todas estas cosas, las cañerías maestras y los albañales, los edificios de apartamientos, las carreteras y los cables telefónicos, los alimentos enlatados y las envolturas para regalos, durante una época dieron origen a que el paisaje se volviera disparatado. Pero esa deformación no es el precio de la tecnología, es el precio de la revolución en cualquier lugar, en cualquier época.

Con el paso del privilegio al uso cotidiano, la tecnología se convirtió en una demanda moral antes que material, que es la expresión visible del impulso para alcanzar la justicia social, del mismo modo que ahora reconocemos que *El Capital* es una obra impregnada de indignación moral antes que material. Lo que era del todo evidente para Marx, es decir, que la base de todo valor es el trabajo, es exactamente lo que no era evidente para sus precursores, quienes, por el contrario, consideraban que los valores esenciales eran la tierra y el ocio. Y el cambio acaeció como tal en el terreno de la estimación del hombre por su prójimo, tal como podemos observarlo, por ejemplo, en la cruenta lucha que se escenificó en los Estados Unidos a favor de la abolición de la esclavitud casi al mismo tiempo que Marx escribía sus obras. Era una división ética fundamental: igualdad o privilegios. Ahora la idea de que todos los hombres tienen derecho a las mismas normas se ha propagado hasta el nivel de vida, lo que quiere decir (en todas partes del mundo) que deben utilizarse nuevas técnicas para arrebatar una modesta subsistencia a la avara naturaleza. Así pues, la tecnología ya no es una prerrogativa de la posición social.

Todas las civilizaciones han sido cimentadas en la tecnología: lo que da su carácter único a la nuestra es que por primera vez en la historia creemos que todos los hombres tienen derecho a todos sus beneficios. Y esto no es simplemente una cuestión de necesidades

materiales, es una profunda fuerza moral, así como lo fue la Reforma europea hace más de 400 años. La analogía es exacta porque la Reforma fue un movimiento popular de protesta para arrancar la interpretación de las Escrituras (y de sus lecciones sociales) de las manos de grupos privilegiados y dejarla a la conciencia de todos los hombres por igual. La misma demanda de una participación equitativa de todos los bienes humanos y de un acceso equitativo a la naturaleza y al conocimiento le imprime su cualidad especial a la civilización técnica que estamos tratando de formar. La Reforma que la gente está pidiendo en la actualidad, y que se presenta bajo una multitud de nombres, es una búsqueda fundamental de la moral práctica de la igualdad.

La Igualdad: Una Moral Práctica

Con mucho cuidado he construido la siguiente frase: *una moral práctica de la igualdad:* tanto la palabra *práctica* como la palabra *moral* son esenciales, y cada una tiene idéntico valor. No es posible crear la igualdad únicamente por medio de dispositivos prácticos, sea mediante beneficios o mediante escrutinios; es necesario vigorizarlos con una moral que haga de la igualdad algo innato a la dignidad del hombre. Y sin embargo, los dispositivos prácticos no deben ser menospreciados, ya que son las condiciones para lograr la igualdad, y nuestro siglo las ofrece por primera vez en la historia. Los siglos pasados han demostrado que sin ellos la moral de la igualdad es una loable aspiración, pero que en la práctica es una farsa.

A partir de Platón, los pensadores se han dedicado a la búsqueda de esta moral práctica, escribiendo sobre comunidades ideales como, por ejemplo, la *Utopía* del notable reformista Tomás Moro. Históricamente los intelectuales se han dedicado a las cosas del otro mundo; se han declarado precursores y líderes de las civilizaciones; el poeta Shelley los llamó "los legisladores no reconocidos del mundo" porque sus enseñanzas estaban encaminadas a lograr que los beneficios de la buena vida fueran una realidad en la sociedad. Debemos resaltar la palabra *legisladores.* Tal como Shelley la empleó hace 150 años, intentaba combinar al hombre práctico con el utópico, y precisamente en este puente es en el que los estados modernos están en peligro de partirse en dos.

El punto en que los estados modernos se están desgajando es en el eje donde se unen las palabras *práctica* y *moral.* Es allí donde las aspiraciones para lograr la igualdad se tensan y comban bajo el peso de millones de seres aglomerados que forman las naciones en la actualidad. Por una parte, los gobiernos, los legisladores y los hombres de empresa están abrumados por la imprescindible necesidad cotidiana de ser prácticos, que convierte cada interrogante en un

ultimátum, cada acontecimiento en una crisis y cada política en una ristra de improvisaciones. Y en el otro lado del eje muchos intelectuales que aprecian su integridad han perdido la esperanza de ser prácticos, y junto con ella, la intención de ser los líderes de la humanidad. Lo anterior es tan válido en Washington, Moscú, Nueva Delhi y Pekín como en Jordania y en Jerusalén, sea cual fuere el sistema político y económico imperante. El peso del número de los que ahora presionan para obtener la igualdad es la fuerza universal que ha hecho que los gobiernos se alejen de sus obligaciones morales y los intelectuales de sus obligaciones prácticas.

Sin embargo, el público que lee los periódicos, recibe las noticias por televisión y emite su voto, no se ha retirado; por el contrario, a través de todo este abigarrado siglo, la mente del público se ha vuelto más aguda, más exigente, menos receptiva a la antigua retórica y a los dogmas. Aunque los profetas de la oscuridad vociferan cada vez que se extienden los medios de comunicación o las franquicias, en todo el mundo la gente los desafía al adquirir cada vez más información, al volverse más inquisitiva y ver con más sentido crítico el abismo que separa las palabras que escuchan de la realidad que observan. Naturalmente, como resultado de esta situación, los medios crueles y la retórica hipnótica del engaño también se han perfeccionado en este siglo, pero esta es la reacción (o Contrarreforma) a que deberá enfrentarse toda Reforma.

La Integridad de la Ciencia

Durante los pasados 100 años, las ciencias biológicas y las ciencias físicas han realizado un milagro tras otro en el terreno práctico, al ampliar las expectativas de vida, al dominar las enfermedades (incluso cierto tipo de enfermedades mentales), al comprender los procesos del nacimiento y el envejecimiento, al permitir que nos traslademos a cualquier punto del planeta, al poner a nuestra disposición el mundo de la imaginación y, sobre todo, al revelarnos (a *aquellos* que estemos interesados en aprender) que la naturaleza tiene una hermosa estructura, tanto en su simplicidad como en su sutileza. Todo esto ha sido logrado por la ciencia de la manera más práctica, sin haberse desviado nunca de la verdad literal. Desde luego, entre los científicos hay escrúpulos, al igual que entre otros grupos, sobre qué tipo de trabajo deben elegir, pero no hay duda alguna sobre cómo debe hacerse el trabajo que han elegido, presentado y debatido con absoluta integridad.

Los hombres que propugnan por convertirse en profesionales en el arte de influir en la opinión pública se han negado a aprender esta difícil lección. Si sus actividades las realizan en el campo de la política y el poder, adoptan una posición mental muy estrecha: el fin

justificará los medios, según esperan, antes de que el público rechazo los alcance. Y si están en el campo intelectual, en su mayor parte están convencidos de que la ciencia es sólo una serie de técnicas y resultados. Es frecuente que no estén satisfechos con lo que creen que serán los resultados y, por tanto, no están en contra del despliegue del movimiento en contra de la cultura, el cual implica un desprecio para la ciencia, que comparten en secreto. En lo que hace a los técnicos, la mayoría de los intelectuales los consideran todavía como un estuche de herramientas que contiene dispositivos ingeniosos pero esencialmente mecánicos, que por su propia naturaleza no pueden tener un contenido moral. No se les ocurre que la técnica básica en el campo de la ciencia no es otra cosa que decir la verdad literal; que la ciencia debe precisamente a eso su éxito constante.

El Valor de la Verdad

Como vivimos en una época en la que, como dije antes, muchos intelectuales han abandonado su propia historia y se han retirado a la anticultura del chamán, la mística y el médico brujo, al hacerlo, han abandonado también la responsabilidad histórica de los intelectuales, quienes deben ser guardianes *activos* de los valores y la conciencia de la sociedad. Ya sea que se trate de científicos o eruditos, críticos literarios o filósofos, los intelectuales no son los meros recipientes donde reposan los conocimientos tradicionales y los vehículos por cuyo medio se trasmiten esos conocimientos. Los intelectuales han desempeñado estas funciones porque *aprecian* los conocimientos, sea como la expresión de la verdad intelectual o como la expresión de la verdad emocional. Sin esta dedicación a la verdad como un fin universal, los intelectuales serían apenas un banco de memoria; con ella, pasan a ser los acicates y los líderes de la civilización. Por tanto, es de importancia decisiva que los científicos mantengan una posición firme cuando menos para conservar su parte de la responsabilidad moral de los intelectuales: en otras palabras, aquellos valores de los que depende la práctica de la ciencia y que enseña con su ejemplo.

El hecho es que la disciplina llamada ciencia no es neutral porque sólo puede plasmarse y fructificar obedeciendo a un estricto código moral. Los resultados son neutrales, en el sentido de que pueden destinarse a diferentes usos, pero los resultados no son la ciencia: la ciencia es la actividad que hace posible los resultados y que los hace *válidos*. El núcleo de la ética científica es el valor de la verdad y he intentado demostrar en mis libros (sobre todo en *La Ciencia y los Valores Humanos)* que muchos otros valores se derivan de ella: independencia, originalidad, disentimiento, tolerancia, libertad, justicia, honor y respeto. "Si estos valores no existieran", afirmo en

mi libro, "entonces la sociedad científica habría tenido que inventarlos para hacer posible la práctica científica".

Medios y Fines

Estas cuestiones no son abstractas; antes al contrario, son los temas candentes con los cuales los hombres, en su búsqueda de la igualdad, confrontan en la actualidad la maquinaria del estado que pretende dominarlos. La más candente de todas ellas es indudablemente la *razón de estado*, la polémica de la conveniencia, es decir, la reclamación de los gobernantes de que sus fines políticos justifican el uso de cualquier medio para lograrlos. Como es natural, ese fue el dogma de Adolfo Hitler y de manera característica sigue siendo la doctrina de los estados totalitarios. Ahora vemos que la misma herejía infecta también a otros gobiernos.

Si a tal elevación de fines por encima de los medios se le permitiera dirigir el futuro, entonces se marcaría el principio del desastre. Pero no se han producido las guerras mundiales en este siglo y no se producirán debido a los conflictos entre naciones que nada tienen y entre las que todo tienen. Las guerras mundiales se efectuaron directamente y en cierto sentido deliberadamente por los grandes estados y en ese sentido constituyen una grave amenaza. Ahora los grandes estados se agrupan en sistemas políticos incompatibles. ¿Será posible que los hombres gobernados por esos sistemas lleguen a resignarse a aceptarlos como fines sagrados y propagarlos mediante cualquier medio, por inhumano que sea? He allí el peligro que nos pone frente a una serie de guerras religiosas tan cruentas y bárbaras como las que acontecieron en el siglo XVII.

Así pues, es saludable afirmar que la moral de la ciencia, al igual que cualquier moral humana digna, rechaza la atracción de los "fines superiores". La verdad y los otros valores no residen en el fin, sino en los medios. Nuestras acciones son juzgadas por la honestidad de todas sus partes. No es verdad que el fin justifique sus medios, sino por el contrario, necesitamos repetirlo una y otra vez, sólo los medios justifican el fin. El poeta William Blake escribió que

> Aquel que hiciere el bien a otro,
> deberá hacerlo en las más pequeñas cosas.
> El bien general es la excusa
> del canalla, el hipócrita y el adulador:
> Pues el arte y la ciencia no pueden
> existir sino en partículas minuciosamente organizadas.

La lección se aplica por igual a la ciencia y al arte y necesita ser practicada visiblemente por todos los guías del pensamiento, dotados de sentido de responsabilidad.

LA NECESIDAD DE TECNOLOGIAS ALTERNATIVAS

Por Robin Clarke

Día a día se hace más evidente que las tecnologías actuales plantean graves problemas de contaminación, de desechos y de agotamiento de los recursos naturales. La solución, afirma el Dr. Clarke, no consiste en abandonar la tecnología, sino en encontrar tecnologías alternativas que eviten los errores y peligros que ahora reconocemos. Cree que los países en vías de desarrollo tienen una necesidad tan grande de tales alternativas, como los países desarrollados. Su artículo es un resumen del aparecido en la revista de la organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura, *Impact of Science on Society*.

Clarke ha sido redactor de las revistas *Discovery* y *Science Journal;* recientemente ayudó a organizar una comunidad de investigación en Gales, llamada Investigación y Desarrollo Biotécnicos. Sus obras publicadas incluyen *The Great Experiment: Science and Technology in the Second United Nations Decade* (El Gran Experimento: La Ciencia y la Tecnología en la Segunda Década de las Naciones Unidas) y *The Science of War and Peace* (La Ciencia de la Guerra y la Paz).

Hace algunos años se publicó en *New York Review of Books* un artículo cuyo título era "La Tecnología: El Opio de los Intelectuales", y que fue muy comentado. Su autor argüía que los pueblos de las naciones industrializadas, se habían convertido en esclavos y adictos de la tecnología, la cual, al proporcionar comodidades materiales, ocultaba las deficiencias más profundas e importantes de tipo social, psicológico y político de las formas actuales de la sociedad. Esta concepción de la tecnología—aunque desde luego no es compartida por la mayoría en ninguna parte del mundo—ha adquirido mayor importancia, especialmente entre los jóvenes y en el mundo industrializado. Ha conducido al punto de vista de que quizá sea en el futuro una buena idea deshacerse de la tecnología y retornar a formas de vida en las que los problemas humanos y sociales vuelvan a ser de interés primordial.

Hasta cierto punto, creo que esta crítica de la tecnología está justificada. Parece estarlo, por completo, en aquellos casos en que se impone una tecnología mejorada para el pueblo con el fin de ocultar problemas más fundamentales como el de la falta de justicia social. Por tanto, el argumento de que la tecnología nueva fomentará el crecimiento económico de tal modo que el producto nacional bruto aumentará y todos participarán del auge económico, se emplea como excusa para no repartir por igual la prosperidad. A este nivel, la

©UNESCO 1973.

tecnología se puede, desde luego, usar como una droga que ofrece el nirvana, pero sólo a un costo social enorme y oculto.

Trataré aquí de un problema diferente pero relacionado con éste. El punto de vista que se acaba de delinear asume implícitamente que sólo hay una forma de tecnología y que esta forma es el tipo de tecnología existente que hoy se emplea mucho en los países desarrollados, y cada vez más en los que se encuentran en vías de desarrollo. El argumento que yo deseo proponer es que la falla principal está en la forma de la tecnología contemporánea, y no en la existencia de la tecnología en sí.

Respuestas al Problema de la Contaminación

En el mundo desarrollado, la tecnología contemporánea se considera casi universalmente como contaminadora. Aunque no es la crítica más grave de todas las que se le pueden aplicar, es desde luego la más frecuente. Y, por supuesto, es innegable.

Las fábricas descargan sustancias, a veces nocivas y siempre molestas, en los ríos, el mar y la atmósfera. En algunas partes del mundo, comer mariscos es peligroso debido a las altas concentraciones de residuos de metales pesados que contienen. Los dispositivos nucleares—militares y pacíficos—liberan cantidades indeseables y potencialmente dañinas de radiaciones, tanto en el agua como en el aire. La materia que forman las partículas del humo de las fábricas y de los escapes de los automóviles se acumula en la atmósfera y forma el *smog;* productos químicos peligrosos contaminan los alimentos; la descarga de calor excesivo de las fábricas y de las plantas termonucleares, calienta ríos y lagos a tal grado, que la eutroficación y la muerte subsiguiente de la vida acuática se convierten en problema usual.

Tampoco la tierra del campo es inmune. El suelo agrícola se trata como si fuera una especie de papel secante químico, cuya única función fuera la de proporcionar plantas comestibles con suficiente nitrógeno, fósforo y potasio. La estructura del suelo se deteriora mecánicamente y la ecología tan complicada de los organismos que en él se encuentran se altera en forma irreversible. De acuerdo con un cálculo, los Estados Unidos han perdido, desde los tiempos en que las praderas empezaron a ararse, una cuarta parte de la capa superior de suelo disponible.

La lista de los efectos contaminantes de la tecnología contemporánea se podría extender mucho más. Para este sumario, existen ya algunas respuestas generales. La primera se puede describir como la "del precio". La contaminación, dicen sus defensores, es el precio que pagamos por una tecnología avanzada, pero es de menor importancia que los beneficios palpables que nos produce esta tecnología.

La segunda respuesta, que es la que se escucha con más frecuencia en los círculos científicos y técnicos, es la "restauración". Sus defensores aceptan la gravedad del problema de la contaminación, o de una gran parte de él, y afirman que hay que emprender una acción seria y conjunta para restaurar el medio ambiente. Sin embargo, esta acción incluiría más tecnología—no menos—y el empleo inteligente de aparatos complicados para vigilar y después disminuir, en caso necesario, los niveles de contaminación.

Las dos siguientes proposiciones son más radicales. La primera de ellas—la de la "eliminación"—apoya la tesis de que el precio que pagamos por la tecnología avanzada es demasiado grande y que tenemos que aprender a vivir sin tecnología o por lo menos con mucha menos de la actual. Esta solución se limita casi exclusivamente a los paíse desarrollados y en forma notoria, no se escucha en los países en desarrollo, en los que hay en la práctica un mínimo de tecnología. Generalmente parece que un pueblo que se ve obligado a vivir sin tecnología, se siente decepcionado por carecer de ella al ver a otros que sí la poseen.

En cuarto lugar se encuentra la solución "alternativa". En esencia, ésta afirma que las formas de la tecnología en uso son intrínsecamente contaminantes, y que ningún esfuerzo tecnológico, por grande que sea, cambiará la situación. Sin embargo, esta solución insiste en que *no todas* las tecnologías son intrínsecamente contaminadoras y que se pueden y se deben diseñar nuevas formas para remediar una situación que decae. Así, en vez de quemar combustibles fósiles o nucleares con la contaminación inherente por partículas o por calor, deberíamos desarrollar tecnologías para el uso de la energía solar y del viento que son intrínsecamente puras. Hay que diferenciar con exactitud la solución "alternativa" de la "restauradora". Esta última no considera que *fundamentalmente* la tecnología actual esté mal. En cambio, la solución "alternativa" opina que sí es básicamente imperfecta y que los cambios tienen que ser radicales.

Cada una de estas opciones tiene defensores poderosos y la elección entre ellas se hace generalmente guiándose por razones de ética, y emocionales, en vez de recurrir a la lógica. En realidad, quizá resulte imposible calificar a una de más lógica que la otra, o siquiera de "mejor". En gran parte, es cuestión de gusto y de filosofía, y no está sometida a análisis científico, lo cual hace que la situación resulte complicada y difícil. Sin embargo, yo insistiría en que cada una de estas posiciones exige una consideración seria, sobre todo porque se han empleado para analizar no sólo el problema de la contaminación, sino también los efectos económicos y políticos de la tecnología contemporánea. A estas críticas me voy a referir a continuación.

Tal vez la más importante de estas críticas sea de tipo económico.

La forma de tecnología que se usa en los países desarrollados exige una gran inversión de capitales, en tal forma que tiende a ser prerrogativa de los países más ricos y de los grupos más poderosos de dichos países. El significado de esto se ilustra claramente en una sola estadística. En una economía de trabajo intensivo se necesita quizá el equivalente a seis meses de salario a fin de comprar el equipo necesario para proporcionar trabajo a un hombre. En una economía de capital intensivo y tecnología avanzada, la cifra equivalente es el salario de 350 meses (o 29 años). Por tanto, se puede ver fácilmente por qué ha resultado un proceso tan lento el desarrollo por medio de la tecnología occidental.

La Economía de la Tecnología

Por muy grandes que sean las cifras destinadas a la ayuda internacional de los países ricos a los pobres, proporcionar empleo en el mundo en desarrollo por medio de la tecnología avanzada resulta un proceso muy caro. Al mismo tiempo, esa tecnología no se ha elaborado para fomentar la ocupación; por el contrario, a menudo está calculada para eliminar mano de obra y sustituirla por procesos automáticos. Se ha dicho, y con cierta justificación, que nuestras tecnologías tienen por objeto eliminar la necesidad de individuos y llevar al máximo la necesidad de capital. Debe aclararse que no es en sí una crítica política, porque el problema económico no es menos doloroso en los países que no son capitalistas. Es, sencillamente, que los tipos de tecnología que usamos hacen gran hincapié en la economía de las operaciones en gran escala, y a menudo están mal adaptadas a situaciones locales, descentralizadas. En este sentido, la tecnología contemporánea es quizá la menos adecuada de todas las imaginables para acelerar el desarrollo.

El Uso y el Abuso de los Recursos Naturales

Una segunda crítica se refiere a la distribución injusta de los recursos. La respuesta política radical a esta situación, es que si los recursos estuvieran igualmente divididos entre los países y en el interior de cada uno, las formas actuales de tecnología serían igualmente accesibles a todos. Pero el hecho es que ni los recursos sociales ni los naturales están distribuidos equitativamente; e incluso si la legislación internacional logra algún día la tarea hercúlea de mejorar la accesibilidad a los recursos, no afectará la distribución de los recursos naturales en el territorio de las naciones.

La tercera crítica social que se hace con mayor frecuencia a la tecnología contemporánea se refiere al agotamiento de los recursos naturales. Esencialmente, nuestra tecnología es de explotación: se

arrebatan a la Tierra recursos minerales que han tardado miles de millones de años en acumularse, y se gastan en unos cuantos siglos. Los argumentos sobre cuánto durarán nuestros recursos si se siguen consumiendo a ese ritmo, los conoce todo el mundo. Pero es evidente que tenemos una tecnología que gasta ciertos recursos naturales (como metales y combustibles fósiles) más rápidamente de lo que son creados por procesos naturales. Por esta razón, llegará una época en que la escasez constituirá un problema grave.

La cuarta crítica a la tecnología actual es que se presta al mal uso generalizado. Por ejemplo, resulta difícil distinguir la tecnología de la energía nuclear, de la de las armas nucleares; los últimos adelantos médicos se pueden aplicar a centros de desarrollo de armas biológicas, antes de utilizarse en los hospitales; y con demasiada frecuencia, el ritmo y el tipo de los adelantos técnicos están estrechamente ligados al afán de lucro.

La Tecnología y los Valores Sociales

Se pueden hacer muchas más críticas de la tecnología actual, pero son de naturaleza más bien social. En conjunto, quizá lo más importante sea el efecto destructor de nuestra forma de tecnología para las culturas locales del mundo en desarrollo. Incluidos en una tecnología, se pueden encontrar siempre los valores e ideales de la sociedad que la inventó. Por tanto, cuando usamos la tecnología contemporánea en los programas de desarrollo, exportamos un sistema completo de valores que incluye una determinada actitud hacia la naturaleza, la sociedad, el trabajo y la eficiencia. Todavía ninguna sociedad local en desarrollo ha sido capaz de soportar los efectos de esta embestida, con el resultado de que siempre cambia para enfrentarse a las demandas incesantes de la nueva tecnología. El final de este proceso es una uniformidad universal de culturas, todas perfectamente adaptadas a la elevada tecnología, pero iguales en todas partes.

En forma semejante, la tecnología moderna es muy complicada y requiere una *élite* especialista, adiestrada para hacerla funcionar. Como resultado, se priva a los hombres y mujeres comunes de la habilidad que poseían antes para controlar su propio ambiente. Además, la tecnología de hoy está basada principalmente en las virtudes de servicios altamente centralizados. Es cierto que la centralización tiene muchas ventajas, pero no hay que pasar por alto los inconvenientes que acarrea. La innovación técnica se vuelve muy cara; la gente depende por completo del sistema existente; el sistema en sí, por medio de la centralización, se vuelve muy susceptible tanto a los accidentes técnicos como a las actividades de los saboteadores. Estos últimos sólo tienen que suprimir un eslabón débil de la cadena

para producir el caos en muchos sistemas entrelazados, que abarcan miles de kilómetros cuadrados. La centralización también impide el uso de las fuentes de energía difusa como la solar y la del viento que, por su naturaleza, son extremadamente difíciles de centralizar.

Voy a criticar dos puntos más de la tecnología contemporánea. El primero es que los conocimientos tecnológicos actuales se han apartado completamente del resto del conocimiento. Quiero decir que el conocimiento técnico no se desarrolla en forma natural, como tecnologías locales, sino que forma un cuerpo definido de ciencia, casi sin ninguna relación con el que le precedía. Por esta razón, la artesanía—que, por supuesto, incluye su propia tecnología—ha sido minada por las demandas de la tecnología nueva. La cuestión que se nos enfrenta casi cada día es si un producto puede todavía ser hecho con habilidad por artesanos, en cantidades limitadas o si dicho producto debe ser hecho en serie de acuerdo con la última técnica, por alguien que sólo necesite un rápido curso de adiestramiento. Esta desventaja de la tecnología moderna debe ser considerada responsable de la enajenación tan extendida en los trabajadores de la sociedad industrial, que quedan así reducidos a engranes de una máquina de manipulaciones repetitivas y carentes de significado, como forma de ganarse la vida.

Para resumir, las críticas principales a la moderna tecnología son: alto grado de contaminación; elevado costo de capital; uso excesivo de los recursos naturales; posibilidades de darle mal uso; incompatibilidad con las culturas locales; sujeción a un grupo selecto de especialistas técnicos; tendencia a centralizar; divorcio de las formas tradicionales del conocimiento, y, por último, efecto enajenador en los trabajadores.

Tecnología Alternativa en Oposición a la Tecnología Primitiva

Una tecnología alternativa que tome seriamente estas críticas no tratará de echar por la borda los conocimientos científicos adquiridos durante los últimos tres siglos, sino de emplearlos en una forma nueva. La calefacción, según el contexto primitivo, se lograba con un fuego de leña abierto. En el contexto alternativo, todavía se puede hacer quemando leña—si el uso total de madera es menor a la tasa de crecimiento normal de los árboles de la zona afectada—pero en una estufa bien diseñada que dé rendimiento calorífico óptimo con relación al consumo de combustible. O también se podría hacer un sistema barato de calefacción solar, un molino de viento pequeño para generar electricidad o, sencillamente, un aislamiento térmico de primera clase. Esta diferencia entre la tecnología primitiva y la alternativa es importante, porque ha conducido en el pasado a acusaciones de que es retrógrada, esencialmente primitiva y que ignora

la utilidad de los conocimientos científicos modernos. No es cierto. Los argumentos más apremiantes para una tecnología alternativa, probablemente se puedan hacer en el campo de la energía. En el mundo desarrollado hay mucha controversia sobre el futuro de la provisión de energía. Al irse agotando nuestros combustibles fósiles, hay una lucha desesperada para lograr que la energía nuclear pueda competir en precio y seguridad. Ninguna de ambas cosas es fácil. Los reactores nucleares autorregenerables se consideran comúnmente una solución clara a este problema, aunque las dificultades técnicas que plantean están muy lejos de solucionarse.

Existe el peligro adicional de que como dichos reactores producen plutonio, si se instalan por toda la superficie de la tierra, la posibilidad de que caigan en "malas manos" es muy real. El plutonio no sólo es una sustancia muy tóxica en sí, sino que puede utilizarse para hacer bombas atómicas. Los cálculos hipotéticos sobre el número de armas nucleares que se pueden hacer (sin necesidad de la adición de material procedente de los reactores de uranio) a partir del plutonio que se acumulará en la tierra en las próximas dos décadas, procedente de la fisión nuclear, son realmente alarmantes. Hay que añadir a lo anterior la dificultad que ofrece el deshacerse de los materiales radiactivos que son productos secundarios de la reacción por fisión (cuestión sin solucionar todavía, aunque la era nuclear tiene ya más de 20 años) y los problemas adicionales de evitar el sabotaje y los accidentes en las plantas de energía nuclear, y se verá claramente que el camino que seguimos está preñado de peligros. La perspectiva de que todos estos problemas se resolverán por medio del desarrollo de reactores seguros, controlados, de fusión nuclear, está demasiado lejano para considerarse realista.

El Defecto de la Contaminación Térmica

Además, todas estas técnicas adolecen de una misma falla fundamental. Como consumen energía almacenada, producen grandes cantidades de contaminación térmica. Existe un gran peligro de que si seguimos utilizando estos recursos y nuestra demanda de energía sube en los próximos 100 años tan rápidamente como en los últimos 100, llegaremos a calentar la tierra hasta el punto de que pueden sobrevenir cambios perceptibles e indeseados a largo plazo.

¿Hay alguna alternativa? La receta de la tecnología alternativa para resolver los problemas de la energía mundial, es más o menos la siguiente: Primero, los países desarrollados deben reconocer que existe un tope para la cantidad de energía que pueden usar y deben preocuparse más de ahorrar energía que de abastecerla. Segundo, hay que hacer un esfuerzo intensivo para usar todas las fuentes de energía que proporciona la Tierra constantemente. Entre éstas se

encuentran los programas hidroeléctricos, la energía geotérmica, la de la marea, la energía solar y del viento y la de la leña como combustible. Las primeras tres están limitadas a determinadas regiones, lo cual no es razón para que no se empleen al máximo. Las energías solar y del viento se encuentran más universalmente, y si se suman a la energía que se puede obtener quemando leña, constituyen un patrón de distribución interesante en la superficie de la tierra. Casi en cualquier lugar habitable, la energía es o podría ser aprovechable utilizando el sol, el viento o la leña. En los lugares donde hay poco sol, a menudo abundan la leña y el viento. Y donde escasean la leña y el viento, suele haber sol abundante.

En el mundo desarrollado, estas fuentes se han descuidado mucho porque ninguna de ellas puede cubrir por sí misma todas las necesidades de energía. En las latitudes septentrionales, por ejemplo, es difícil o imposible calentar suficientemente una casa con energía solar. Pero, como han demostrado recientemente los experimentos, se pueden diseñar las casas del norte de Francia para obtener dos terceras partes de la calefacción con una instalación muy sencilla y barata conocida como pared solar. Si la restante se puede abastecer con algo de energía del viento y quemando leña, se soluciona esencialmente el problema a nivel doméstico. Existe una probabilidad muy real de que si aceptáramos soluciones múltiples a nuestros problemas de energía, podríamos resolverlos por medio de lo que se han llamado medios biotécnicos, es decir, utilizar las fuentes de energía aproximadamente en la misma proporción que se generan naturalmente en la tierra, sin crear así ningún problema de contaminación térmica.

Eliminación de las Aguas de Albañal

La eliminación de las aguas de albañal es otro campo en el que la necesidad de alternativas es inminente. Los problemas de los sistemas actuales son clásicos: se necesitan instalaciones caras para aguas negras, además de grandes volúmenes de agua limpia, que ya escasea, para arrastrar los desechos a unidades de tratamiento que después descargan en ríos y mares ese líquido cargado de materias, ocasionando graves problemas de contaminación. Como el drenaje contiene importantes cantidades de materia orgánica la tierra, por consiguiente, siempre se encuentra algo deficiente de ella, en especial cuando los excrementos animales no se devuelven al suelo. (En las modernas industrias agrícolas intensivas, cada vez constituye un problema mayor hacerlo.) Por tanto, la eliminación de las aguas de albañal ocasiona grandes gastos, desperdicio de agua dulce, empobrecimiento agrícola y contaminación grave.

En cualquier programa racional, podríamos encontrar forma de

devolver nuestras aguas negras a la tierra, a la que pertenecen. Para reducir gastos, esto se haría no con un plan centralizado, sino a nivel de la familia o de la comunidad. Además así utilizaríamos nuestro valioso abastecimiento de agua purificada para tareas y objetivos más adecuados. De hecho, todo esto resulta técnicamente fácil de lograr. En los países escandinavos hay un dispositivo en el mercado que hace estiércol de las aguas negras de la familia y las convierte, aproximadamente en un año, en una pequeña cantidad de fertilizante extremadamente rico en compuestos químicos, pero estéril e inodoro, para aplicar directamente al jardín. El aparato no emplea agua y puede digerir los desperdicios de la cocina. Es difícil comprender por qué esta solución no se adopta más frecuentemente en el mundo desarrollado.

Además, es casi trágico ver a los países en desarrollo invertir enormes cantidades de divisas obtenidas con dificultad en planes caros, para disponer del drenaje, cuando existe a mano esta solución más eficaz. La ironía de la situación es mayor cuando se comprueba que en algunos de los países en desarrollo más secos, nunca habrá suficiente agua disponible para proporcionar a todos un programa de eliminación de las aguas de albañal según el patrón occidental. En la sociedad actual, el alcantarillado se ha convertido en un problema. Debería ser y podría volver a ser lo que era: una solución.

¿Hasta qué punto resultan comparablemente mejores estos dos ejemplos de alternativas en cuanto a la energía y a las aguas de albañal que las tecnologías existentes? Claramente, resultan mejores en lo que se refiere a la contaminación, a la inversión de capital y al consumo de los recursos naturales. Del mismo modo, son técnicas esencialmente descentralizadas y sus principios los entendería y controlaría cualquiera. Además, en parte porque están descentralizados, sería difícil hacer mal uso de ellos; en realidad, un principio general para evitar este "mal uso" en cualquier técnica es que, por lo común, los sistemas diseñados para funcionar óptimamente en pequeña o mediana escala no sirven para utilizarlos con fines malos, ya que para ello se requiere su ascenso a escala ulterior. Para expresarlo de otro modo, no resulta fácil imaginar una bomba solar o un cohete movido por el viento.

No contamos con espacio suficiente para detallar todas las demás alternativas posibles de la tecnología moderna. En la actualidad, una gran parte del interés en el campo de la construcción se enfoca en la tarea de lograr diseños nuevos y satisfactorios de viviendas hechas de materiales locales baratos, con gran aislamiento y casi completamente independientes de los servicios externos. Se han diseñado casas que producen la energía necesaria para su consumo, que procesan sus propios desechos y que captan y purifican el agua. Estos diseños generalmente llenan todos los requisitos importan-

tes, aunque sus puntos débiles siguen siendo su gran complicación y su elevado costo, por lo que están lejos de constituir ejemplos perfectos de tecnología alternativa. Pero se han logrado verdaderos progresos.

Adelantos en la Producción de Alimentos

En la producción de alimentos se están haciendo adelantos similares. Por ejemplo, en los Estados Unidos, un sistema en pequeña escala produce proteínas de pescado de alta calidad con un rendimiento equivalente enorme, en relación con la superficie usada, sin depender de más fuentes externas que el sol y el excremento humano. La corriente fértil de una fosa séptica doméstica se hace llegar a un pequeño estanque en el que hay una estructura a base de madera y vidrio para captar la energía solar. En el estanque se cultivan larvas de insectos en grandes cantidades, que se nutren de los abundantes compuestos del estanque y se desarrollan muy bien en condiciones de calor y humedad. Una vez a la semana, estas larvas se sacan y se alimenta con ellas a peces *Tilapia* en otro estanque pequeño cubierto por una cúpula geodésica de plástico que actúa como invernadero, calentando el agua del estanque hasta 25 o 30 grados centígrados, en la que se desarrollan muy bien los *Tilapia*. En un solo verano, el pez crece hasta un tamaño comestible y después el agua se usa para fertilizar la huerta. Este sistema tan ingenioso y cerrado tiene muchos puntos recomendables; sin duda hay muchas variantes posibles que se pueden aplicar en diferentes partes del mundo.

En forma semejante, se están haciendo muchas investigaciones sobre la difícil cuestión de proteger las cosechas domésticas contra los depredadores. En la tecnología alternativa, habrá que encontrar una solución diferente a la de rociarlas con sustancias contaminantes, peligrosas y caras. Hay varios enfoques posibles. Existen pruebas de que la producción de especies vegetales alimenticias diversas da una mejor protección que la de una sola especie.

Las técnicas alternativas como ésta deberán ser complementadas con el control biológico de plagas y los programas sistemáticos de asociaciones de plantas en los que el efecto beneficioso que una especie tenga para las otras se pueda explotar al máximo. Hay sustancias baratas y biodegradables que también pueden resultar aceptables. La nicotina y el ajo han dado buen resultado como insecticidas contra un gran número de plagas. La tecnología alternativa tendrá que encontrar medios biológicos y ecológicos sanos para mantener los estados alterados de la naturaleza que implica la agricultura, con objeto de sustituir la tecnología que abusa de pulverizaciones y que nuestro torpe enfoque ha considerado apropiadas.

La Tecnología Alternativa y los Países en Desarrollo

En los últimos tres o cuatro años, la idea de la tecnología alternativa ha florecido en el mundo desarrollado, especialmente en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Suecia y Francia. Pero quienes propugnan tecnologías alternativas de trabajo intensivo en los países en desarrollo se colocan en una posición arriesgada. Las naciones sin una verdadera base tecnológica tienden a considerar las alternativas como opciones secundarias. Después de todo (afirman) ¿por qué han de adoptar formas de tecnología que los mismos países desarrollados no usan normalmente? Los tecnólogos intermedios se han convertido a los ojos de muchos, en "nuevos imperialistas" que tratan de decir al mundo en desarrollo lo que conviene.

Sin embargo, la situación es mucho más complicada. Por un lado hay un enorme interés en el mundo en vías de desarrollo en lo que normalmente se considera tecnología de pueblo o tecnología en pequeña escala, que puede funcionar en el ámbito del poblado y usarse para mejorar las condiciones materiales en escala local. En la India, en particular, hay una fuerte tendencia en este sentido; pero también en otros países se encuentran indicios de que les parece valiosa la idea. Y si hablamos del pueblo, que realmente se enfrenta a los problemas del desarrollo en el Tercer Mundo, quizá a menudo esté más interesado en hacer una bomba hidráulica sencilla, con materiales locales, que en los programas de largo alcance de su gobierno, un programa de energía nuclear o una Revolución Verde, que generalmente sólo ayuda a los granjeros más ricos, dueños de extensas propiedades.

Es cierto que las tecnologías alternativas también tienen sus limitaciones. No funcionan por igual en todas las condiciones. Pero el punto importante es que al establecer una serie de objetivos humanos que la tecnología deberá cumplir, se la hace surgir del vacío moral en que ha existido por tanto tiempo. Así puede, de nuevo, volver a ser una actividad moral, aunque como todas las actividades humanas, quizá nunca llegue a ser moralmente perfecta en uno u otro aspecto.

COMO RETRASAR EL RELOJ DE LA EDAD

Por Rona y Laurence Cherry

Uno de los intereses más grandes y permanentes del hombre ha sido el de encontrar una "fuente de la juventud" que con sus poderes mágicos retrase o detenga el proceso del envejecimiento. De acuerdo con los autores de este artículo, las investigaciones científicas más recientes no pueden ofrecernos la tan deseada fuente de la juventud, pero sí un conocimiento más cabal de la biología y la psicología del envejecimiento, lo cual a su vez significa la posibilidad de eliminar algunos de los síntomas que se presentan a medida que pasan los años.

Rona Cherry es subdirectora de la revista *Newsweek*, en la que escribe artículos científicos. En esta ocasión tiene como colaborador a su hermano, Laurence Cherry, escritor independiente. El artículo cuyo resumen presentamos a continuación apareció originalmente en *The New York Times Magazine*.

En casi todo el mundo es posible encontrar individuos que han vivido más de 100 años. Como es natural, casi todos ellos están debilitados y su salud es bastante precaria. Sin embargo, algunos se conservan vigorosos y lúcidos aunque la mayoría de sus contemporáneos hace mucho tiempo que murieron. Estas personas constituyen un interesante enigma para la ciencia: ¿Cómo es posible que este pequeño grupo de centenarios haya logrado sobrevivir durante mucho más tiempo que la mayoría de la gente?

En la actualidad estamos a punto de comprender el proceso del envejecimiento, por tanto, podemos tener la esperanza de que en el futuro lograremos detener el tiempo cuando menos unos cuantos decenios más de lo que ha sido posible en la actualidad. Los científicos han logrado prolongar el vigor juvenil y la vida de algunos animales en el laboratorio. Además, otro tipo de descubrimientos ha permitido controlar cuando menos algunos de los angustiosos síntomas de la vejez en los seres humanos.

La razón de esta situación se debe en parte al interés que impera en la actualidad en los Estados Unidos en relación con la gerontología (que estudia el proceso del envejecimiento) y con la geriatría (que se ocupa de las enfermedades propias de la senectud), concentrándose en ese fenómeno bautizado por un sociólogo con el nombre de "la verdadera y pasmosa revolución de la población de los E.U.A." Mien-

© 1974 por The New York Yimes, Co. Reproducido con autorización.

tras que en 1900 solamente el cuatro por ciento de la población tenía más de 65 años, la proporción se ha elevado a un 10 por ciento en la actualidad, lo que equivale a 21 millones de personas. Las enfermedades como la difteria o la tuberculosis que en una época fueron la causa de la muerte de mucha gente a edad temprana, han llegado a controlarse paulatinamente y cada vez un mayor número de personas sobrevive hasta los 60 y 70 años. Para el año 2005, cuando la prolífica generación de la posguerra alcance la edad de la jubilación, según la opinión de algunos peritos, casi el 25 por ciento de la población tendrá 65 años o más. La ancianidad ha llegado a convertirse en una de las preocupaciones médicas más graves de los E.U.A., simplemente desde el punto de vista demográfico.

Al parecer, en todas las especies la duración máxima de la vida es fija. Por ejemplo, la mosca efímera vive únicamente un día; la rana, aproximadamente seis años, y el perro, unos 15. Para los seres humanos el límite extremo de la vida está situado un poco después de los 100 años. El hecho de que las diferentes especies tengan un período de vida aparentemente fijo constituye para la mayoría de los hombres de ciencia una indicación de que existe un reloj biológico que trabaja sin descanso, desde que nacemos hasta que morimos. La mayoría de los seres humanos empezamos a hablar y a caminar a edades relativamente constantes, pasamos también por la pubertad más o menos por la misma época, entre los 13 y los 15 años, y en las mujeres la menopausia se presenta casi siempre entre los 40 y los 50 años. De manera semejante, los diferentes sistemas de nuestro organismo generalmente envejecen siguiendo una secuencia ordenada. A partir de los 20 años, la producción hormonal empieza a disminuir; de los 30 en adelante los pulmones reciben una cantidad siempre menor del indispensable oxígeno, y la sangre que sale del corazón hacia los miles de canales que recorren el organismo comienza a viajar con más lentitud. Cuando la persona se acerca a los 50 años, quizá se percate de que su sistema urinario comienza a volverse deficiente y a darle problemas, debido a que en esa época, la función de los riñones empieza a declinar notablemente.

La Función de las Células

Hasta hace poco tiempo los científicos ignoraban qué era lo que activaba el reloj del envejecimiento. Ahora, las pruebas acumuladas en el laboratorio señalan que la respuesta está en los miles de millones de células que componen el cuerpo humano. Las células humanas se renuevan constantemente, con excepción de las que forman los nervios, los músculos, los riñones y el cerebro. Este cambio ocurre por medio de la *mitosis* o división de las células. Cada una de ellas se divide, y se convierte en dos, y así sucesivamente. A lo largo de la

vida, las células se desintegran constantemente a causa del desgaste físico, pero su número siempre se mantiene dentro de límites bien definidos, y no varía.

Sin embargo, durante muchos años, los experimentos han convencido a los científicos de que la mayoría de las células humanas pueden multiplicarse eternamente si se mantienen en un ambiente favorable. Por ejemplo, las células tomadas del cuello de la matriz de una paciente en 1952 por el Dr. George O. Gey, de la Escuela de Medicina de la Universidad Johns Hopkins, han seguido floreciendo, produciendo una famosa cepa que se conoce con el nombre de células He-La. Estas células crecen y se reproducen en gran número en laboratorios de todo el mundo. Aparentemente estas células no tuvieron relación alguna con la causa del envejecimiento y la muerte de la persona a la que se le tomaron.

Sin embargo, a principios de siglo, los investigadores descubrieron en el laboratorio que células consideradas como inmortales, como las de la cepa He-La, habían sufrido una metamorfosis. Por ejemplo, las células normales del cuerpo humano tienen 46 cromosomas, pero las mutantes He-La tienen de 50 a 350 cromosomas, y en el microscopio pudo observarse que se había alterado notablemente su apariencia, que reaccionaban de manera anormal a las técnicas colorantes y que cuando se inyectaban a animales de laboratorio producían tumores cancerosos. Por tanto, quedó demostrado que la inmortalidad tiene un precio: la transformación de células normales en malignas, cuyo desarrollo es una grotesca parodia del crecimiento normal.

Sin embargo, las células que conservan su normalidad han tenido en apariencia un destino diferente. En 1961 el Dr. Leonard Hayflick, dedicado a la investigación del cáncer en el Instituto Wistar, de Filadelfia, hizo un interesante descubrimiento: los fibroblastos (cierto tipo de células epidérmicas que figuran entre los componentes más importantes de los tejidos del cuerpo), aparentemente estaban programados para morir. Los fibroblastos tomados de embriones y fetos abortados se multiplicaban activamente durante un determinado lapso, pero después ocurría una disminución de esa actividad y, finalmente, morían en el lapso correspondiente a la división número 50. Las células tomadas de adultos jóvenes se dividían aproximadamente 30 veces antes de entrar en lo que el Dr. Hayflick ha llamado "Fase III", que es el período en el que disminuye la actividad reproductora, y que precede a la muerte de manera inmediata; las células tomadas de personas maduras y ancianas lo hacían únicamente 20 veces antes de morir. Al principio, Hayflick sospechó que algo marchaba mal con sus procedimientos o con las células estudiadas; sin embargo, otros investigadores obtuvieron resultados similares a los suyos.

Hayflick descubrió también algo muy interesante: al congelar las

células se detenía por completo su reloj biológico, pero volvía a funcionar normalmente en el momento en que se descongelaban. Por ejemplo, si las células se congelaban en la décima división, al descongelarse se multiplicaban 40 veces más. Esto indica aparentemente que nada podía interferir con su programación. Además Hayflick descubrió que el límite de reproducción de las células estaba directamente relacionado con la duración de la vida de las especies: las células de un ratón cuya vida es de tres años, se multiplican únicamente 12 veces, mientras que las células de una gallina que puede vivir hasta 30, se reproducen más o menos 25 veces.

Los Límites de la División Celular

Si el límite establecido por Hayflick es válido, el reloj biológico humano únicamente tiene cuerda para 110 ó 120 años, que es el período necesario para que las células se reproduzcan 50 veces como máximo. Muchos científicos consideran que el límite de Hayflick puede ser aplicado no solamente a los fibroblastos, sino también a la mayoría de las células del cuerpo humano.

Pero en realidad, Hayflick señala que el límite establecido por él tiene un carácter eminentemente teórico y que casi nunca se presenta en la vida real. Aun cuando los fibroblastos de casi toda la gente mueren después de haberse dividido aproximadamente 50 veces y la mayoría de los seres humanos tienen un potencial para vivir de 110 a 120 años, casi todos mueren mucho antes a causa de las enfermedades, los accidentes o cualquier otra causa derivada del medio ambiente que los rodea. La razón por la cual una persona vive 100 años y otra únicamente 70, dependería del grado de contaminación del medio ambiente y de otro factor de mayor importancia: la resistencia a las enfermedades. El hecho de que la longevidad se presente en determinadas familias puede ser explicado simplemente considerando que estas personas poseen un mayor grado de resistencia a los asaltos del medio ambiente y que esta característica es hereditaria, pero en la práctica es evidente que casi nadie puede retrasar la muerte durante tanto tiempo como Hayflick pensaba que era teóricamente posible.

El Elemento Genético

Aun antes de que las células alcanzaran la Fase III (fijada por Hayflick) mostraban signos de deterioro: se agrandaban, presentaban manchas seniles y tendían a dividirse con más lentitud y de manera especial. Estos cambios, que ocurren en los cientos de miles de células que integran cualquier tejido, pueden dar por resultado el deterioro propio de la vejez. La razón de esto queda todavía por

descubrirse; sin embargo, es obvio que los científicos deben buscar la respuesta a sus preguntas en los genes, esos pequeños núcleos de proteína que se apiñan por millares en cada uno de los cromosomas de todas las células.

Muy poco se sabía acerca del funcionamiento de los genes hasta hace unos años; ahora se sabe que aparentemente son los portadores del "plan" que nos convierte a cada uno de nosotros en una persona singular y única. Ese "plan" está contenido en las moléculas alargadas, con forma de espiral, del ácido desoxirribonucleico (ADN), que contienen toda la información necesaria para mantener a un organismo que, al igual que una enorme ciudad, está constantemente en proceso de desgaste y reparación.

Hay una teoría que sostiene que el envejecimiento simplemente forma parte de un plan maestro genético impreso en las células, del mismo modo que lo está la pubertad. "Es posible que exista un gene especial que sea el portador de un programa específico de envejecimiento", afirma el Dr. Hayflick, "o bien una secuencia de genes que se encuentra al final de la cadena de ADN que es la que ordena: 'ya basta, vamos a empezar a cerrar esta fábrica' ". Algunas de las células del organismo dejan de funcionar bastante pronto, las del cerebro, por ejemplo, empiezan a morir con un ritmo de 100.000 cada día a partir de los 30 años (sin embargo, hay tal profusión de células cerebrales que su pérdida no tiene en apariencia efecto alguno sobre la inteligencia); del mismo modo, el número de células gustativas que forman cada una de las papilas de la lengua, se reduce de 295 en la juventud a 88 en la edad madura.

Otra teoría sostiene que el programa genético, al igual que una cinta de computadora completamente usada, simplemente se agota y priva a las células de las instrucciones necesarias para su funcionamiento, lo que da lugar a que aumente paulatinamente la desorganización corporal, hasta sobrevenir la desintegración total.

De acuerdo con esta teoría, la naturaleza únicamente tiene interés en que los organismos sobrevivan el tiempo suficiente para reproducirse a sí mismos; una vez que esto ha sucedido, pierde el interés por completo. Por ejemplo, una vez que el salmón del Pacífico ha llegado al lugar indicado y ha depositado cuidadosamente su carga de huevecillos, su juvenil vigor se transforma en debilidad senil en menos de dos semanas. Un proceso similar puede ocurrir en el organismo humano y aunque en este caso el lapso sea de varios decenios, la esencia es la misma.

Otros científicos consideran que aun cuando el programa genético puede continuar desarrollándose, las moléculas de ADN que contienen el "plan" pueden atrofiarse y empezar a cometer una serie de errores, que quizá sean el resultado de una mutación producida posiblemente por las radiaciones cósmicas que continuamente se

abaten sobre la Tierra, o bien a causa de otros factores ambientales perjudiciales, como la contaminación. "Probablemente el hombre vive más tiempo que la mayor parte de los demás mamíferos porque sus céulas han evolucionado de tal manera que pueden enfrentarse con ese tipo de errores", sostiene el Dr. Hayflick, y agrega: "Esta evolución podría explicar el alargamiento progresivo del ciclo de vida establecido para los animales, desde los más insignificantes hasta los más complejos. Pero es claro que, aun en el hombre, este sistema dista de ser perfecto".

La Manipulación de los Genes

Hasta hace poco, la mayoría de los gerontólogos creía que era materialmente imposible controlar el proceso del envejecimiento alternando los genes. Pero en 1971, los científicos de los Institutos Nacionales de Salud lograron modificar las instrucciones contenidas en los genes. Tomaron algunas células cutáneas de un paciente con galactosemia, desarreglo orgánico que impide la adecuada digestión de la leche a causa de la carencia de una importante enzima. Posteriormente estos mismos investigadores utilizaron un virus llamado bacteriófago lambda, capaz de producir esa enzima, y mediante un delicado procedimiento transfirieron la información genética a las células cutáneas con el propósito de que éstas empezaran a producir las enzimas. Los gerontólogos están pensando en investigar otros virus, a fin de usarlos para regular el reloj biológico mediante la supresión de algunos genes y la inclusión de otros. Por tanto, independientemente de la naturaleza de las causas genéticas del envejecimiento, quizá sea posible controlarlas en el futuro.

Otras Causas

Además de los enfoques genéticos, los científicos están investigando otras causas del envejecimiento.

El Cerebro. Muchos gerontólogos consideran que el hipotálamo, pequeña parte del cerebro que actúa como supervisor de todas las glándulas endocrinas del organismo, puede ser el responsable de muchos de los cambios que se experimentan en la edad madura. Por ejemplo, después de la menopausia, los ovarios reducen en más del 90 por ciento su producción de estrógenos, que son las hormonas femeninas, y debido a esta situación, se modifican todos los tejidos, del mismo modo que cambia su constitución durante la pubertad, pero en esta ocasión, sufren una regresión y pierden su lozanía y elasticidad juveniles. Sin embargo, los propios ovarios aparentemente no sufren deterioro alguno. Esto ha quedado demostrado al trasplantar un ovario de una rata anciana a una joven y descubrir

que puede volver a producir hormonas y óvulos normales, los cuales, una vez fecundados, pueden producir descendencia saludable. Por tanto, el hipotálamo parece ser el culpable de esta situación, ya que modifica las señales que empezó a enviar a los ovarios en la época de la pubertad. El Dr. Joseph Meites, de la Universidad Estatal de Michigan, descubrió recientemente que mediante la simple estimulación del hipotálamo de una rata senil con un milésimo de voltio de electricidad, era posible lograr que los ovarios volvieran a funcionar. "Esto es sumamente notable porque presupone que gran número de cambios derivados de las funciones ováricas pueden ser en realidad el resultado de los cambios que tienen lugar en una pequeña región del cerebro", es la opinión del Dr. Caleb Finch, profesor de biología de la Universidad del Sur de California. "En otras palabras, es posible que existan marcapasos de la senectud en algunos lugares del cuerpo, que regulan el curso del proceso de envejecimiento".

La Enzima MAO. No ha podido descubrirse todavía qué es lo que estimula a esta especie de marcapaso del cerebro; sin embargo, recientemente los investigadores han concentrado su atención en una enzima llamada Monoamina Oxidasa (MAO), que se encuentra generalmente distribuida en el organismo, pero principalmente en el sistema nervioso central. La enzima se descompone en un importante grupo de compuestos llamados amino biogénicos que tienen una relación directa con la trasmisión de los impulsos nerviosos y también con los cambios en el humor. Después de los 45 años, la concentración de MAO en el cerebro humano incrementa notablemente, con la correspondiente declinación de amino biogénicos. Algunos gerontólogos presuponen que la alta concentración de MAO puede ser la causa de que el hipotálamo cambie las señales que envía a las diferentes glándulas endocrinas que están bajo su control, y el resultado de estos cambios puede ser el fenómeno que conocemos con el nombre de envejecimiento.

El Sistema de Inmunidad. Otros científicos sostienen que envejecemos en gran parte a causa del creciente deterioro del sistema inmunológico, que es la principal barrera del organismo contra las enfermedades. A medida que envejece una persona, se producen muchos cambios en sus anticuerpos, que tienen su origen en los glóbulos blancos especializados del organismo; esto da lugar a que los anticuerpos se debiliten y dejen de cumplir sus funciones, o bien a que ataquen al organismo al que debían proteger. (Es posible que estas reacciones autoinmunológicas sean una de las causas de la artritis, y de otras enfermedades.)

El Dr. Takashi Makinodan, del Instituto Nacional de Salud y Desarrollo Infantil, de Baltimore, ha propuesto una solución para este problema. El Dr. Makinodan inyectó a ratas seniles unos glóbulos blancos procedentes de ratas jóvenes, lo que permitió que aumen-

tara su resistencia a las enfermedades, y como resultado de esta situación lograron sobrevivir a lo que hubiera sido una dosis letal de bacterias. Este investigador presupone que en un futuro no muy lejano será posible congelar los glóbulos blancos del organismo humano cuando todavía funcionan perfectamente y utilizarlos posteriormente en la senectud, con el propósito de combatir eficazmente las enfermedades infecciosas.

Hace muy poco tiempo que se descubrió el papel que desempeña una de las partes más importantes del sistema inmunológico: la glándula timo, situada en el esternón. En 1963, el Dr. Allan Goldstein y sus colegas de la Universidad de Texas demostraron que la timosina, hormona producida por la glándula timo, puede tener relación con el proceso de envejecimiento. El Dr. Goldstein demostró que los niveles de timosina disminuían notablemente entre los 25 y los 45 años, pero mediante sus experimentos de laboratorio, descubrió que podía hacer que aumentara el vigor y la resistencia a las enfermedades de los animales a los que había inyectado esa sustancia. El Dr. Goldstein afirma lo siguiente: "Tenemos buenas razones para suponer que la hormona puede actuar de manera semejante en los seres humanos". ¿Se confirmará esta suposición?

Radicales Libres. Existen también razones para pensar que el envejecimiento tiene relación directa con las moléculas errantes llamadas "radicales libres" que se forman cuando el oxígeno, omnipresente en todo el organismo humano, reacciona con las grasas sin saturar. Un notable gerontólogo, Alex Comfort, ha comparado las radicales libres con "un delegado a una convención que se encuentra lejos de su esposa; es decir, un agente químico altamente reactivo, que se combina con cualquier cosa que encuentra a su paso". Sin embargo, las radicales libres aparentemente interfieren con las funciones de algunas importantes proteínas y forman también manchas de color café amarillento, llamadas lipofuscinas, que aparecen con la edad y que obstruyen las células. Se ignora si las radicales libres afectan el funcionamiento de las células, pero lo más probable es que así sea.

El Enfriamiento del Cuerpo

Mientras prosigue la investigación de las causas del envejecimiento, algunos estudiosos interesados en la cuestión están trabajando con medios pragmáticos para combatir el envejecimiento. Desde 1917, por ejemplo, se sabe que al reducirse la temperatura del organismo, se reduce también el proceso de envejecimiento y que tal y como la refrigeración disminuye el ritmo de la reproducción de las bacterias que devoran los alimentos, el frío disminuye la proporción de las reacciones químicas en los organismos más complejos y, por

tanto, contribuye a que se prolongue la vida. "No existe prueba alguna de que el reducir la temperatura del organismo humano 3,5 ó 5,5 grados produzca efectos nocivos en sus funciones", afirma el Dr. Bernard Strehler, biólogo de la Universidad del Sur de California; "por tanto, si se redujera la temperatura del cuerpo humano, la duración de la vida aumentaría de 25 a 40 años".

El principal obstáculo para la aplicación de este procedimiento estriba en que la temperatura interna de un ser humano es regulada por un termostato interno: el hipotálamo, que se encuentra situado en el cerebro y que dispone que la temperatura del organismo debe ser de 36,5 grados. Por otra parte, las fluctuaciones de la temperatura corporal son bastante desagradables, ya que, por una parte, a medida que se eleva puede llegar a producir fiebre y cuando disminuye, el frío puede llegar a ser insoportable.

Sin embargo, sería posible eliminar este problema si se ajustara al termostato interno a un nivel más bajo, y en la práctica se han logrado obtener notables adelantos en este sentido. En 1972, el neurofisiólogo Robert D. Myers y sus colaboradores de la Universidad Purdue, lograron disminuir la temperatura del organismo de algunos monos, aproximadamente en siete grados, insertando pequeñas cantidades de iones de calcio en el hipotálamo, y ninguno de los cuadrumanos experimentó, en apariencia, reacciones desfavorables. Aun cuando no ha trascurrido el tiempo suficiente como para asegurar buenos resultados, la mayoría de los científicos considera que se prolongará la vida de los monos que recibieron el tratamiento.

El Dr. Strehler opina que es innecesario utilizar un procedimiento complicado y que en el futuro lograremos disminuir la temperatura del cuerpo sin necesidad de recurrir a estímulos artificiales. Los aborígenes australianos, por ejemplo, habitan en lugares con climas sumamente extremosos: durante el día impera un calor abrasador y por la noche un frío muy intenso. Estos aborígenes duermen a la intemperie casi sin ropa que los cubra y en esta forma, la temperatura de su organismo disminuye varios grados todas las noches. El Dr. Strehler opina que esto es posible en parte "a causa de la represión de los reflejos que producen los escalofríos, que en realidad es una reacción al frío mediante la cual se produce calor. Cuando los indígenas despiertan, tiemblan a causa de los escalofríos, y en esta forma logran elevar la temperatura de su cuerpo y se preparan para desempeñar sus labores cotidianas". (Estos indígenas no viven más que el común del resto de los australianos, pero en opinión del Dr. Strehler esto puede tener su origen en el hecho de que la atención médica que reciben es notablemente inferior a la del resto de los habitantes de Australia.)

Toda la gente podría aprender esta técnica corporal utilizando el popular sistema conocido con el nombre de "retroalimentación bio-

lógica". El psicólogo Neal E. Miller, de la Universidad Rockefeller, de Nueva York, logró enseñar a la gente a controlar el ritmo cardiaco, la tensión sanguínea y otras funciones corporales que se presuponía estaban fuera del control voluntario; mediante la retroalimentación biológica, los ancianos podrían controlar las ondas cerebrales que en apariencia tienen relación con el envejecimiento. A medida que la gente envejece, las ondas empiezan a disminuir. Por ejemplo, la frecuencia alfa predominante en los adultos jóvenes, tiene una frecuencia de 10 a 12 ciclos por segundo, pero a los 70 años, esta frecuencia es de siete a ocho ciclos. Muchos psicólogos están convencidos de que el ritmo alfa puede ser uno de los marcapasos corporales y que su disminución en la edad madura puede ser en parte responsable de la lamentable lentitud en los movimientos de los ancianos, así como de la forma tan lenta en que reaccionan a los estímulos. Una psicóloga de la Universidad del Sur de California, ha logrado enseñar a los ancianos a aumentar el ritmo alfa de su cerebro, con el resultado de que sus movimientos corporales y sus reacciones a los estímulos han mejorado en lo que se refiere a la rapidez.

El Envejecimiento y el Ejercicio

Otras posibles formas de retardar el proceso del envejecimiento pueden encontrarse en tres comunidades situadas en lugares muy distantes del mundo, donde la longevidad es el común denominador de todos sus habitantes: Vilcabamba, un pueblecito situado en un lozano valle de las montañas andinas de Ecuador; Hunza, en la zona montañosa de la Cachemira paquistaní, y la región de Abjasia, en Georgia, en la Unión Soviética. En estos tres lugares, mucha gente ha llegado a vivir 130 y hasta 140 años.

Los investigadores que tratan de encontrar la explicación de este fenómeno han descubierto similitudes muy interesantes entre los habitantes de las tres regiones. La gente de edad despliega gran actividad física. Hasta los hombres y las mujeres que afirman tener más de 130 años trabajan cuando menos algunas horas al día.

Por esta razón, el ejercicio físico se está promoviendo cada vez más como un agente rejuvenecedor. El Dr. Herbert A. deVries, psicólogo de la Universidad del Sur de California, descubrió que un régimen riguroso que consiste en seis semanas de ejercicios: tocarse la punta de los dedos de los pies con las manos, caminar y nadar durante una hora tres veces a la semana, logró transformar a un grupo de voluntarios formado por más de 100 hombres de 52 a 87 años. Sus pulmones y su corazón empezaron a funcionar mejor, aumentó la cantidad de oxígeno en su organismo y descendió la tensión arterial. Los sujetos informaron que podían trabajar mejor durante lapsos más prolongados y que había mejorado su vida sexual. Además se descubrió un

hecho sumamente alentador: la mejoría de la condición física mediante el ejercicio no tiene relación alguna con las aficiones deportivas de los sujetos durante su juventud.

La Alimentación y las Hormonas

La alimentación puede desempeñar también un papel muy importante en el control del proceso de envejecimiento. En el decenio de 1930, el Dr. Clive M. McCay demostró que podía prolongar la vida de algunas ratas reduciendo la cantidad de calorías de su alimentación. Aun cuando no existen pruebas concluyentes que demuestren que es posible prolongar la vida de los seres humanos mediante dietas estrictas, los habitantes de Hunza, Vilcabamba y Abjasia se alimentan de manera frugal con una dieta muy baja en calorías. En estos tres lugares, la ingestión de grasas animales y proteínas es muy baja; por ejemplo, en Hunza es de menos del uno por ciento de la alimentación total y como contraste, los pobladores de las mencionadas regiones, consumen verduras y hortalizas, granos y frutas.

Las mujeres pueden conservarse jóvenes gracias a la terapia que consiste en proporcionar el estrógeno necesario para su organismo, es decir, la administración constante de hormonas femeninas para compensar su inevitable disminución después de la menopausia. Cuando bajan los niveles de estrógenos en la edad madura, las mujeres están más predispuestas a los ataques cardiacos, así como a una condición descrita con el nombre de osteoporosis, que produce el debilitamiento de los huesos. Pero la administración de hormonas ayuda a que sufran menos ataques cardiacos, permite controlar casi por completo la osteoporosis y disminuir la formación de arrugas.

En los últimos años se ha prestado mucha atención al medicamento rumano que se conoce con el nombre de Gerovital H3, que en realidad se encuentra en un estado intermedio entre el escepticismo científico y la casi unánime aprobación popular. En un artículo publicado recientemente por el Dr. David MacFarlane, profesor de farmacología de la Universidad del Sur de California, se puso de relieve la efectividad del medicamento para controlar la monoamina oxidasa, enzima que, al parecer, influye en el hipotálamo y que contribuye a producir síntomas de envejecimiento. De acuerdo con sus más entusiastas promotores, el Gerovital tiene el poder de oscurecer el cabello que empieza a encanecer, hace desaparecer las arrugas, cura la depresión y, lo más importante de todo, prolonga la vida en un 30 por ciento. Sin embargo, la Administración de Alimentos y Drogas de los Estados Unidos se negó a aprobar la venta de este medicamento después de las pruebas realizadas a finales del decenio de 1950 y principios del de 1960, ya que encontró que su principal ingrediente, el hidrocloruro de procaína (que es también el ingre-

diente principal de la novocaína, anestésico local bien conocido por millones de pacientes odontológicos), no había producido un efecto favorable en los animales a los que se les aplicó en el laboratorio.

Hace un año y medio, el Dr. Joseph P. Hrachovec, que entonces desempeñaba el puesto de investigador asociado en la Universidad del Sur de California, encontró que los efectos del Gerovital eran diferentes, posiblemente a causa de las pequeñas cantidades de neutralizadores químicos agregados por los rumanos en el proceso de manufactura del hidrocloruro de procaína. Hrachovec descubrió que el Gerovital producía la inhibición del 87 por ciento de las enzimas MAO en los tejidos cerebrales de las ratas, lo cual podría ser la razón de su efectividad para combatir los síntomas de envejecimiento y la depresión mental, tan comunes en los ancianos.

En 1972, la Administración de Alimentos y Drogas autorizó nuevas pruebas, bastante prolongadas, en varios centros médicos del país, pero únicamente para investigar las propiedades del Gerovital como antidepresivo y no como agente contra el envejecimiento.

La mayor parte de los gerontólogos, que tienen una gran experiencia en los medicamentos considerados como panaceas para controlar los síntomas del envejecimiento, aparentemente se han mostrado bastante reservados al emitir sus juicios en relación con el Gerovital. La Dra. Ruth Weg afirma que "podría contribuir a que la gente de edad se sintiera más feliz, y que por esta razón creyera temporalmente estar físicamente mejor, pero muy pocos científicos estarían dispuestos a afirmar en la actualidad que el medicamento puede conservar joven a la gente, ni siquiera en un grado mínimo. En realidad todavía no sabemos nada acerca de sus propiedades".

Actitudes Culturales

La batalla en contra del envejecimiento también se está librando ahora en un frente más amplio. Los psicólogos y los sociólogos están estudiando los efectos que produce la cultura en el bienestar físico de las personas ancianas. En Hunza, Vilcabamba y Abjasia, los ancianos son estimados y casi envidiados por su edad, ya que se considera que los años traen consigo la sabiduría. Pero en la sociedad estadounidense, que se caracteriza por su amor a la juventud, los ancianos están hasta cierto punto alienados, son los extranjeros de nuestra sociedad y, en opinión de un psiquiatra de Nueva York, "esta situación afecta la tranquilidad y, en consecuencia, la condición física del común de los ancianos".

El problema estriba, en parte, en que nuestra percepción de la edad senil está oscurecida a causa de los mitos. "La mayor parte de nuestros conceptos acerca de los ancianos son en realidad estereotipos grotescos que les han sido adjudicados por nuestra sociedad",

afirma la Dra. Margaret Clark, antropóloga del Instituto Neuropsiquiátrico Langley Porter, de San Francisco, quien ha estudiado a los ancianos en muchas sociedades. "La gente cree en estos mitos y así se van convirtiendo en verdaderas profecías. Pruebas antropológicas demuestran que la mayoría de estas creencias son falsas, ya que en muchas partes del mundo los ancianos funcionan adecuadamente desempeñando una gran cantidad de papeles activos".

Uno de los estereotipos más populares que cita la Dra. Clark consiste en la idea de que la vejez trae consigo un inevitable deterioro mental. Durante muchos años se ha considerado casi axiomático el hecho de que el coeficiente mental de una persona tiende a elevarse durante la juventud y la adolescencia, que alcanza su clímax a la edad de 30 años y que después de los 40 empieza a disminuir, hasta que declina casi por completo. Sin embargo, hay en la actualidad nuevas pruebas que contradicen semejante teoría. Inteligencia es un término que abarca muchas capacidades; en algunos campos, por ejemplo, el almacenamiento de datos, se ha demostrado que mucha gente mejora con la edad. "La capacidad de los ancianos sí tiene tendencia a declinar en aquellas actividades donde se subraya la rapidez", afirma la Dra. Ruth Weg. "Los jóvenes son capaces de responder con más rapidez, pero si a los ancianos se les permite tomar el tiempo necesario, su actuación no es deficiente".

Por otra parte, cualquier cambio emocional que sufran los ancianos se considera como un signo de senilidad. El Dr. James Birren, director del programa para ancianos del Instituto Nacional de Salud y Desarrollo Infantil, informa que únicamente el 12 por ciento de la población tiene la disposición genética al tipo de desórdenes cerebrales que son la causa de la senilidad, y que de éstos únicamente el cinco por ciento los manifiesta. Sin embargo, los ancianos que sufren por ejemplo de lapsos de falta de memoria, cosa que ocurre a personas de todas las edades, se sienten amenazados por el mito del deterioro producido por la senilidad y caen en el círculo vicioso de la preocupación, la depresión y la decadencia física.

De acuerdo con el Dr. Birren, la felicidad, dentro de nuestra sociedad, depende de la forma en que se ajusten las personas de edad a los mitos y estereotipos que los rodean. Algunos ancianos pasivamente se someten a su condición de "anciano" o "anciana" pero hay otros que luchan decididamente en su contra. Durante los últimos años se han creado diversas instituciones en los Estados Unidos, cuyo fin es combatir los estereotipos de la edad provecta.

Uno de los resultados de esta actividad es que los viejos empiezan a ver su situación desde otro punto de vista. "Dichas instituciones están produciendo efecto al alterar la imagen, sumamente negativa, que de sí mismos tienen los ancianos", dice la Dra. Margaret Clark. "Están empezando a aceptarse a sí mismos... y a sus coetáneos".

Revolución en los Asuntos Humanos

A medida que aumenta el ritmo de la investigación acerca de las causas del envejecimiento, aumenta también el interés creciente de los investigadores en relación con las implicaciones de su propio trabajo. El Dr. Bernard Strehler admite que la comprensión y el control del proceso de envejecimiento "podría producir una revolución en los asuntos humanos". Nuestra sociedad está condicionada para el término de vida de 70 años, nuestras costumbres sociales y nuestros sistemas de jubilación y seguros, dependen de este concepto. Pero si el tope de la vida aumentara a casi el doble, es decir a 120 años, dos y tres carreras profesionales y dos y tres matrimonios llegarían a ser la regla, en lugar de la excepción.

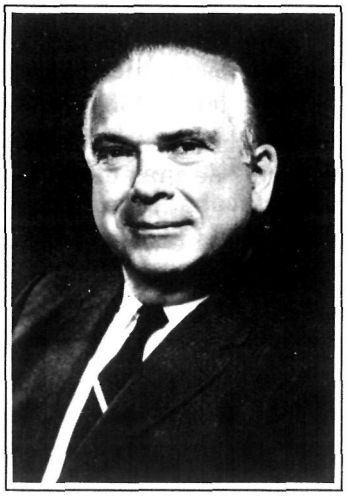
Pero también es posible que estemos encaminándonos hacia donde no deseamos llegar en realidad. El valor del ciclo de las generaciones llegó a ser aceptado de manera casi indiscutible, en parte naturalmente porque no había otra opción. La teoría estaba basada en que la naturaleza hacía uso de los nacimientos y las muertes constantes para hacer circular constantemente a los genes, creando en esta forma versiones superiores del modelo humano. Los adelantos culturales y la evolución biológica aparentemente dependían de las mentes lozanas que serían capaces de creaciones nuevas y originales. Pero ahora que tenemos una opción o que parece que vamos a tenerla, ¿no sería posible que deseáramos conservar el término de nuestra vida tal como es en la actualidad? "La ciencia y la política actual están regidas por normas dictadas a través de lo que sus exponentes aprendieron hace 40 años", escribe el Dr. Alex Comfort. "¿Podríamos permitirnos un 20 por ciento de aumento en la actividad de los profesores, senadores y presidentes de empresas?"

Sin embargo, Strehler se pronuncia en contra de la creencia de que el mejoramiento biológico y los adelantos culturales sean más importantes que la felicidad de la gente que vive en la actualidad. "Si es bueno disfrutar de la vida y si la felicidad de una persona vale tanto como la felicidad y el disfrute de otra, es bastante cruel el negar a la gente que está viva en la actualidad, la oportunidad de vivir unos años más por el bien de los que aún no han nacido".

"El control parcial del envejecimiento humano", afirma el Dr. Comfort, "es algo que tiene que suceder". A menos que nos volvamos indolentes o que sobrevenga un desastre, la prolongación de la vida humana probablemente tendrá que lograrse en el transcurso de nuestra vida, y muchos de nosotros recibiremos los beneficios. Desde el punto de vista moral, esto debería ser provechoso, ya que el aumento de nuestra capacidad para detener a la muerte, hace crecer el respeto por la vida".

ALGUNOS PRINCIPIOS DE DESARROLLO

Por Neil H. Jacoby



Un conocido economista pone en tela de juicio una parte de la "sabiduría convencional" sobre el desarrollo. Neil H. Jacoby es profesor de Economía de Empresas en la Escuela de Administración de Empresas para Graduados (de la que fue director) de la Universidad de California, en Los Angeles. Fue miembro del Consejo de Asesores Económicos del Presidente Eisenhower, y ha trabajado como representante de los E.U.A. en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. Participó en misiones de ayuda para el desarrollo en la India, Laos, Tailandia y Camboya, y encabezó la Misión para Evaluar la Ayuda Estadounidense a Taiwán en 1965. Entre sus libros están *European Economics: East and West* (Economía Europea: Oriente y Occidente) y *The Progress of Peoples: Toward a Theory and Policy of Development with External Aid* (El Progreso de los Pueblos: Hacia una Teoría y Política del Desarrollo con Ayuda Exterior). Este artículo está basado en una conferencia dictada en la Convocación *Pacem in Terris* de octubre de 1973, en Washington, D.C., patrocinada por el Centro para el Estudio de las Instituciones Democráticas.

Casi tres décadas de experiencia posbélica con el problema del desarrollo han servido para debilitar muchas teorías tenidas en alta estimación y destruir muchos mitos. El rápido éxito logrado por la ayuda del Plan Marshall al restaurar las economías industriales avanzadas de una Europa destrozada por la guerra, engañó a muchos estadounidenses haciéndolos creer que inyecciones masivas de ayuda concesionaria a sociedades tradicionles generarían un desarrollo igualmente rápido. Ahora vemos el proceso del desarrollo como un fenómeno que consume mucho más tiempo y que es mucho más complicado de lo que habíamos pensado. Nos hemos vuelto escépticos acerca del valor de planteamientos mecanicistas, como, por ejemplo, el empleo simplista de proporciones de ahorro a ingreso y de capital a producto en los modelos econométricos. Estamos impresionados por la infinita variedad de trayectorias que sigue el desarrollo y de inexplicables movimientos espasmódicos que pre-

senta el crecimiento económico. Nos asombran los ocasionales "despegues" a velocidad escalofriante que han tenido algunos países después de largos períodos de aparente estancamiento, y por el fracaso persistente de otros países para hacer un avance a pesar de infusiones masivas de ayuda exterior.

Tenemos mucho que aprender sobre el desarrollo, y haríamos bien en mantener una actitud de humildad. Con todo, de nuestras experiencias se pueden destilar algunos principios orientadores, que parecen conservar su validez a través del tiempo y en casi todas las circunstancias. La descripción que hace Kenneth Thompson del éxito espectacular de la ayuda técnica que impartió a la agricultura la Fundación Rockefeller fomentando la "Revolución Verde", ejemplifica el principio de que la asistencia técnica es la forma de ayuda al exterior de más elevado rendimiento. Dólar por dólar produce más que los regalos en mercancías, la ayuda para proyectos de obras de capital, los empréstitos "blandos" para obras de infraestructura y otros tipos de asistencia concesionaria.

Seis Principios Orientadores

Sugiero que seis principios orientadores deberían dar forma a las políticas de ayuda exterior seguidas por los Estados Unidos en el futuro. Me refiero, naturalmente, a la asistencia para el desarrollo económico, y no a la ayuda en caso de desastres, para la que se aplican principios distintos.

Primero, el desarrollo se ve seriamente impedido por un excesivo crecimiento de la población. Kenneth Thompson señalaba que "las tasas de crecimiento de la población siguen teniendo alturas sin precedentes y vuelven imperativas la difusión de nuevas tecnologías agrícolas, si se quiere que la producción de alimentos siga el mismo paso". ¿No hacen más imperativa todavía la difusión de tecnologías anticonceptivas? Algunas encuestas indican que en los países menos desarrollados la mayoría de los padres prefieren tener menos hijos de los que engendran. Hoy día, las familias numerosas, aumentan el consumo, reducen los ahorros y son una pesada rémora para el desarrollo. Los ingresos reales per cápita de la población de las naciones menos desarrolladas se hubieran elevado a un ritmo mayor que en los países desarrollados durante la década de 1960 *si* las tasas de crecimiento de su población hubieran sido iguales.

Segundo, echar los cimientos humanos del desarrollo lleva más tiempo que construir la superestructura material. Fomentar el aprendizaje de la lectura, la escritura y la aritmética, así como habilidades manuales entre la gente de una sociedad tradicional, ordinariamente requiere decenios. La construcción de la infraestructura social (como escuelas y hospitales) y de las instalaciones

industriales y comerciales puede llevarse a cabo en el curso de varios años. Este es el motivo por el cual con frecuencia los países que están atravesando la fase de la educación básica, la capacitación técnica y la formación de actitudes parezcan estar estancados, porque este tipo de insumos no se refleja en aumentos del producto nacional bruto. En vez de eso, están formando capital humano, que más tarde puede producir un aumento pasmoso de su producto nacional bruto.

Tercero, las medidas con que el país en desarrollo se ayude a sí mismo son más importantes que la ayuda exterior. "Ayudarse a sí mismo" significa todas esas acciones que pueden emprender, *por su propia iniciativa*, el pueblo y el gobierno de un país en desarrollo para fomentar valores, actitudes, hábitos, reglamentaciones y leyes que favorezcan tanto labor, ahorro e inversión productivos, como la creación de instituciones y políticas austeras. Sin ese ayudarse a sí mismo, ninguna cantidad de ayuda exterior va a producir desarrollo; incluso la ayuda exterior puede ser contraproducente si hace posible que un país posponga la realización de los cambios sociales, esenciales pero difíciles, que amenazan a los intereses creados en su *status quo*. En cambio, con una fuerte ayuda propia, la ayuda exterior puede ser altamente productiva, como fue el caso en Taiwán, Tailandia, Irán y Corea. Puede apresurar en décadas el paso de un país, de la pobreza a niveles de vida adecuados.

Cuarto, la asistencia técnica es la forma más productiva de ayuda exterior. Las transferencias de los conocimientos, habilidades y pericia práctica en la producción de un país más avanzado a otro menos desarrollado, pueden elevar permanentemente la productividad del trabajo y hacer fructíferos tierra y capital. En cambio, las meras transferencias de capital que no vengan acompañadas de una tecnología pertinente, pueden no causar más que un aumento temporal en la producción. El antiguo aforismo chino tiene validez en este caso: "Dale a un hombre un pescado y tendrá una comida. Enséñalo a pescar y comerá el resto de su vida".

Quinto, la inversión privada extranjera es más productiva para el desarrollo que la ayuda de gobierno a gobierno. La razón está en que la inversión privada extranjera *requiere* la transferencia concomitante de tecnología y de talento administrativo junto con el capital, mientras que no necesariamente es éste el caso cuando se trata de préstamos o donaciones que hace un gobierno extranjero. Además, cuando una inversión tiene que someterse a las pruebas comunes en los negocios para determinar la redituabilidad que puede ofrecer, es más probable que sea productiva.

Sexto, el desarrollo es más importante que la igualdad económica. El economista Simon Kuznets, ganador del Premio Nóbel, escribió hace muchos años que "en las primeras fases de la industrialización de los países subdesarrollados se tiende a acentuar las desigualda-

des del ingreso antes de que las fuerzas niveladoras se vuelvan lo bastante poderosas para estabilizar y, más tarde, reducir las desigualdades del ingreso". Con frecuencia el proceso del desarrollo abarca primero a una minoría empresarial antes de que empiece a elevar los ingresos de las masas de la población. Algunos ven esa creciente desigualdad temporal como una seria falla, y abogan por una tributación fuertemente progresiva o por otras medidas para impedirla. Por desgracia, estas medidas pueden frustrar los ahorros internos, la inversión y la formación de capital, que son esenciales para el desarrollo. Es mejor elevar los ingresos de una minoría, que dejarlos a todos como están. No debería permitirse que la obsesión por la igualdad frustrara el desarrollo.

La Prioridad del Cambio Social

Estos seis principios orientadores significan que los países que deseen el desarrollo deberían asignar una alta prioridad a las medidas que tengan por objeto frenar un crecimiento excesivo de la población y fomentar una educación básica y la capacitación técnica de sus habitantes. Estas medidas, y algunos esfuerzos para desarrollar un marco social y legal que sea conducente para la modernización, hacen que la inversión sea productiva, tanto la inversión interna que hacen los propios ciudadanos, como la inversión externa ya sea en condiciones comerciales, ya en condiciones concesionarias. Puesto que la asistencia técnica es la forma más productiva de ayuda exterior, y necesariamente está vinculada a la administración y al capital, cuando una empresa multinacional invierte en un país, el país menos desarrollado debería ser lo bastante sensato para buscar un arreglo con las empresas multinacionales. En lugar de una confrontación entre los países en desarrollo y las multinacionales, confrontación que sólo produce decepciones, el mundo necesita con urgencia que se atengan a un Código Internacional de Inversiones, con lo cual ambos saldrían beneficiados.

Estos principios orientadores van a ser criticados por los que consideran el desarrollo, de una manera simplista, como cuestión de redistribuir la riqueza de los países "ricos" a los países "pobres".

Para ellos, la respuesta son dádivas masivas sin "condiciones". Olvidan que la esencia del desarrollo está en el *cambio social* dentro del país en desarrollo. Las transferencias de ingresos, cuando no van acompañadas por un cambio social, tienden más a impedir que a aumentar un desarrollo verdadero. Más aún, los pueblos de las naciones avanzadas de hoy tienen grandes esperanzas de mejorar su propia suerte, y estarán observando de cerca para ver si su ayuda concesionaria a los países menos desarrollados se está aprovechando en forma productiva. No van a apoyar transferencias generales e

indiferencias de un porcentaje de su PNB, independientemente de la forma en que se usen.

No comparto el pesimismo corriente acerca del desarrollo. Los crecientes precios mundiales de los energéticos y de las materias primas, de los que los países en desarrollo son abastecedores de primera importancia, están desplazando a su favor las condiciones del comercio internacional. Dado un grado razonable de estabilidad política, las tasas de crecimiento de los países menos desarrollados se deberían elevar durante la presente década muy por encima del cinco por ciento de crecimiento anual que lograron durante el decenio de 1960.

LA ACTUACION EN EL CINE

Por Leo Braudy

El autor es profesor de Literatura en la Universidad Columbia y autor de un libro acerca del director francés de cine Jean Renoir. Está a punto de terminar un libro que trata de las nuevas maneras de ver cine. La presente reseña es un compendio tomado de la crítica literaria de *The New York Times Book Review*.

Shooting Star: The Life and Adventures of John Wayne (Estrella Fugaz: Vida y Aventuras de John Wayne). Por Maurice Zolotov. Nueva York: Simon & Schuster. 416 págs. *James Dean: A Short Life* (James Dean: Una Vida Breve). Por Venable Herndon. Nueva York: Doubleday and Co. 288 págs.

Diderot, el filósofo y escritor francés del siglo XVIII, decía que la paradoja de la actuación consiste en que el actor debe permanecer frío y tranquilo para poder proyectar emoción. Los artistas que actúan con el alma, decía, son mediocres y desiguales. No nos conmueve el hombre violento sino aquel que controla sus pasiones. Como Diderot, nosotros nos basamos casi siempre en las normas de actuación teatral. Un gran actor es un gran personificador dedicado profesionalmente a convertirse en otra persona y a mantener esa actitud en tantas representaciones como sea posible. Los artistas de cine, acostumbramos a pensar, no poseen arte sino sensibilidad. En el mejor de los casos sólo "se representan a sí mismos".

Pero ahora—después de una década del análisis psicosocial de Erving Goffman y R.D. Laing, y del revolucionario teatro callejero—entendemos un poco más acerca de las complejidades de representarnos a nosotros mismos. En gran parte, también deberíamos dar gracias al cine hecho en los Estados Unidos en la década de 1950, cuando Marlon Brando y James Dean empezaban a destacar, y John Wayne, ya una estrella, encontró su personalidad cinematográfica. En una sociedad en la que se celebraba una serena uniformidad de la moral y de los valores políticos y emocionales, el cine de aquella década permitió que la ambivalencia penetrase (y les diese forma) las inseguridades y miedos que la complacencia del público exterior quería ocultar. Es indudable que todas y cada una de las películas de la década de 1950 pueden considerarse como un pasaporte hacia un país extranjero que puede ser visitado una y otra vez, ya sea como un acto de autoanálisis antropológico o para descubrir las creencias relativas a la política y la personalidad, que en un tiempo influyeran tanto sobre toda una cultura. Cada película, cada director, quizá cada actor o actriz poseen una parte del secreto. Pero hubo algunos nombres y algunos rostros cuyo talento y cuya personalidad se unieron, incandescentes, fundidos por los tiempos y por las personas hasta convertirse en figuras de significado más que humano. La mayoría de ellos aparecían como niños rebeldes o confusos: Marlon Brando, James Dean, Mont-

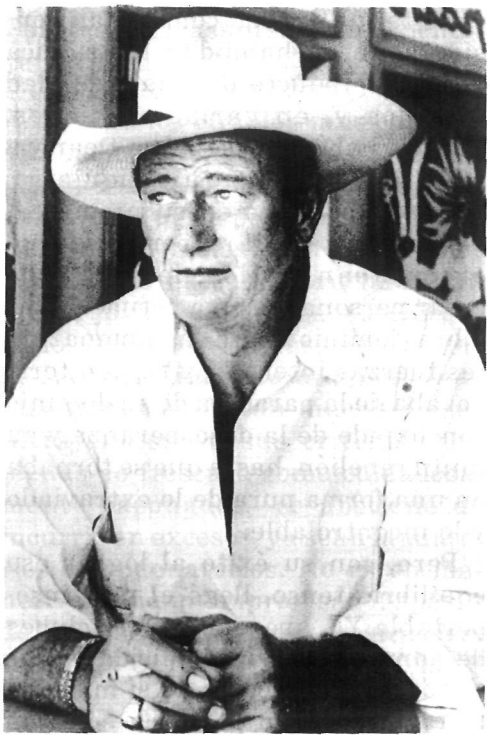
© 1974 por The New York Times Co.
Reproducido con autorización.

gomery Clift, Marilyn Monroe, Elizabeth Taylor. Pero, al menos, había alguien que podía representar la figura paterna: John Wayne.

El Actor y el Papel

El libro de Maurice Zolotov acerca de Wayne y el de Herndon sobre Dean se mueven más allá de los detalles externos de las biografías de los espectáculos, culto o escándalo, para localizar ese lugar incierto en que se unen el ser humano, el personaje dramático, el actor y la estrella. Son sensibles sin ser sentimentales y celebran a Wayne y a Dean con inteligencia y con visión. En especial, *Estrella Fugaz* será una sorpresa para aquellos que piensan en John Wayne principalmente en términos de su política conservadora o como un actor que lo único que hace siempre es representarse a sí mismo. Zolotov investiga la carrera de Wayne desde los días de las películas baratas del Oeste, allá a principios de la década de 1930, hasta su irrupción hacia la grandeza con *La Diligencia*, de John Ford (1939). Sin embargo, Zolotov sostiene que no fue sino después de la Segunda Guerra Mundial cuando John Wayne logró, y definió, la personalidad con la cual lo conocemos ahora, "el idealista obsesionado". La película clave para esa autotransformación fue *Río Rojo*, de Howard Hawks (1948), que colocó la ceñuda integridad del antiguo estilo de actuación (Wayne) frente a la nueva y desmañada incertidumbre (Montgomery Clift).

John Wayne



Como Brando y Dean, Clift aprendió su estilo de la escuela de actuación más famosa de los Estados Unidos: la escuela Actor's Studio, fundada en 1947 por Elia Kazan, Cheryl Crawford y Robert Lewis, y que continuó bajo la dirección de Lee Strasberg. El Método, como era llamado por partidarios y detractores, hacía énfasis en que la vida interna del actor era la fuente de energía y autenticidad de sus caracterizaciones, más que la acumulación de poses y gestos. El Método había sido creado como un estilo de actuación teatral, pero visto en retrospectiva parece haber tenido mucho más influencia como estilo de actuación cinematográfica. La rutina del Actor's Studio—clases individuales, improvisaciones y escenas—también enseñaba a los actores la discontinuidad del yo. Se acostumbraron a construir el sentimiento apropiado para cualquier escena, y eso les permitió entrar fácilmente al cine, en donde el orden de la narrativa es determinado por la economía más que por la estética o en donde los ingenieros de sonido podían captar la angustia más si-

lenciosa y las cámaras enfocar la alegría más fugaz.

Padres e Hijos

En *Río Rojo* Wayne era el padre y Clift el hijo adoptivo; Wayne el empresario solitario y Clift el que busca, a tientas, una comunidad; Wayne el absolutista moral y Clift el relativista y mediador. Pero las mismas fuerzas que dieron forma a la actuación interna de Clift parecen haber tocado a Wayne. Como dice Zolotov,

> en esa película Wayne se encontró a sí mismo, encontró su estilo, encontró su presencia, adaptó esa técnica a sus tensiones personales y sus luchas emocionales y aprovechó sus sentimientos hacia sus propios hijos Pat y Mike, ser hijo de su padre y proyectarse en su caracterización.

Wayne ya poseía una estructura de presencia física con la cual desarrollar su nuevo estilo personal. Ya en años anteriores, su actitud hacia la actuación cinematográfica se había desarrollado como la del experto apuntalador y todavía concibe esa actuación en términos de la racionalidad humana de la colocación de sus objetos. Su facilidad en escena es una facilidad dentro de un espacio familiar que conoce y entiende.

Los actores más jóvenes que representaban hijos rebeldes tenían más problemas. Al representar, y articular, la sensación de inseguridad y rabia impotente que tantos sentían en aquella llamada sociedad segura y estable, Brando y Dean daban a su público una sensación de alivio. Al identificarse con ellos, los cinéfilos descubrían que les era posible controlar sus propias confusiones. Viendo su aparente reconciliación con la sociedad (en *Al Este del Paraíso, Rebelde sin Causa, Nido de Ratas*) sus admiradores podían sentir y experimentar a un tiempo el placer de la rebelión y la reconciliación sin ser más que observadores pasivos. Su talento no parecía importar, uno apreciaba lo que le hacían sentir (aunque eso no hubiese sido posible sin un gran talento). Era un sentimiento como de amor romántico en el que uno se siente transformado en presencia del objeto adorado.

Actuación y Dominio Propio

El peso que como seres humanos hubieron de soportar esos artistas debió de ser enorme. Habían desarrollado su talento en la actuación sólo para descubrir que eran adorados por algo que estaba dentro de ellos pero fuera de su dominio conciente. A un actor del estilo antiguo, más exterior, le hubiera sido más fácil hacer frente a la situación. Pero tanto Brando como Dean consideraban su habilidad histriónica como el producto de una debilidad psíquica y, en varias ocasiones, Brando había aconsejado a Dean y a Clift que visitaran al psiquiatra. Habían ahondado en su propia experiencia, y en la experiencia que observaban en los demás, para crear personajes cuya actuación les diera dominio sobre las amenazantes fuerzas internas, y su auditorio gozaba de la paradoja de su dominio consumado de la desesperanza y su inútil rebelión, hasta que se tornaba en una forma pura de lo extraviado y lo incontrolable.

Pero, con su éxito al lograr ese equilibrio tenso, llegó el más insoportable Yo, apoyado por los clubes de admiradores, la publicidad y los cultos. La protección de sí mismo y la retirada eran la única solución

posible. En cierto modo, ese sentimiento del Yo en la década de 1950—y el tipo de actuación que era su instrumento—podrían resumirse en la imagen de Brando al final de *Nido de Ratas*, con la chamarra fuertemente cerrada para defenderse del frío y para esconder, al mismo tiempo, la sangre que corría por su cuerpo.

¿POR QUE SOBREVIVE LA CANCION?

Por Bruce Cook

El Sr. Cook es el crítico musical de *The New Leader*, publicación de la que se ha tomado el presente comentario. En *Facetas* (Vol. VII, Núm. 1) apareció un artículo de Henry Pleasants intitulado "Bel Canto en Jazz".

The Great American Popular Singers (Los Grandes Cantantes Populares Norteamericanos). Por Henry Pleasants. Simon & Schuster, Nueva York. 384 págs.

En algunos círculos musicales, la sola mención del nombre del crítico Henry Pleasants es suficiente para iniciar una agria polémica. ¿Cómo es posible que molesten a alguien los escritos de este hombre habitualmente jovial que aporta sus comentarios sobre música clásica y popular al *International Herald Tribune?* Sus opiniones distan mucho de ser ultrajantes. En sus críticas—tan plenas de frescura como cuidadosamente razonadas—se abstiene de incurrir en excesos, ya sean laudatorios o condenatorios. No es en manera alguna un improvisado: aparte de haberse graduado en música en el Instituto Curtis, de Filadelfia, tiene mucho más de 30 años de experiencia como crítico; hoy día no hay tal vez otro comentarista tan calificado como él en todos los diarios norteamericanos.

Lo que exacerba los ánimos de muchos amantes de la música es la tesis que plantea y desarrolla en sus obras *The Agony of Modern Music, Death of a Music?* (La Agonía de la Música Moderna, ¿Muerte de un Género?) y *Serious Music–and All That Jazz!* (La Música Seria ¡y todo ese Jazz!).

En tales libros, Pleasants sostiene que todo tipo de música necesita el apoyo de un público popular y debe nutrirse de una tradición vigente para mantener su vitalidad. A fines del siglo XIX—subraya—la música clásica perdió el contacto con la música folclórica y popular de Europa, a la que durante largo tiempo había provisto de melodías y ritmos, y con ello perdió también su público.

En cambio, la música popular de los Estados Unidos (incluido el jazz) ha conservado sus influencias tradicionales y, consecuentemente, el apoyo de sus partidarios. Es, al decir de Pleasants, una música llena de

© 1974 por The American Labor Conference on International Affairs, Inc.

vitalidad, a diferencia de los moribundos géneros europeos. Más aún, aquélla constituye un nuevo lenguaje musical, una síntesis de corrientes occidentales y africanas que sólo se ha logrado plenamente en los Estados Unidos.

El Olvido de la Melodía

Fácil es comprender, entonces, por qué el nombre mismo de Pleasants provoca accesos de ira a muchos amantes de la música clásica. Sin embargo, la hostilidad hacia él entre los comentaristas de jazz es apenas menor, pues Pleasants ha sustentado con igual énfasis el concepto de que este género debe permanecer fiel a sus raíces populares:

> El error fundamental del jazzista... no ha estribado en su esoterismo autogratificante ni en su dependencia más o menos frecuente del virtuosismo, sino en su olvido de la tonada. Ha menospreciado al factor eterno e inmutable de la melodía *fácil de recordar*. Nada hay tan insidioso –y destructivo– como la actual corriente que induce a mucha gente a considerar toda buena melodía como algo inferior, ignominioso, y a quien la escribe o interpreta como un oportunista o un comerciante de la música.

Recientemente, Pleasants publicó una nueva obra, *Los Grandes Cantantes Populares Norteamericanos*, la cual se apoya grandemente en la citada tesis. En ella aborda con vigor y autoridad considerables el tema del arte vocal, lo cual no es sorprendente si se toma en cuenta que tal fue precisamente la especialidad que estudió en el Instituto Curtis y que él mismo fue cantante por un breve lapso antes de convertirse en crítico musical del *Bulletin* de Filadelfia.

La lectura de la introducción de *Los Grandes Cantantes Populares Norteamericanos* produce una notable sensación de descubrimiento, derivada a su vez del descubrimiento que en la obra hace el propio Pleasants de un aspecto más del mundillo de la música popular y el jazz, del cual había hecho caso omiso durante las dos primeras décadas de su carrera, aproximadamente. En este libro, Pleasants enfoca el tema con un tono de irrestricto deleite, con una cierta ingenuidad que resulta contagiosa. Esto, sumado a su gran erudición en materia musical, hace del libro un trabajo tan trascendente como renovador.

¿Sonido o Comunicación?

Empieza el autor por describir el campo que comparten el cantante clásico y el popular, subrayando magistralmente las semejanzas existentes entre la música popular y la primitiva ópera.

> No se debe olvidar que la ópera italiana representó originalmente una reacción en contra de la artificialidad melódica propia de la polifonía del siglo XVI, o sea un intento de reencaminar la música vocal hacia las características melódicas y dramaticas del lenguaje italiano.

El cantante popular concede idéntica importancia tanto al lenguaje como al efecto de su presencia y su actuación.

En el siglo XVII—prosigue Pleasants—los cantantes Monteverdi y Cavalli podían aportar una gran variedad de ornamentaciones musicales y contaban con una considerable libertad de fraseo, la cual fue negada cada vez más a los intérpretes en los siglos posteriores. Gradualmente, el cantante fue cayendo bajo el dominio del compositor y el director. Ya en el siglo XIX la voz se hallaba convertida en un instrumento más y la ópera había perdido una buena

parte de la fuerza dramática inherente al lenguaje, cuando éste se emplea como medio de comunicación y no como un mero conjunto de sonidos; por supuesto, tal situación persiste hasta nuestros días. Y—concluye Pleasants—es precisamente en cuanto a su relación con el lenguaje, en cuanto a su interpretación del "texto" de cada canción, que los cantantes populares norteamericanos se han erigido en restauradores de una tradición que había sido afectada por graves deformaciones; son, a su juicio, los nuevos campeones del arte vocal de la música.

Puede ser. Pero Pleasants se deja llevar en ocasiones por su entusiasta inclinación hacia la música popular norteamericana en general y hacia determinados cantantes populares en particular. Su método fundamental consistente en someter a los cantantes populares al mismo tipo de análisis técnico al que sujetaría, llegado el caso, a los cantantes clásicos (consistente, por ejemplo, en examinar detenidamente la tesitura de Billie Holiday o el uso que hace Frank Sinatra de la *appoggiatura*), se derrumba estrepitosamente cuando habla sobre cantantes como Johnny Cash o Ethel Merman, quienes adolecen de muchos defectos, particularmente en los tonos graves. Sería muy aventurado considerar buen cantante a un intérprete que, como Cash, difícilmente puede recorrer con eficacia una octava.

La aparición de Cash en *Los Grandes Cantantes Populares Norteamericanos* subraya de nueva cuenta una interrogante siempre implícita en los escritos de Pleasants; una interrogante que el crítico debe despejar si aspira a que sus teorías musicales sean objeto de la atención que merecen: ¿qué relación existe entre la aceptación popular y la calidad en todas las expresiones artísticas? En *La Agonía de la Música Moderna*, así como en *La Música Seria*, Pleasants se acerca peligrosamente al extremo de sugerir que todo aquello que es popular es, por lo mismo, bueno, aunque no creo de manera alguna que se atreviera a formular abiertamente tan temerario aserto.

Necesidad de Reconciliación

Empero, su obra constituye indudablemente un vigoroso ataque al elitismo artístico, o sea al concepto de que el arte está reservado para unos pocos privilegiados; Pleasants me ha llevado al convencimiento de que la música debe satisfacer el gusto popular y alimentarse de él para poder sobrevivir. Por otra parte, la experiencia y el sentido común nos indican que no siempre lo verdaderamente valioso atrae a grandes auditorios populares. Es patente que se requiere reconciliar en alguna forma los conceptos divergentes, o sea, integrar una ecuación apropiada. Supongo que lo que pido de Pleasants es, en última instancia, una definición del arte.

Y espero, ciertamente, que plantee tal definición, pues su tesis tiene aplicaciones que van mucho más allá del mero aprieto en que se halla la música contemporánea. ¿Puede cualquier expresión artística ser motivo de atención de una minoría exclusivamente? O para enunciar el problema en términos estrictamente musicales: ¿No existe en realidad más alternativa que las esotéricas composiciones de John Cage o el oropel popular de Alice Cooper?

UN EXAMEN A FONDO DE LA ESCLAVITUD

Por Carl N. Degler

Carl N. Degler es profesor de Historia en la Universidad de Stanford. Fue laureado con el Premio Pulitzer en 1972 por su libro *Neither Black Nor White: Slavery and Race Relations in Brazil and the United States* (Ni Blancos ni Negros: Relaciones Esclavistas y Raciales en Brasil y en los Estados Unidos). John W. Blassingame es profesor de Historia en la Universidad Yale.

The Slave Community: Plantation Life in the Ante-Bellum South (La Comunidad de los Esclavos: La Vida en las Plantaciones del Sur antes de la Guerra de Secesión). Por John W. Blassingame. Nueva York: Oxford University Press. 262 págs.

En la historia de la literatura de los Estados Unidos, muy pocos temas han sido tratados tan extensamente como la esclavitud. No sólo se han publicado varios libros, sino que también se ha editado cuando menos una monografía de cada uno de los 14 estados esclavistas. Sin embargo, las fuentes que en mayor medida han utilizado los historiadores de la esclavitud han sido diarios, registros de las plantaciones, cartas y periódicos. Todos estos documentos fueron escritos por hombres y mujeres blancos. Muy poco se sabe directamente de boca de los esclavos, lo cual se debe tal vez al desinterés de los historiadores blancos, pero también en gran medida a la falta de fuentes fidedignas.

Las autobiografías de los esclavos son en realidad historias muy detalladas que contienen los registros de los hechos; sin embargo, los historiadores no los han utilizado ampliamente porque en su mayor parte fueron escritos con el propósito de influir en la opinión pública durante la cruzada antiesclavista y porque algunas fueron escritas parcial o totalmente por blancos antiesclavistas. Durante los últimos 10 años, varios investigadores han intentado utilizar estas fuentes, pero ninguno ha logrado producir una obra equiparable en imaginación, alcance, sensatez y vigor a este libro, escrito por un negro, profesor adjunto de Historia en Yale.

Con este libro, ha logrado el autor, en mayor medida que ningún otro, responder a esta pregunta: ¿cuáles eran los sentimientos de los esclavos en las plantaciones?

John Blassingame se enfrenta abiertamente a las objeciones que se han planteado en contra del uso tan extendido de narraciones de los esclavos. Para la elaboración de su libro, utilizó 76 narraciones hechas por esclavos, complementadas por otras fuentes de origen negro y blanco, del Norte y del Sur. Tal como lo señala el autor, todos los historiadores utilizan fuentes personales y partidistas, y las autobiografías de los esclavos pueden ser analizadas y evaluadas como cualquier otro material. Esta afirmación puede también ser aplicada a todos aquellos que aseguran que los textos de los esclavos no pueden ser conside-

© 1972 por The Washington Post Co.

rados verdaderamente representativos. Las autobiografías de esclavos, según se consigna en el libro de Blassingame, ofrecen un panorama sumamente variado de la esclavitud, de la misma manera que las fuentes históricas.

Un Panorama Equilibrado

La Comunidad de los Esclavos no constituye una simple descripción del funcionamiento, de la naturaleza del sistema esclavista de las plantaciones, sino que presenta un panorama de la esclavitud, desde el punto de vista de los esclavos, mucho más ponderado que el que nos ofrece el enorme caudal de textos históricos sobre "la singular institución del Sur". La esclavitud aparece en el libro de Blassingame no sólo como un despiadado sistema de trabajo, aun cuando lo fue, sin lugar a dudas, sino también como una institución humana en la que los negros convivían y se relacionaban entre sí y con los blancos. Blassingame retrata de manera muy penetrante la cultura y la vida del esclavo, así como las relaciones entre amos y esclavos. En el capítulo dedicado a la personalidad de los esclavos, demuestra que en su mayor parte no eran precisamente sufridos y humildes sirvientes al estilo "Sambo", ni tampoco rebeldes al estilo Nat Turner, y que los típicos amos no eran ni tan depravados como Simon Legree ni tan benévolos como Robert E. Lee.

Cuando se examina la esclavitud desde adentro, se descubre que presenta muy pocas analogías con los campos de concentración de los nazis, comparación que estableció Stanley Elkins en su libro *La Esclavitud,* que tuvo gran influencia hace pocos años. Blassingame niega también la aseveración de Elkins en el sentido de que la esclavitud tenía un efecto destructivo para las familias de los esclavos y se apoya en los archivos de varios miles de matrimonios de esclavos que fueron recopilados por el *Freedmen's Bureau* durante la Guerra Civil. Estos archivos demuestran que un mayor número de matrimonios fueron destruidos por la muerte que por los amos. En resumen, en el libro de Blassingame se aprecia que la familia esclava, lejos de ser una institución débil, era un importante factor en la supervivencia de los negros dentro del régimen esclavista.

Otra fuente de energía era el uso constructivo que hacían los esclavos de sus raíces africanas. Naturalmente, el autor reconoce que los rasgos africanos no sobrevivieron durante mucho tiempo dentro del sistema esclavista, ya que la mayoría de los esclavos habían nacido en suelo americano; no obstante, en las primeras épocas, la integración a la nueva cultura de la música africana, las costumbres religiosas, los patrones de lenguaje y las leyendas folclóricas tuvieron una gran importancia para su supervivencia.

Aun cuando se trata de un libro excelente en lo que se refiere a la restauración del equilibrio y la comprensión de un aspecto histórico sumamente complejo y emotivo, no carece de puntos débiles. En el capítulo séptimo, por ejemplo, se incluye una extensa incursión en los terrenos de los estudios modernos sobre la personalidad. Sin embargo, estas consideraciones teóricas no logran integrarse a los materiales históricos de manera eficaz.

Asimismo, en cierto aspecto, el autor no explora de manera integral sus fuentes históricas. Por ejemplo, señala que con frecuencia los escla-

vos despreciaban a los blancos pobres, apoyándose en la elevada posición de sus amos e interpreta esta situación como una demostración de propia estimación de los esclavos, pero este ejemplo más bien parece significar que los esclavos adoptaban el concepto clasista de sus amos; y cuando escribe que ningún conjunto de autobiografías escritas por estadounidenses subraya "la importancia de una vida familiar estable" con más fuerza que las narraciones de los esclavos, se olvida de explicar al lector que este fenómeno en gran medida era el reflejo de las circunstancias en que se escribieron estas crónicas, puesto que los abolicionistas, que eran los que principalmente publicaban o revisaban los textos de las autobiografías, tenían especial interés en demostrar a sus lectores la estabilidad de las familias de esclavos.

Por último, al intentar oponerse al punto de vista de que los esclavos eran dóciles, exagera notablemente la magnitud de la oposición abierta al sistema, ya que, tal como él mismo lo reconoce al final, la gran mayoría de los esclavos ni huían ni se declaraban en rebeldía. En realidad, estas dos formas extremas de hostilidad hacia la esclavitud fueron siempre, y en todas partes, sumamente peligrosas para que pudieran ser consideradas como medidas precisas del verdadero descontento del esclavo en su cautiverio.

El escribir con conocimiento y objetividad sobre una institución como la esclavitud, pone a prueba la capacidad del historiador, como muy pocos temas pueden hacerlo, y en nuestra opinión, nadie ha logrado cumplir la tarea de manera más acertada, imaginativa y valiente, que Blassingame.

CREDITOS: pág. 25, foto de Gil Amiaga; pág. 49, foto de Frank English; pág. 72 (izq.), foto de la colección San Antonio Museum Association, San Antonio, Texas; pág. 72 (derecha), colecciones Greenfield Village y Henry Ford Museum; pág. 73, colección Sidney Janis Gallery, ciudad de Nueva York; pág. 74, cortesía de Apby Aldrich Rockefeller Folk Art Collection, Williamsburg, Va.; pág. 76, colección del Sr. Leo Castelli y señora; pág. 79, foto de Anthony Di Gesu.